

R. Cherry

Una
fotografía
para

Victoria
de



Lectulandia

¿Qué pasa cuando tu vida da un giro de ciento ochenta grados? Todo cambia, ¿no? Pues eso es lo que le ha ocurrido a Victoria, después de mucho esfuerzo y dedicación ha tenido que abandonar su amado Boston para llegar a San Francisco, donde le esperará una empresa llena gente que no hará más que traerla de cabeza. Por casualidad, Victoria conocerá a un hombre de ojos miel: Samuel, tan terriblemente atractivo como inteligente, casi perfecto, o eso cree ella... Lo que no sabe es que, en su camino se cruzará un misterioso hombre, el mismo que despertará su curiosidad y, la envolverá en una enigmática nube que provocará a todos sus sentidos.

¿Descubrirá Victoria quién ese hombre? ¿O será Samuel quién la conquiste?

Lectulandia

R. Cherry

Una fotografía para Victoria

Para Victoria - 1

ePub r1.0

Titivillus 08.05.2018

Título original: *Una fotografía para Victoria*

R. Cherry, 2017

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Un poquito mucho, lobito.

Agradecimientos

Hacer agradecimientos siempre es difícil y, creo que nunca me acostumbraré a ello. Antes de nada, quiero dedicarle esta novela a mis chicas, a mis *cherrys*, esas que siempre están apoyándome en mis locuras y al pie del cañón cuando hace falta. Sí, a vosotras chicas: María Ángeles, Isabel, Montse, Maika, Pilar, Janny, Jeniffer... ¡Jamás podré agradeceros lo que hacéis por mí! Pero en especial quiero dar las gracias a mi chica estrella, a mi lectora cero, a mi pirata escondida en su particular isla Tortuga... Gracias, Camila, gracias por estar como una cabra, por nuestras conversaciones sobre droga musical, por las fotos, por ser capaz de coger un avión para verme, por emocionarte y sorprenderte con mis historias y, por amarlas prácticamente tanto como yo. ¡Te quiero, nena!

Pero no solo a ellas, sino a todos mis lectores, a mi familia por quererme y cuidarme, a mi héroe sin capa, a mi hermana Bu, por estar tan loca como yo (o más), a mi Bola y a mi Nonne, por ser mis incondicionales. A mis compis de editorial y de locura, aunque más en concreto a Belén Cuadros, Mariló Lafuente, Noelia Medina, Ma McRae, Mayte y Lourdes, no hay mejores compañeras que vosotras.

Pero sobre todo a quien me aguanta día a día, a quien no dejo de aporrear a mensajes... ¡QUÉ INDECISIÓN! ¿Churry o mi niño? Pues ambos tendrían que estar aquí, al fin y al cabo, hay veces que no se con quién hablo más de los dos. Gracias por aguantarme, por quererme tal y como soy, con mi pesadez y mi cabezonería... ¡GRACIAS por ser tanto en mi vida! ¡Os quiero, de verdad! Por qué un poquito mucho, ha acabado siendo un poquito demasiado, lobito.

Y como no, a mi jefa Merche y a todo el equipo de LxL Editorial, por seguir confiando tan ciegamente en mi año tras año y libro tras libro. Gracias por hacer que mi sueño siga adelante.

Prólogo

15 de marzo

¿Sabéis ese momento en el que creéis que habéis encontrado al amor de vuestra vida y que todo va a ser perfecto? Pues a mí nunca me ha ocurrido o, por lo menos, no era tan real como creía. Dos años. Dos malditos años a su lado, aguantando cada una de sus broncas, de sus enfados, apoyándole en todos esos proyectos sin sentido... Años perdidos, vida perdida. ¿Por qué pienso en ello ahora? Porque no puedo evitar mirar esa fotografía que una vez fue nuestra favorita y que actualmente no es más que un tormento.

Ya han pasado meses desde la última vez que le vi, pero esa espinita que dejó clavada en mi corazón aún sigue ahí, hace que el rencor no se marche. Tiro la fotografía con el marco incluido, no quiero saber nada más de él.

—¿Estás bien? —me pregunta May.

—¿Qué?

Me mira apoyada en el marco de la puerta, haciendo una mueca.

—Claro —contesto intentando parecer segura—. ¿Por qué?

—Nada, simplemente no se te ve... Bien.

—Hombre, gracias.

—Debe haber sido un golpe duro que Larry dejara esa puñetera lista.

—Bueno... Eso ahora es lo de menos, no me importa que tuviera un recuento de las mujeres con las que me engañó.

Dejo ir un soplido. Desde hace meses he dejado de cuidar mi aspecto, no me apetece arreglarme, ni comer, aunque lo hago por no preocupar a los demás, y porque mi cuerpo lo necesita.

—¿Qué más guardo?

—Aquello de allí —señalo un montón de libros.

Es hora de desaparecer, cambiar de vida y de ciudad. San Francisco me acogerá, será mi nuevo hogar, por suerte, Robert ha conseguido que me trasladen a una de las oficinas de la ciudad. Es cierto que no es el lugar que me pertenece, pero hasta que consigan hacerme un hueco fijo es lo que hay.

—¿Y el violonchelo?

—Lo llevaré en el coche.

—Estás loca —asegura.

—¿Por?

Niega con la cabeza, no responde a lo que le he preguntado, aunque tampoco creo que sus razones para llamarme loca sean mucho más argumentadas que la última vez que me lo dijo. Acabo de meter algunas de mis cosas en las cajas, los chicos de la

mudanza ya se han llevado los colchones y muebles, ahora solo hay ropa.

Dos horas después, aún seguimos acabando de meter la ropa en algunas maletas, los CD en cajas, envolviendo la vajilla para que no se rompa con el movimiento del coche, etcétera. Por suerte mi hermoso Kuga podrá con todas ellas y no tendré que volver a pisar este piso hasta que venga a hablar con la señora Roggers, la dueña.

—Es hora de irse —dice May.

Suerte que la tengo a ella, si no todo esto no habría sido posible, y hubiese tardado una eternidad en guardarlo todo.

—Sí... Nos vamos.

17 de marzo

San Francisco en esta época del año es... Hermosa. En realidad todo este maravilloso país lo es, me he enamorado de tal manera de sus gentes que ni siquiera pienso en volver a España. Anhele muchas de las cosas que dejé allí, pero gracias a que me marché, mi vida cambió por completo.

Larry arruinó lo que tenía en Boston, me alejó de todas mis amistades. Casi consiguió que dejara el trabajo, pero, por suerte, no lo hice. No entiendo cómo pude dejarme llevar por un hombre así, cómo fue capaz de meterse de tal forma en mi cabeza. May estuvo a mi lado en todo momento, incluso mi hermana Carlota estuvo a punto de venirse desde España para apoyarme y ayudarme a alejar a Larry de mi lado. Afortunadamente fue él quien se fue antes de tiempo y pude salir de ese bucle en el que estaba metida. Hasta que no se marchó no me di cuenta de todo lo que había hecho, solo sentía dolor por su pérdida, sabía que algo maquinaba pero no me percaté de que había conseguido que me alejara de todos aquellos que me querían y que conocí antes de estar con él.

—¿Lo has sacado todo? —pregunta May cerrando su pequeño maletero.

Asiento, cerrando a mi espalda el maletero del coche. Los chicos de la mudanza ya han montado los muebles y los han colocado justo donde les había dicho. Robert me ha dado una semana de asuntos personales, no es normal que me permitan estar tantos días sin pisar la oficina, pero él mejor que nadie sabe lo ocurrido con Larry, y ha encontrado la forma de poder hacerlo sin llamar mucho la atención.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Espero que pronto.

Asiente, sabe que será duro volver al trabajo como si nada, en una nueva ciudad, una oficina en vez de un hermoso teatro... En realidad, temo el momento en el que pise el trabajo, siempre he estado en teatros, preparando los conciertos y dirigiendo a los músicos de un lado a otro. Será difícil aceptar un nuevo cambio.

—Te llamaré al llegar.

—De acuerdo —sonríó ligeramente—. Esperaré tu llamada.

May se vuelve a Boston, han sido unos días locos, ambas necesitamos descansar y olvidarnos de lo ocurrido, sobre todo yo. Al cerrar la puerta se me cae la casa encima, el vacío y la soledad se adueñan de mi nuevo hogar. Subo a la segunda planta del dúplex, me dejo caer en la cama y me cambio. No puedo amargarme la vida por estar sola. Lo he estado durante años y han sido los más felices de mi vida, no necesito a nadie que me haga compañía para estar bien. Mi móvil suena de repente, lo que me hace dar un pequeño bote de sorpresa. Corro hacia la mesilla de noche, donde

está, y veo que es Robert quien me reclama y, a pesar de que no tengo ganas de hablar con él, se lo cojo, qué le voy a hacer... Es el jefe.

—Dime.

—¿Cómo vas? ¿Ya estás por San Francisco?

—Sí, llegué hace un par de días...

—¿Cómo van las cajas?

—Ahí están.

Durante unos segundos permanezco en silencio, a ver si le da por dejar de hablar o por inventarse una excusa para colgar, es lo que suele hacer cuando alguien le resulta tajante, y eso mismo quiero.

—Bueno, solo llamaba para ver cómo estabas y tal, pero ahora tengo que volver con la mujer, que me reclama para que le eche una mano con la cena.

—Claro, ve tranquilo, ya hablaremos.

—Te llamaré el martes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Nada más colgar me cierro la cremallera del cortavientos, enciendo el iPod y vuelvo a bajar. Es hora de quemar la mala energía que se me ha pegado en la casa y aliviar mi mente.

Me doy una ducha al llegar, pero antes de ello aprovecho para pedir algo de comida, y sin entretenerme, solo tengo ganas de sentarme en el sofá y descansar. Me visto con un camisón algo ajustado pero abrigadito, además de unos calcetines que me llegan hasta media espinilla. En treinta minutos debería de llegar la comida tailandesa que pedí hace un rato, por lo que aprovecho para ir sacando algunas cosas de las cajas. Aún tengo demasiado por ordenar, por suerte, May pudo quedarse un par de días, si no ahora mismo tendría mucho más que hacer.

Mi estómago ruje, espero que no tarden mucho. Abro una botella de vino tinto y conecto el reproductor de música, porque sí, tengo reproductor de música y una colección de CD que apenas me caben en casa. Voy a la cocina para servirme un poco en una copa, tiene una barra americana que la une al salón y eso me gusta, en realidad creo que fue lo único que me hizo quedarme con ella. Repaso el salón, el cual está lleno de cajas, los chicos han dejado montadas varias cosas, entre ellas el sofá, la televisión anclada a la pared, la cama y la mesa del salón. Pongo un CD de Michael Bublé. Necesito desconectar, y él me ayuda a hacerlo.

La cena no llega, ha pasado más tiempo del que debería y estoy empezando a desesperarme, ya no solo por el hambre, sino porque si pago por algo quiero que sean eficaces y no es que esté muy lejos del centro. Le doy un sorbo al vino a la vez que miro por la ventana que da al jardín lateral. Alguien llama al timbre, ansiosa me pongo de pie y me dispongo a pagar al repartidor después de echarle un buen rapapolvo. Al abrir me encuentro a un hombre trajeado, moreno y con unos ojos color miel que derriten. Carraspeo e intento cubrirme, pero sin éxito, ya que no llevo ninguna chaquetilla con la que taparme de su vista.

—Buenas noches —dice con una grave y aterciopelada voz.

—Buenas... Buenas noches —contesto ensimismada con esos ojos.

¿Quién es este hombre y de dónde ha salido? Porque vamos... No creo que trabaje como repartidor de comida tailandesa a domicilio. Intento desviar la mirada de la suya, no quiero que piense que me ocurre algo en la cabeza. Bajo la vista a sus manos, entre las cuales sujeta una bolsa de plástico.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunto curiosa.

—En realidad soy yo quien puede ayudarle.

Un escalofrío me recorre la espalda, aunque intento que no se me note. Trago saliva y, entonces, el hombre esboza una sonrisa, lo que hace que me relaje.

—Me han traído esto a casa, creo que es suyo.

Ni siquiera estoy escuchándole, solo veo cómo me tiende la bolsa que sujeta y al abrirla me doy cuenta de que es la comida que había pedido hace rato y no llegaba.

—Oh... Gracias.

Mis mejillas se sonrojan, no esperaba que un hombre como él fuese a traerme la cena de esta noche. No sé si invitarle a tomar vino conmigo. Dejo la bolsa sobre el zapatero. Cojo el dinero, pero cuando voy a dárselo, el hombre deja ir una sonora y melodiosa carcajada.

—No, mujer.

—¿Cómo?

—Lo han dejado en mi casa y les he dicho que te lo entregaría yo mismo —hago una mueca—. Se ha equivocado de número.

—Por Dios, no me llame de usted... No soy tan mayor.

—Bueno, no lo hago si tú no lo haces —sonríe.

—De acuerdo.

Saco el dinero, no voy a escaquearme de pagar, encima que me lo ha traído... Otro lo hubiera devuelto, o incluso se lo habría comido.

—Ten —le extiende el dinero.

—No hace falta, a esta invito yo.

—Pero... ¿Cómo vas a invitar tú? No, hombre, no.

—Qué sí, y no hay nada más que decir.

Hago una mueca, pero ¿cómo voy a dejar que lo pague él? Niego con la cabeza. El hombre se da la vuelta y antes de que se vaya vuelvo a hablarle, llamando su atención.

—Bueno, a la próxima invito yo —alzo la voz—. Aunque sea a vino.

Da media vuelta para mirarme y esboza una amplia sonrisa.

—Por cierto —vuelve a sonreír—, soy Samuel.

—Victoria —digo en voz alta para que pueda escucharme bien.

Igual que había abierto la puerta, la cierro, quedándome con un dulce sabor de boca que me hace sonreír instintivamente.

No sé qué hora es, solo sé que estamos a domingo y que no me quiero levantar de la cama. Anoche me acosté a las tantas, no pude evitar quedarme sacando cosas y escuchando en bucle el CD de Bublé. Me paso la mano por la cabeza, acabé la botella de vino, hacia demasiado que no bebía tanto. Me siento sobre la cama y voy al baño, donde me lavo la cara. Miro mi reloj apoyado sobre la mesilla. Las once y media, madre mía... Bajo al salón atándome la bata de ir por casa. Con el mando a distancia levanto las persianas dejando que la luz inunde toda la estancia. Es más bonito de día que cuando está todo sumido en la oscuridad. Enchufo la cafetera Nespresso, saco una capsula de su caja y la meto dentro, apoyándome en la encimera mientras se llena la taza que he puesto. Los ojos se me van cerrando, hasta que un horrible pinchazo atraviesa mi cabeza, necesito un ibuprofeno para poder seguir con el día o acabaré estallando con quien menos se lo merece. Recojo el salón doblando la manta que utilicé anoche, la guardo bajo el sofá, es demasiado bueno tener un *cheslong*, es maravilloso que no ocupe mucho sitio y sirva para guardar de todo. Enciendo mi Mac y abro el correo para ver todo lo acumulado durante estos tres días en los que ni siquiera he conectado el ordenador y, al no dejar de sonar, acabo quitándole la voz.

Necesito ese café como agua de mayo y esa pastillita mágica que hará que este dolor se esfume casi por completo. Aunque me temo que aún dará algún que otro coleteo. Saco el neceser de mi bolso y rebusco hasta que encuentro las pastillas. Le doy un largo trago, me tomo la pastilla y vuelvo al ordenador. Tendré que prepararme otro, este no me va a durar mucho.

Voy a *Foods Co*, en Folsom St., necesito darme una vuelta, además, así compraré algo de comida, tengo la nevera totalmente vacía. Me hago una coleta alta antes de salir del coche y me pongo las gafas de sol. Hace un día espléndido, de esos en los que solo te apetece estar sentada en un banco tomando el sol y bebiendo un café calentito. Entro al supermercado, hay mucha gente para ser la hora que es, y el día. Es extraño ver a todo el mundo aquí en vez de disfrutando de sus familias... Cojo un carro, necesitaré refuerzos para llevar todo lo que compre. Entre tanto pasillo y tantos productos de distintos lugares del mundo veo cómo Samuel cruza por el final de uno de ellos con el móvil pegado a la oreja y la vista fija al frente. Parece estar discutiendo con quien se encuentra al otro lado de la línea. Yo sigo a mi aire, no voy a interrumpir su conversación por un simple saludo, no sería educado. Además, tan solo somos vecinos y apenas nos conocemos.

Necesito algo para comer hoy y el resto de la semana, por lo que cojo bastantes verduras, pavo, salsa de soja, pasta seca, sal, pimienta y dos paquetes de pechugas de pollo, que son muy versátiles y se pueden hacer cientos de platos. Aprovecho para coger algunos frutos secos, me encanta tener en casa y echarlos en todas las comidas

que puedo. Giro con el carro por el pasillo de los dulces y de repente choco de golpe con otro carro. Parece que el destino no quiere que coja nada que engorde.

—Joder —gruño entre dientes.

Se me ha caído hasta el bolso del golpe que me ha dado, por suerte, el rebote no ha conseguido que me caiga de culo, ya era lo que me faltaba. Cuando alzo la vista me encuentro con Samuel. Su expresión ha pasado de la neutralidad o el enfado que tenía antes, a la del susto.

—Vaya...

—Hola.

—Buenos días, vecina.

—*Morning*.

Sonrío, aunque me ha dado rabia el choque no puedo evitar esbozar una mueca, Samuel tiene una hermosa sonrisa a la que acompañan un par de hoyuelos adorablemente atractivos.

—¿Qué tal la cena de anoche?

—Bien, muy bien —me paso la mano por uno de los mechones que se escapan de la coleta.

—¿Se enfrió?

—No, gracias.

El teléfono de mi vecino vuelve a sonar, por lo que deja ir un soplido y al cogerlo, lo mueve enseñándomelo.

—Lo siento.

—Da igual, ya nos veremos.

Cojo mi carro e igual que he aparecido, me marchó sin más. Ambos tenemos mucho que hacer, sobre todo yo... Hay demasiadas cosas que sacar de las cajas y algún que otro mueble nuevo que mandé traer al piso. Voy hacia la zona de pagar, lo único que odio de comprar aquí son las dichas bolsas de papel reciclado que utilizan para que guardemos la compra. No aguantan nada de nada, como lleves algo frío, el papel se humedece y acaba cediendo, haciendo que todo se vaya al suelo.

—Victoria —me llama a la vez que paso las bolsas al carro—. Era Victoria, ¿verdad?

—Sí, Victoria.

—¿Te apetece cenar?

¿Cómo? No, no me apetece, no quiero tener nada que ver con ningún otro hombre hasta dentro de mucho mucho MUCHO tiempo. No tengo ganas de saber nada de ellos, ni siquiera de eso que guardan entre las piernas.

—Pues... —comienzo a decir—, tengo...

—No me digas que no, mujer —me interrumpe cuando empiezo a hablar.

—Lo siento, Samuel, pero aún tengo muchas cajas que vaciar y apenas tengo tiempo.

Veo como su sonrisa pasa a una mueca de decepción, supongo que a su ego de

macho alfa del vecindario no le ha sentado nada bien. Todos los hombres son iguales.

—Lo lamento —alzo los hombros.

Y, sin más dilación, salgo del supermercado para que no pueda rebatir nada de lo que he dicho. No quiero que siga insistiendo o acabará siendo un mal vecino. No me gusta nada que me insistan, no solo con esto, sino en general, me pone muy nerviosa y me enfada mucho que lo hagan.

Después de haber vaciado más de la mitad de cajas que quedaban me he vuelto a duchar, y la noche ha caído sobre San Francisco. May me ha contado que ha estado en mi piso, viendo si el energúmeno de Larry ha ido a buscar sus cosas tal y como le dije, o la señora Roggers acabaría haciendo que se deshicieran de ellas como jamás hubieran estado.

Suspiro, adoro las sesiones de Skype con May, si no fuera porque somos heterosexuales y siempre nos han ido demasiado los hombres... Lo dejaría todo por ella. Es una joya de persona, muy dulce y buena. Si no fuera por ella... Hay veces que me habría vuelto loca. Recuerdo cómo era mi vida cuando no estaba aquí, cuando ni siquiera América era mi lugar. Me dejo caer en el sofá agotada, entre el ajeteo y pensar... Hace que no quiera ni siquiera moverme. Tal vez pida algo de comida a domicilio y así me lo traigan, y de esa manera no tendré que fregar. Bajo las persianas con el mando, esto de que sea a control remoto es una auténtica maravilla, no hay que hacer ningún esfuerzo.

Alguien llama a mi puerta usando los nudillos, lo que me alerta. Mi corazón se acelera, ¿quién será? Al abrir me encuentro con una caja de madera con un lazo rojo enorme. Miro hacia todos lados, pero no veo a nadie. Por un momento pienso en Samuel, pero ni su coche está, ni las luces de su casa están encendidas. No ha estado en casa en toda la tarde, que raro. No tengo ni idea de qué puede ser, lo que me da un poco de miedo, podría ser incluso peligrosa.

Cierro la puerta con el pie, dejo la caja sobre la encimera y poco a poco voy abriéndola, quiero saber que es. Pero, antes de abrirla por completo, me detengo. Cojo una espátula, una olla y una tapa para la sartén e intento cubrirme con ella. No sé por qué, pero así me siento más protegida, aún a sabiendas de que esto no me salvará de nada. La madera que cierra la caja deja ver unos filamentos rojizos que se escapan por la zona que queda al descubierto. Rodeo la encimera para poder verla desde otro ángulo, no sé qué es eso que asoma pero no me gusta nada. Termino de abrirla y me encuentro con una hermosa botella de vino tinto, con una etiqueta muy diferente a todo lo que había visto hasta entonces, es de una silueta de una mujer con tan solo unos labios rojos que destacan sobre todo el blanco de esta. Bajo la botella, hay una nota que desdoble para poder leer.

Disfrútala.

No hay nada más, ni una firma, ni un nombre... Nada. Está escrita a ordenador, lo

que hace que aún sea más complicada la identificación de quién la ha enviado.

Las luces del coche de Samuel me deslumbran cuando pasa frente al gran ventanal que adorna el salón y que deja que los rayos se cuelen y lo iluminen durante el día. Tiene que ser él, no puede haber sido nadie más. May no tiene tan buen gusto como para escogerla. Salgo decidida de casa, voy directa hacia mi vecino a la vez que baja del coche y coge una bolsa de deporte de color negra.

—Buenas noches —sonríe.

—Buenas —intento corresponderle.

—¿Has recapacitado sobre mi oferta?

—No, la verdad es que no... ¿Dónde has estado?

Hace una mueca. Supongo que no debe de saber a qué viene que le pregunte así tan de repente.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada...

—¿No? —Arquea una ceja.

¿Debería contarle lo de la botella de vino? Tiene que haber sido él, si no, no me lo explico. No sé quién podría enviarla así, sin más.

—Bueno... —carraspeo—. ¿Tú no me habrás mandado por casualidad una botella de vino, no?

—No, ¿por qué?

—¿De verdad?

Asiente varias veces, y parece estar muy seguro, lo que me hace sospechar un poco, por no decir mucho. Miro hacia todos lados confusa, ¡esto no me gusta nada! Me estoy poniendo nerviosa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada...

—Victoria, ¿qué es lo que pasa?

Suspiro y bajo la vista. Aún no sé cómo me la han podido enviar ni quién lo ha hecho, y eso me pone muy nerviosa.

—Me ha llegado una caja de madera con una botella de vino tinto dentro.

—Es curioso.

—Me da miedo, no sé quién la puede haber enviado.

—No te preocupes, no es para tanto. Es una simple botella de vino.

Resoplo, no entiendo a la gente que, como él, me dice que no me preocupe cuando realmente la situación es peor de lo que parece. Podría tratarse de un loco con problemas psicológicos que quiere colarse en mi casa, o incluso en mi cama y hacerme cualquier cosa.

—No pongas esa carita, anda.

Hago una mueca intentando sonreír, aunque no sé yo si pareceré muy falsa o no. Mi estómago ruge, me muero de hambre, con todo lo que he sacado hoy de las cajas no he parado ni siquiera para picotear algo a la hora de la merienda.

—¿Quieres que cenemos algo? —pregunta.

Me lo pienso durante unos segundos, puede salirme la cena gratis sin tener que hacer nada, ni siquiera pedir la comida.

—Yo... Pues iba a pedir algo.

—He comprado *sushi*, me apetecía algo fresco y sencillo, si quieres lo hacemos en tu casa.

Mis mejillas se encienden, eso que ha dicho ha sonado terriblemente mal. Bueno, a ver... Samuel carraspea y sonrío.

—Cenar, por supuesto.

—Bueno...

Miro hacia abajo. No tengo ni idea de que decir, bueno en realidad sí, ahora mismo no me apetece estar sola y el *sushi* no está nada mal si se acompaña con una buena botella de vino.

—No me rechaces por segunda vez —hace una mueca—, por favor.

—Acepto.

—Perfecto.

Me guiña un ojo a la vez que abre el maletero, pasando el pie por la parte baja del coche. Sonrío, me sienta bien la sonrisa de Samuel y la buena energía que desprende, hay algo bueno que sale de él.

—Nos vemos en quince minutos.

Samuel llega a casa con una bolsa a rebosar de productos, supongo que llena de comida, tengo hambre pero espero que no haya traído en exceso. A saber qué es lo que guarda ahí, se suponía que solo iba a traer algo de *sushi*. Saco de la nevera uno de mis mejores vinos, lo había guardado nada más pensar en pedir la cena, nunca va mal. Por un momento, la botella misteriosa me ha tentado a abrirla, pero no me fío, tal vez tenga algo dentro que nos haga daño. Mientras preparo la mesa frente al sofá, él saca todo lo que ha traído, que no es poco, y no solo es *sushi*, como bien me temía.

—He traído unos canapés y entrantes —me explica sonriente—, además del *sushi*.

—No tenías porqué —murmuro.

—Bueno, me gusta cenar bien, sobre todo con una compañía tan maravillosa.

—Gracias.

Sonrío, mis mejillas se encienden levemente. No sé por qué, pero este hombre hace que confíe en él sin dudarlo un solo segundo, y la verdad es que es algo que no acaba de gustar. Confiar en alguien de primeras... Es extraño.

—¿Pasa algo?

—¿Qué iba a pasar? —pregunto.

Niega con la cabeza y lleva a la mesa la bandeja de *sushi* y los canapés. Le acompaño dejando las copas y la botella de vino junto a lo que él había traído.

—Bueno... La verdad es que no me huele nada bien eso de que me hayan dejado esa caja ahí. Nadie sabe dónde vivo.

—¿Ah, no?

—No, salvo May —murmuro—. Bueno, quiero decir, ni familiares ni amigos saben la dirección exacta.

—Tal vez haya sido la inmobiliaria.

—No sé.

Puede que tenga razón y hayan sido ellos. Amanda, la chica que me alquiló la casa fue muy amable conmigo. Siempre tenía una palabra cordial para mí y estaba dispuesta a ayudarme en cualquier cosa que necesitara.

—Sí, será eso.

—Claro que sí.

Sirvo vino para ambos y le paso su copa.

—Bueno, deja de hablar de cosas feas y cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente?

Samuel le da un sorbo al vino, saboreándolo con una elegancia sublime que jamás había visto en nadie. Me quedo atontada, hay algo en él...

Fijo mis ojos en los suyos, son tan hermosos... No debe ser mucho más mayor

que yo, tal vez un par de años. Una frondosa barba cubre su varonil rostro. Su mandíbula es algo más cuadrada y marcada de lo que suelen ser la de la mayoría de hombres, lo que hace que parezca algo más rudo y salvaje.

No tiene cara de llamarse Samuel, de pequeña siempre le cambiaba el nombre a las personas según el rostro que tenían, y Samuel tiene cara de David, y no de Samuel.

—Lo que quieras.

—Pregunta —le ánimo.

—¿De dónde vienes?

—De Boston.

—Vaya, siempre quise pasar una temporada allí.

—La verdad es que es muy bonito.

—Si es tan bonito... ¿Por qué viniste a San Francisco?

—Digamos que por trabajo.

Hace una mueca no muy convencido con lo que le he respondido, incitándome a que le cuente algo que no sé si debería confesarle nada más conocerle. Esos ojos miel que me observan hurgando en mi interior hacen que acabe sacando todo lo que guardaba para mí misma.

—Mi ex prometido me abandonó, dejándome una carta en la que me contaba que había conocido a la mujer de su vida. Adjuntó la lista de todas las mujeres con las que me había estado engañando durante más de cinco años —mi voz se quiebra a causa de la rabia—. Tonta de mí, después de tantos años aguantando... Me la pegó con decenas. Pero bueno, ahora ya me da igual, no me importa lo que sea de su vida.

—¿Por eso te mudaste?

—Necesitaba aire, apenas podía respirar. Se llevó muchas cosas... Muchísimas, incluida una parte de mí.

—¿Una parte de ti? —pregunta curioso.

Cojo aire, cierro los ojos y suspiro a la vez que asiento.

—Se llevó a mi perro.

—¿Tu perro?

—Sí, nada más empezar adoptamos un braco hermosísimo.

—¿Estaba a tu nombre?

—Al suyo, pero lo hicimos porque tan solo era un trámite, que ahora se ha vuelto una pesadilla. He intentado por activa y por pasiva hablar con él del tema, fui yo quien fue a por el cachorro, pero no ha habido manera.

—Denúnciale.

Trago saliva, en realidad es lo que debería haber hecho hace meses, pero no pude ser más tonta. Decidí tener paciencia y dejar que el tiempo pasara, pero ya se ha acabado eso de ser una pánfila.

—Lo haré.

—Yo lo haría... Es tuyo. No debería de retenerlo así.

—No dejaré que se lo quede.

Cierro las manos en puños. Larry se enterará de lo que es bueno, Roy es parte de ambos, y no voy a dejar que se lo quede.

—Bueno... Hablemos de otros temas —sonríe.

Me siento algo más cerca de él, puedo sentir el calor de su cuerpo, su buena energía, incluso puedo oler el varonil perfume que le acompaña.

—Háblame de ti —le pido.

—Soy agente.

—¿De policía?

—No, de viajes —ríe.

—Debes de haber viajado mucho, o debe gustarte.

—Sí, la verdad es que sí —me explica—. Me encanta viajar, conocer nuevas culturas... Todo lo que tenga que ver con dar la vuelta al mundo, aunque sea poco a poco.

No sé por qué, pero cada vez veo con mejores ojos a este hombre. Parece muy buena persona y eso me gusta bastante. Además de que tenemos unos gustos parecidos.

—¿Cuál será tu próximo viaje?

—Quiero volar a Holanda, una semana entera.

—Siempre he querido ir. Cuando vivía en España estuve a punto, pero al final los planes cambiaron.

—Pues si quieres, puedes venir conmigo. Sería un placer que me acompañaras, vecina.

—Bueno...

No estaría nada mal, la verdad, aunque no tengo ni idea de cuáles pueden ser sus intenciones conmigo, lo que me pone muy nerviosa y no me gusta un pelo. Debería dejar de pensar en estas cosas y relajarme, no todos van a ser como Larry.

—No pienses mal.

Supongo que debe de haber visto algún gesto que he puesto sin darme cuenta.

—No había pensado nada malo —intento sonar convincente.

—Ya... No estaría yo muy seguro de ello.

Dejo ir una carcajada, me ha pillado. Seguro que ha sido evidente.

—La gran mayoría de hombres solo buscan una cosa.

—Bueno —dice llevándose un *nigiri* a su seductora boca—, yo no soy la mayoría de hombres.

Tras eso se lo come, sonrío como una tonta, me ha gustado esa respuesta, mucho creo yo.

La cena transcurre con normalidad, hemos hablado de muchísimas cosas. Samuel es dicharachero, bueno, curioso, agradable y muy atento. Ha estado pendiente de mí y de mis necesidades durante toda la noche.

—Me ha gustado cenar contigo —me dice a la vez que sale de la casa.

—A mi también, me ha encantado.

—Ha sido un placer.

Antes de irse me da un fugaz beso en la mejilla.

—Un absoluto placer —sentencia.

Como una tonta observo como Samuel se encamina hacia su casa, pero antes de entrar se gira para mirarme.

—Buenas noches —escucho como me dice.

Al día siguiente nada ha cambiado. Bueno sí, tengo el móvil lleno de mensajes y llamadas del jefe. Es lunes, ya no me quedan apenas días para sacar las cosas, aunque ya casi no queda nada.

—Victoria —me dice Robert al otro lado del teléfono cuando atiende a mi llamada.

—Buenos días, Robert.

—¿Cómo va la mañana, princesa?

—Bueno, teniendo en cuenta que son las ocho de la mañana y aún no he tomado mi café... —digo removiendo el líquido con la cucharilla—, no va mal.

—Bueno... —murmura—, tengo que pedirte algo.

—A ver...

—Necesito que vayas a reunirme con Alysha mañana a las nueve —me explica—. Quiere conocerte.

—Dios... Si ya nos conocemos, y no aguanto esa superioridad que cree tener. No me dijiste que este puesto estaría regido con el de Alysha.

—Serás su mano derecha.

—¿Cómo?

—Ese era el precio de trasladarte de a San Francisco, preciosa —añade—. Ya no hay vuelta atrás.

—Esta me la pagarás, Rob.

—Sabes que no, no puedes conmigo.

—Por qué no tengo nada ahora mismo que si no...

—¿Lo harás? —pregunta ansioso.

—No tengo más remedio que hacerlo, así que...

Escucho como al otro lado del teléfono suelta un: «sí», probablemente acompañado de un movimiento de brazo a modo de victoria.

—Te llamaré mañana y nos reuniremos por Skype al mediodía.

—Sí, señor.

—Así me gusta.

Pongo los ojos en blanco, a Rob siempre le han gustado las órdenes y que le vayan detrás babeando. Por eso tiene a Alysha en tan buena «estima».

—Mañana hablamos —le corto para que no diga nada más.

—Sí, mañana te llamo, preciosa, ponte guapa.

Y sin decirle nada más, le cuelgo. Ya no diré ninguna tontería más. No aguanto

cuando se pone como un perro baboso. Tendría que verle su mujer para darse cuenta de que, a pesar de que es un buen hombre, hay veces que se comporta como un viejo verde asqueroso.

Mi Skype empieza a sonar nada más colgarle a Rob. Llamada entrante. Muevo el ratón, haciendo que la pantalla de este se ilumine. Es May. Acepto la llamada y veo cómo un pedazo de moño aparece bajo la mesa. ¿Qué demonios está haciendo ahí escondida? Hago una mueca, esperando a que salga.

—Te estoy viendo.

—Oh, hola —sonríe con los mofletes enrojecidos.

—Buenos días.

—Buenos días, flor, ¿cómo va la semana?

—¿Qué andabas buscando por ahí debajo? —pregunto curiosa—. No habrá alguien escondido ahí, ¿no?

—¿Qué dices! ¡No! ¿Tú estás tonta?

Me río igual que ella, en realidad ya le gustaría tener a alguien, hace meses que ningún hombre visita su cama. Bueno, en realidad... ¿A quién no le gustaría tener a alguien bajo la mesa mientras trabaja?

—Ya te gustaría —digo en voz baja.

—Te he escuchado.

—Lo sé.

Se recoloca los auriculares y sonríe. Si no fuera porque creo en ella, juraría que hay alguien. Pero bueno, si ella dice que no es que no.

—La semana va bien, pero mañana tengo que reunirme con Alysha, y no tengo nada de ganas.

—¿Alysha? ¡Dios! —exclama—. ¿Te va a tocar trabajar con esa arpía?

—Eso me ha dicho Robert, voy a ser su mano derecha.

—Pues que tenga cuidado vaya a ser que la ahogues en un despiste.

Dejo ir una sonora carcajada, suerte que ella me alegra la mañana si no...

—Ojalá pudiera.

—A ver... Poder puedes.

—Ya, claro... Y luego me llevan a la cárcel.

—Mejor en la cárcel que a su lado.

—Habrá que tener paciencia, ya te contaré como va.

He llegado media hora antes de lo que debía a las oficinas, el transporte público aquí no es tan malo como el de España, y es bastante puntual. Podría haber venido en coche, pero ni loca habría llegado a la hora, el tráfico en San Francisco es horrible. Mi móvil suena, es Robert, quiere controlarlo todo y saber si ya he llegado, pero igual que desbloqueo el móvil, lo bloqueo y lo dejo caer en el interior del bolso. Necesito comer algo y tomarme un café o acabaré dándole un mordisco a alguien.

Me meto en la primera cafetería que encuentro, me siento junto al ventanal que da hacia un parque y veo como por arte de magia un hombre igualito a Samuel cruza la calle. Son muy parecidos, por no decir como dos gotas de agua.

Le observo fijamente, intentando disimular mirando un periódico. Parece molesto, incluso hasta llegar al extremo de estar enfadado. Tiene la mirada dispersa y fría, lo que me desconcierta en cierto modo, ya que no me cuadra con la simpatía permanente que suele tener él. Lo observo hasta que empieza a mezclarse entre la gente y desaparece de mi vista. La camarera me trae mi *mocca* y mis dos *cookies* con perlas de chocolate blanco que he pedido. Le doy un largo sorbo al café, lo necesitaba. No puedo vivir sin esta bebida, no entiendo como hay gente que sí que es capaz, supongo que ellos no son de beberlo con frecuencia. Hay veces que incluso llego a tener fuertes jaquecas que terminan haciendo que me acueste. Robert vuelve a escribirme, por lo que esta vez sí que le contesto, al final no me dejará ni desayunar tranquila.

—¿Ya has llegado?

—Buenos días a ti también, ¿eh?

—Buenos días, Victoria.

—Sí, he llegado, pero no ha querido atenderme.

Resoplo, ahora ya no escribe, no creo que le haya gustado, pero tampoco va a decirle nada, ni siquiera me lo dirá a mí. Hasta que no salga de la reunión no sabré nada de él. Le doy un mordisco a una de mis galletas y un sorbo al café mientras saco la *tablet* del bolso, me gusta llevarla a todos lados para poder apuntar aquello que me llama más la atención o me parece importante, no quiero olvidarme de nada, si no, no puedo repasar después los puntos de la reunión. Algo al otro lado del cristal llama mi atención. Un hombre alto de cabellos oscuros y ondulados no deja de hacer fotografías con una cámara bastante grande. Habla con una mujer, señalando la copa de unos árboles. No deja de revisar en su cámara todo lo que ha fotografiado.

—¿Necesita algo más? —pregunta una camarera sacándome de mi ensimismamiento.

—Eh... —murmuro—. No, no necesito nada más, gracias.

—A usted, señorita.

Me paso las manos por la cara, suspiro y miro de nuevo por el ventanal, pero el hombre ya no está, parece haber desaparecido. El móvil suena, y solo espero que no sea Robert con sus dichosos mensajes. Es May quien me escribe, cosa que me alegra, solo con ella puedo desahogarme con tranquilidad sin tener que medir mis palabras.

—¿Cómo va por *zorraland*?

—Aún no estoy dentro, no quiere recibirme.

—Vaya arpía...

—Lo sé.

—Y, ¿qué haces?

—Desayunar en una cafetería cercana a las oficinas.

—¿Sola? —pregunta añadiendo una carita sorprendida.

Le doy otro mordisco a la galleta y un sorbo al café. Tras eso contesto con un «sí» rotundo, lo cual da pie a que me llame.

—¿Cómo vas, morena?

—Con ganas de huir de aquí y no tener que trabajar con Alysha.

—Ojalá pudieras volver a los teatros.

—Espero poder volver algún día, dejar de estar encerrada en una oficina y poder ver esas maravillas que han sido mi hogar hasta que me trasladaron aquí, porque no sé cuánto tiempo duraré al lado de semejante bruja.

—No sé cómo vas a aguantar.

—Gracias por los ánimos.

En realidad, ni yo misma sé cómo voy a poder sobrevivir estando en la misma planta, o incluso en la misma sala que ella.

—Solo espero no tener que ir hasta allí para ahogar a esa lagarta.

—Tranquila, puedo encargarme sola.

—Bueno, me encantaría hacerla sufrir.

—Ya te avisaré —ríe.

May hace lo mismo al otro lado del teléfono, se muere de la risa.

—Bueno, voy a acabar de tomarme esto, no vaya a ser que diga que he llegado tarde a nuestra reunión.

—Ya me contarás cómo ha ido.

—Sí, luego te llamo.

—Perfecto.

Cuando voy a colgar escucho como un hombre le dice algo a May, lo que me parece raro, hasta que dejo de escuchar lo que hay al otro lado. Ha colgado.

Termino el desayuno y me marcho a las oficinas, a ver qué es lo que me depara durante el tiempo que esté trabajando aquí hasta que pueda volver a los teatros o me deriven a cualquier otro sitio. No sé cuánto tiempo aguantaré con Alysha y su superioridad, porque vamos... Tiene que tener un despacho para ella, y otro para su ego, no creo que quepan los dos en el mismo sitio.

Cuando llego a las oficinas me quedo en la entrada y cojo aire a la vez que me

armo de paciencia para no ahogar a esa arpía nada más abrir la boca. Me recolocó la falda de tubo gris perla y la americana negra. Tras eso, entro. Hay una mujer pelirroja en el recibidor y dos guardias de seguridad, uno junto al ascensor y el otro más cerca de la puerta.

—Pase por aquí —me dice uno de ellos.

—Gracias —sonrío.

Me acerco a la mujer de recepción, quien no deja de sonreírme, cosa que agradezco en cierto modo. Miro la pequeña placa que cuelga del bolsillo de su americana, ya que antes no he podido hacerlo; “Tessa”.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, una vez más —río.

—¿Ha desayunado bien en la cafetería que le recomendamos?

—Sí, todo perfecto.

—Me alegra escuchar eso —sonríe de nuevo—. Tenga —me tiende una tarjeta negra con una banda morada en la que pone mi nombre.

—Gracias.

—Pase por allí, Joey le acompañará hasta su planta.

Uno de los hombres de seguridad, el que estaba junto al ascensor, se acerca a mí con semblante serio, pero segundos después hace que su gesto se relaje.

—Bienvenida a Cellos.

—Muchas gracias.

—Le acompañaré a la planta que le corresponde.

Asiento un par de veces mientras le sigo por el amplio y luminoso vestíbulo que me guía hasta el interior del ascensor. Me fijo en el arma que cuelga de su cinturón, aún no me he acostumbrado a ver cómo mucha gente va armada en según qué estados, aquí es lo más normal. Si por mí fuera acabaría con la legalidad de las armas. Los civiles no deberían llevar revólveres, después pasa lo que pasa y no hacemos más que lamentarnos por lo ocurrido en vez de cambiar la raíz del problema. Pero ¿cómo va a cambiar eso con el presidente que tenemos? A nadie le interesa que las armas desaparezcan así como así. Sería una pérdida millonaria para muchas empresas.

—Bienvenida a nuestras instalaciones, ¿ha trabajado antes en la empresa?

Hago una mueca, por lo que rápidamente el hombre se retracta de lo que ha dicho, siendo él quien haga otro gesto.

—Oh, lo siento... No debería haberle preguntado así.

—No, tranquilo, no pasa nada.

En realidad sí que pasa, aunque no voy a ser así de tajante de primeras, el hombre solo ha intentado ser agradable. Pero que no pretenda que le cuente mi vida. Ni que fuera amigo mío... Y si lo fuera, aun así, dudo que se lo contara. Aunque con Samuel haya sido todo lo contrario.

No tardamos en llegar a la décima planta, cuando voy a salir del ascensor sonrío a Joey, quien me corresponde encantado. Una mujer con cara de urraca y de amargada

de la vida me espera nada más salir de este. Lleva el cabello recogido en un alto moño, unos ojos emborronados con una sombra negra y un vestido ancho del mismo color, que le queda como si fuera un saco de basura.

—Sígame.

No digo nada, me limito a seguirla por el largo pasillo rodeado por luminosos despachos acristalados. Me gusta que estos estén hechos de cristal templado y no se pueda ver nada de lo que ocurre al otro lado salvo algunas sombras. No me gusta el contacto visual con otros compañeros mientras trabajo, no me siento cómoda, y mucho menos que sean ellos los que me estén mirando.

La mujer se detiene en el último departamento, el más grande. Da dos golpes en la puerta y sin esperar a que nadie diga nada, abre la puerta.

—Adelante —me dice Alysha desde el interior.

Cojo aire, por Dios... Ten paciencia, Vic, o la cosa no irá nada bien, y no estamos para ir a por nada mejor.

Nada más entrar me la encuentro sentada en una silla de ordenador muy grande tras su enorme escritorio, iluminado por los rayos del sol que cruzan los ventanales.

—Siéntate.

Dejo ir un suspiro, aclamando a mi paciencia interna para que esta haga acto de presencia. Odio que me ordenen y me digan lo que tengo que hacer, ya soy mayorcita como para que me lo digan. Exhalo un fuerte suspiro, allá vamos.

—Buenos días.

—Buenos días. —Contesto intentando mantener la postura.

Permanezco en silencio, aguardando a ver qué es lo que dice a continuación. Miro por encima de su hombro, clavando la vista en el horizonte que se ve desde el gran ventanal que hay a su espalda.

—Victoria, me alegra mucho que empieces a formar parte de la plantilla de Cellos aquí en San Francisco.

La miro con cara de circunstancia, ¿está hablando en serio? Parpadeo rápidamente unas cuantas veces, incrédula. Me siento en la butaca que hay frente a la mesa que ocupa y dejo el bolso junto a mis pies.

—Gr... Gracias.

No me creo mucho lo que está diciendo, pero bueno, de momento lo prefiero así, a que sea la Alysha prepotente y súper estirada que conozco. Iremos viendo cómo avanza su papel de actriz con el paso de los días.

—De verdad, me alegra.

Asiento, intentando parecer segura de lo que me está diciendo, aunque no me crea ni media. Ahora es el turno de que yo también juegue mi papel como buena compañera; agradable y complaciente, hasta que me canse y deje de aguantar cada uno de sus reproches y desasosiegos.

—Y, dime... ¿Qué te ha parecido que te hayan ofrecido el puesto que ocupas?

—Bien, la verdad, me alegra poder ayudarte en el crecimiento de Cellos.

—¿Crees que estás cualificada para ello? —pregunta de nuevo Alysha.

—Por supuesto que sí.

—Bueno... No sé yo.

Primer dardo.

—Si no estuviera cualificada para ello, Robert no me habría dado el trabajo.

Interceptado.

—Todos sabemos cómo es vuestra relación —sonríe.

Dios, dame paciencia, porque si me das fuerza... si me das fuerza, te juro que al final la acabo matando.

—Ah, ¿sí? —digo sin ganas—. ¿Y cómo es?

Me mira con esa cara de arpía que tiene, no aparto mis ojos de los suyos, lo que quiera decir que lo haga ya. No voy a agachar las orejas frente a alguien como ella. Se pone de pie, se atusa la falda y rodea el largo escritorio para apoyarse junto a mi asiento.

—Ya sabes... —le resta importancia—, especial.

—Pues no sé de quién estás hablando, porque mi relación con Robert no es más que la de jefe a empleada, como será la tuya... Supongo.

Me paso la lengua por los labios, haciéndole ver que sé lo persuasiva que puede llegar a ser cuando quiere. Alza una ceja y me mira con recelo, durante unos segundos aparece la verdadera Alysha, pero poco después vuelve a ponerse la máscara con la que me ha recibido.

—Te incorporarás el próximo lunes, Cristin te enseñará cual será tu despacho —me explica—. Tendrás todo lo que necesitas en el ordenador que hay en él, y en las carpetas que hay en la cajonera.

—De acuerdo.

—¿Alguna pregunta?

—No.

—Bien.

Sin decir nada más, alza el teléfono que hay sobre la mesa. No pronuncia ni una sola palabra, le da a un botón e inmediatamente la puerta se abre.

—Hasta el lunes —dice Alysha sin más.

Asiento y, sin contestarle, salgo de su despacho. Ni siquiera me ha explicado en qué consistirá mi trabajo. Aunque viendo lo ocurrido, no creo que mi nueva jefa tuviera muchas ganas de que permaneciera en su despacho. Nada más salir me encuentro con una joven morena de ojos verdes, brillantes y alegres.

—Supongo que tú debes de ser Cristin.

—Así es —sonríe.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Me han hablado de ti —digo mirándole de arriba abajo—. Pero aún no sé qué es lo que haces en Cellos.

—Soy su... Ayudante.

—Háblame de tu, por favor.

Asiente, se pone unas gafas rojas y redondas a la vez que apunta algo en su pequeña libreta y vuelve a mirarme. La guarda en el bolsillo de su larga chaqueta gris y saca una tarjeta.

—Cristin Miller —me la tiende.

—Encantada —sonríe—. ¿Tú me pondrás al día de todo?

—Así es, el lunes le informaré de todo lo que necesita saber sobre la sede de Cellos en San Francisco.

—Perfecto.

—Aunque si así lo desea, puedo informarle ahora.

—Victoria, por favor, no me hables de usted.

—De acuerdo, Victoria.

—¿Tienes algún informe, alguna carpeta con información o algo así?

—Sí, claro que sí.

Me hace un gesto con la mano, el cual yo interpreto como una señal para que la siga. Atraviesa el pasillo en dirección al ascensor, cuando llega al final de este veo un despacho casi tan grande como el que tiene Alysha, solo que en la parte izquierda tiene una subsala bastante más pequeña. Cristin pasa a esta zona y se sienta frente a su escritorio. De uno de los cajones saca una fina carpeta y me la tiende.

—Aquí tienes —sonríe—. Es un informe que yo misma he redactado, pensé... Pensé que le iría bien a quien ocupara el cargo.

—Muchas gracias, Cristin.

—No tienes que darlas, solo hago mi trabajo.

—Lo haces bien, y facilitas el de los demás. Eso es de agradecer.

—El lunes te enseñaré el resto.

—Perfecto, muchas gracias.

Cristin me mira de una forma algo extraña, compasiva, nerviosa y con ganas de agradarme, cosa que no me gusta. Yo no soy como Alysha, no necesito que me muestren sumisión ni adoración.

—Gracias, Cristin.

—De nada, es un placer.

Sonrío levemente y guardo la carpetilla del informe dentro de mi bolso.

—Nos vemos el lunes.

—Si no entiendes algo, solo tienes que llamarme.

—Gracias.

—A ti.

Cuando llego de la reunión me dejo caer en el sofá, al final he tardado más en llegar a casa que en el rato que he estado reunida con Alysha. El móvil suena, vuelve a ser Robert. Sabía que no me escribiría hasta que no estuviera prácticamente seguro de que ya había salido de la reunión. Miro la hora, tan solo son las once de la mañana, por lo que antes de contestar me hago otro café, si no se me hará tarde. Sin un par de estos al día, no soy persona.

Saco unos cuantos frutos secos y los pongo en un bol, al igual que el café en la taza, mientras se calienta el ordenador. En cuanto conteste a Rob me llamará por Skype, por lo que no le escribiré de momento. Odio cuando Alysha se comporta como una arrogante, o sea ser, siempre. No sé cómo Robert la ha colocado como directora de Cellos aquí en San Francisco. No es una buena persona, me sorprende que nadie se haya quejado de ella durante todo este tiempo. Supongo que si no lo han hecho habrá sido por miedo a que desatara su furia contra ellos. Pobres criaturas, no sé cómo son tan incrédulos para creer que tiene tanto poder como para que los echen

de aquí. Por suerte, yo no me dejaré doblegar como lo han hecho los demás. Cuando el café se acaba de hacer, cojo el móvil y respondo el mensaje que me ha mandado el jefe para que así pueda llamarme. Antes de que le haya dado a enviar, el Skype empieza a sonar. Es él.

—¿Es que vigilas cuando me conecto al WhatsApp? ¿O, tienes una cámara en mi ordenador?

—Ojalá la tuviera.

Me lanza una mirada lasciva que me repugna. Intento disimular levemente la mueca de disgusto que estaba a punto de aparecer involuntariamente. Sonrío falsamente y bebo un poco de café.

—Veo que te ha sentado muy bien el traslado a San Francisco, estás preciosa, reina.

—Gracias, Robert.

Veo cómo se ha peinado con un tupé, se ha vestido con uno de sus mejores trajes e, incluso, se ha colocado un pequeño pañuelo cian en el bolsillo izquierdo de su americana.

—Tú también lo estás.

Sus ojos marrones brillan y vuelve a mirarme lujuriosamente. Coge una libreta de tapas negras, la cual siempre lleva consigo, y apunta algo que no consigo ver. Hace una mueca, cierra la libreta y vuelve a fijarse en mí.

—Cuéntame cómo ha ido la reunión con Alysha.

—Bien, aunque apenas me ha hablado sobre cuál será mi trabajo, espero que Cristin pueda ayudarme.

—Bueno...

—Tú sabrás que haces con ella —digo en voz baja—. Además, ha insinuado que entre tú y yo hay algo.

—Oh, por Dios... Esta Alysha...

—Hay veces que es un poco... Bocazas, por no decir siempre.

—Vaya ideas tiene esta mujer —murmura—. Aunque si no es cierto es porque no quieres.

Le miro perpleja, no me puedo creer lo que está diciendo. Trago saliva a la vez que niego. De repente, alguien llama al timbre de casa, por lo que me despido rápidamente de Robert. Salvada por la campana. Cuelgo la llamada de Skype y voy a atender a quien me ha salvado. Me cierro la chaquetilla fina que llevo y abro.

—Buenas tardes —me saluda el mensajero.

—Buenas tardes —contesto recelosa.

No tengo ni idea de qué hace este hombre aquí, le miro seria.

—¿Victoria Martínez?

—Sí, soy yo... ¿De qué se trata?

—Le traigo un paquete.

—Oh, vaya...

—Tenga —me tiende una caja de cartón alargada.

Firmo en el parte conforme me lo han entregado y la sujeto con fuerza para que no se me caiga. La dejo sobre la encimera de la cocina, para ir a por un cúter de uno de los cajones. Corto un lado y, cuando me deshago de la caja de cartón, me encuentro con una de madera, con un hermoso grabado en rojo brillante y, al terminar de abrirla, hay una botella de vino blanco rodeado de pétalos de rosa roja.

6

Miro la nota doblada que hay sobre la encimera, esa que estaba dentro de la caja. La desdoble y la releo. Me pone el vello de gallina, no sé quién la ha mandado y cada vez me da más miedo lo que está ocurriendo.

Una hermosa rosa como tú, debería poder disfrutar de un delicioso vino como este.

Que mal rollo me está dando... ¿Quién demonios puede ser? Y lo que es peor, ¿cómo sabe dónde vivo? Me apoyo en la encimera y miro por la ventana. Las persianas de la casa de Samuel siguen bajadas, llevan varios días así, lo que me parece extraño. No ha estado en todo el fin de semana. Tal vez haya tenido que salir a causa del trabajo.

El cansancio me puede, por lo tanto, aparto mis pensamientos sobre el misterio de los envíos y me marcho a la cama.

El fin de semana pasa como un suspiro, vuelve a ser lunes. Nada más llegar a la oficina me encuentro a Cristin recibiendo una buena bronca de la urraca que me atendió el otro día. Me acerco a donde se encuentran y permanezco en silencio hasta que esta se calla y me mira.

—¿Qué está ocurriendo?

—Miller —gruñe la urraca.

—Lo que haya hecho ha sido porque yo se lo pedí el otro día. Si hay algo en lo que pueda ayudarte o hay algún problema, ya sabes con quien debes hablar —señalo el final del pasillo.

Me lanza una última mirada, igual que a Cristin, con odio, y tras eso, se marcha por donde supongo que había venido.

—Pasa —le digo a mi ayudante.

Hace lo que le pido, entrando en mi despacho. Me quito el abrigo rosa pastel y lo dejo colgando de la silla que debo ocupar. Con un movimiento de cabeza le pido a Cristin que se siente frente a mí para poder hablar.

—¿Qué ha pasado?

—No ha sido nada.

Alzo una ceja, esperando a que acabe de contarme que es lo que ha sucedido ahí fuera, y si Alysha tiene algo que ver, si es así no dejaré que se vaya de rositas.

—Pasé unos informes a Hellas, ha habido un ligero traspapeleo y me han culpado a mí.

—Bueno, tú tranquila que será la última vez que pase.

—Gracias, Victoria.

—Ve a tu despacho, y en quince minutos quiero que me traigas toda la información que necesito para ponerme al día de todo lo que ocurre en Cellos.

—De acuerdo.

Miro todo lo que me rodea en este gigantesco y luminoso espacio que me han dado. Junto a la entrada hay un gran sofá de piel negro reluciente. Detrás de mí hay una enorme librería repleta de libros y algún que otro premio. Me gusta como la claridad lo cruza del todo, iluminándolo sin necesidad de tener que encender ni una sola luz. El teléfono del despacho empieza a sonar, en la pantallita aparece el nombre de Alysha, lo que hace que esboce una mueca nada más verlo.

—Buenos días.

—¿No hay nadie que pase las llamadas?

—La de fuera de la empresa sí, pero si te llamo yo o Cristin, no.

—Vaya...

Pongo los ojos en blanco, saco una libreta mediana y un bolígrafo negro para poder apuntar lo que me vaya diciendo.

—¿Qué necesitas? —pregunto tan agradable como falsa.

—¿Te ha informado Cristin de todo?

—No, acabo de llegar.

—Pues ya puede hacerlo, si no ahora mismo hablo con ella.

—No hace falta que hables con nadie —me apresuro a decir—. Gracias.

Y sin esperar a que diga nada más, cuelgo. Ale, no hay nada más que hablar, no aguanto sus aires de grandeza. Segundos después alguien llama a mi puerta.

—Adelante —digo poniéndome las gafas para poder utilizar el ordenador sin que me afecte a la vista.

Cristin aparece con una alta torre de carpetas y con un vaso de café para llevar en la otra mano. Sonríe de oreja a oreja, y creo que es la primera vez que la veo hacerlo con sinceridad desde que llegué. Lo deja sobre mi mesa, al igual que todas las carpetas, solo que estas las coloca sobre la silla que hay frente al escritorio.

—Te he traído un café.

De entre las carpetas saca una de color azul pastel y me la tiende para que pueda ver que es lo que hay dentro.

—Aquí hay un pequeño *dossier* con un resumen de los últimos años, socios, galas, eventos... Todo lo que puedas imaginar.

Asiento un par de veces, pensando en lo que me ha dicho. ¿Qué demonios pretende Robert que haga aquí?

—Vas a tener que explicarme cuál va a ser mi trabajo en Cellos porque no tengo ni idea.

—Tranquila, lo haré.

Rebusca entre las carpetas y saca un enorme álbum de fotos. Aunque cuando lo deja sobre la mesa, parece que más que un álbum, es un carpesano repleto de fotos,

recortes de periódicos y algún que otro artículo de páginas web sobre los eventos y galas de la empresa.

—Esto es lo que harás tú —señala uno de los artículos—. Veo que Alysha no te ha contado nada de a lo que te vas a dedicar.

—Nada.

Antes de que ninguna digamos nada más, el teléfono de mi despacho vuelve a sonar.

—Victoria.

—Buenos días, Victoria, soy Tessa de la recepción del Tea Tower, he estado llamando a su secretaria y no me ha atendido al teléfono por lo que he decidido llamarle a usted.

Entonces recuerdo a la joven que me sonreía la semana anterior y que me ha saludado esta misma mañana nada más llegar.

—Hola, Tessa.

—Hay un mensajero aquí abajo que te trae un paquete, ¿le dejo subir o que lo suba Joey?

Carraspeo algo confusa. ¿Qué será lo que me traen? No tengo ni idea. Miro a Cristin y le digo lo que me ha dicho Tessa a la vez que mantengo el micrófono del teléfono tapado. Cristin asiente, diciéndome que le deje subir.

—Adelante. Gracias, Tessa.

—De nada, un placer.

Me gusta muchísimo lo cordial y agradables que son todos los que trabajan en la empresa, salvo dos que yo me sé. El resto son muy serviciales, cosa que estoy segura de que facilita el trabajo.

—No tengo ni idea de quién puede ser —hago una mueca—. Bueno, prosigamos.

—Sí —sonríe—, una vez al mes o cada dos meses, dependiendo en la fecha que nos encontremos, se organiza una cena para captar inversores, por lo que se hacen galas, eventos benéficos... De todo un poco —me explica—. Además, nos encargamos de mantener contentos a dichos inversores.

Asiento a la vez que paso las páginas del carpesano y lo observo. Antes de que podamos seguir hablando, alguien llama a la puerta. Sin que le diga nada, Cristin se levanta y le abre.

—Puede pasar.

—Victoria Martínez.

—Sí, soy yo.

Me pongo de pie y el hombre se acerca a donde me encuentro.

—Le traigo dos bultos —va a por un carro en el que hay una caja alta y delgada, y otra algo más pequeña—, aquí tiene.

Firmo el papel conforme lo recibo y el hombre se marcha por donde ha venido. Me siento en la silla y cojo un cúter, ansiosa por saber qué es lo que se esconde bajo las cajas de cartón.

—A ver qué es.

Cristin vuelve a sentarse y me mira curiosa. Al abrirlo me encuentro con un enorme jarrón blanco repleto de rosas rojas como la sangre y hermosas como ningunas. Las saco con cuidado para no estropearlas y las dejo sobre la mesa.

—Vaya, son preciosas.

—Sí, la verdad es que sí, pero ¿quién las envía?

Miro en el interior de la caja y veo como una pequeña tarjeta descansa sobre el fondo doblada.

Para que empieces bien el día en tu nuevo puesto.

Disfruta, bombón.

La firma Robert, lo que me hace sentir un escalofrío que eriza todo mi vello y que al mismo tiempo hace que sienta repulsión al releer eso de bombón. Suspiro, cuando alzo la vista me encuentro con la de Cristin.

—¿Y?

—Robert Stone.

—¿Robert Stone? ¿El cofundador de Cellos?

Asiento un par de veces al ver como sus ojos brillan maravillados después de haber nombrado a Robert.

—¿Le conoces?

—Claro —ríó—, ¿si no por qué iba a enviarme flores?

—Cierto.

Abro la otra caja de cartón y de ella saco una más pequeña de color rosa palo. La dejo sobre la mesa, hay una tela de seda que cubre algo, por lo que la dejo a un lado. Un hermoso collar de plata con un osito y un brillante enorme relucen bajo este.

—Vaya... —murmuramos Cristin y yo a la misma vez.

Es precioso, parece muy delicado y caro. ¿Quién ha enviado esto? Desmonto la caja, quitando la almohadilla para ver si se esconde algo bajo esta, y así es... Un pequeño sobre rosa con letras plateadas capta mi atención, lo abro para leerlo:

Para la nueva directora de la organización de galas y eventos.

Lo firma un tal José con una letra increíblemente sofisticada y hermosa.

Miro el hermoso collar que aún reposa sobre la almohadilla en la que venía y me fijo en que una diminuta pieza de plata cuelga junto al cierre. Le doy la vuelta y veo como una elegante «V» luce tallada en el metal. ¿Quién demonios es José y por qué conoce mi nombre y mi puesto aún mejor que yo? No lo entiendo, en realidad no entiendo nada. No es normal que dos botellas de vino sin dueño hayan acabado en mi casa y que ahora un desconocido me mande un collar de brillantes, el cual debe costar una barbaridad.

—Vaya... Ya me gustaría que me hicieran regalos así —murmura Cristin.

Me río, aunque sigo algo confusa, tal vez Robert hablara con los inversores sobre quién ocuparía el nuevo cargo. Si yo fuera ellos también me gustaría saber con quién voy a tratar.

—¿Te lo pongo? —me pregunta.

—No sé... No creo que deba quedármelo.

—No te preocupes, no permitirá que se lo devuelvas.

Hago una mueca, no quiero quedármelo... Creo que es demasiado caro para que me lo regale alguien que no conozco.

—Victoria, de verdad.

—Bueno... Pónmelo.

En el dorso de la tarjeta hay un *email* escrito a mano. Debería de darle las gracias aunque sea mediante un mensaje.

—Es precioso, en serio.

—Sí —contesto mirando el brillante.

—¿Quieres que te siga explicando?

—Por favor.

Coge una pequeña agenda que tiene las cubiertas de colorines, como si estuviera manchada de acuarelas. La abre y revisa la semana que entra para enseñarme las citas que tenemos los primeros días.

—El miércoles por la mañana tenemos reunión con Jason Williams para hablar sobre la gala de abril y los preparativos, y con Rosetto el viernes a las once por videoconferencia.

—Perfecto.

Saca un *dossier* no muy grueso y me lo tiende para que pueda ver que esconde entre sus páginas, ya que en la primera no hay nada. En la siguiente me encuentro con una ficha súper detallada, incluso con fotografía, y toda la información que necesito saber sobre Rosetto. Sigo pasando y veo como están todos y cada uno de los inversores de Cellos: asistentes a las galas, una galería de imágenes de eventos pasados, cifras recaudadas en las últimas cenas y a qué proyectos se ha destinado el

dinero.

—Está muy pero que muy bien.

—Gracias —contesta subiéndose las gafas—. Si te fijas al final del todo hay un listado telefónico de los despachos de cada uno de ellos y el nombre de la secretaria para que puedas hablar con ella antes.

—Genial —sonrío.

Rebusco en el interior del *dossier*, mirando a ver si encuentro a ese tal José, quiero ponerle cara. Pero no lo encuentro por ninguna parte, lo que me extraña.

—¿Y José? —le pregunto.

—¿No aparece?

—No.

Me quita el *dossier* de las manos y lo revisa, pero al no encontrarlo pasa al final. Hace una mueca y es entonces cuando encuentra su nombre en el listado, pero al buscar en la columna en la que pone la página, su ficha está vacía.

—Pues no está.

Alzo los hombros, su expresión cambia a la sorpresa y, luego, a la confusión.

—Es muy raro, pensé que había redactado su informe.

—Pues ya tienes algo que hacer durante la mañana.

Sonríe de medio lado, coge algunas de las carpetas y desaparece tras ellas. Me doy cuenta de que ha dejado la agenda sobre la mesa, por lo que llamo a su teléfono para no tener que ir a por ella.

—Cristin, te has dejado la agenda.

—Es para ti.

—Vaya, gracias.

Tras eso, cuelgo sin más. Miro lo que hay apuntado para esta semana y para el resto del mes. Me encuentro con un *post-it* en el que hay apuntado un correo electrónico y una contraseña para poder entrar al *email*. Nada más abrirse llegan varios mensajes, entre ellos uno de Robert dándome los buenos días, otro de Alysha, y un último correo de José.

Abro este último con ansia, quiero saber quién es o lo que sea que pueda aclararme un poco la confusión que ahora ha tomado mi mente.

Espero que disfrutes del detalle.

Y como si nunca hubiera estado ahí, lo cierro. No puedo sacar nada de información de ese *email*, por lo que cierro los ojos con fuerza y me paso una mano por la cara y parte del pelo.

Solo llevo tres horas en el despacho y ya he recibido cuatro llamadas de Robert, cinco *emails* de Alysha y varios WhatsApps de May, y apenas me he puesto al día de todo lo que ha quedado pendiente, por suerte Cristín está teniendo mucha paciencia conmigo y me ha ayudado en todo lo que he necesitado.

—Tengo que acabar de revisar los informes de Rosetto y de Jones —digo tras pulsar el botón del teléfono que me comunica automáticamente con Cristin.

—Perfecto, ¿has podido echarle un ojo a los gastos e ingresos del último año?

—No, será lo último que mire antes de ir a comer.

—De acuerdo, si puedes, cuando termines paso a revisarlos contigo, aunque también deberías repasar la organización de la última gala. Así te harás una idea de cómo funcionamos desde Cellos a la hora de llevar a cabo estos eventos.

—Muy bien, así lo haremos —contesto—. Aunque si quieres puedes pasar ahora y así ya nos lo quitamos de encima.

—Voy.

Cuelgo el teléfono y, acto seguido, entra mi fiel escudero con una sonrisa y dándole un sorbo a una botellita de agua turquesa.

—Quiero una pizarra blanca de rotulador e imantada —le digo al sentarse.

—Habrá que pedirla.

Se lo apunta en un pequeño bloque de *post-it* rosa chicle y lo pega en la página abierta de su agenda. Abro el *dossier* de cuentas y el de la última gala. Me gusta mucho cómo han organizado los dossieres en temas y eventos, todo cerrado, sin mezclar conceptos. Los dejo sobre la mesa para que ambas podamos leer lo que hay en sus páginas.

—Mira, durante la gala del pasado noviembre pudimos recaudar alrededor de veintitrés mil dólares, gracias a grandes inversores como el señor Rosetto, quien además suele gastar su fortuna en donaciones para la fundación: Un Cello Para Todos, que se ocupa de ayudar a refugiados que huyen de sus países en guerra, niños que necesitan un nuevo hogar... —Pasa un par de páginas hasta que veo unas fotografías donde ella misma sale—, incluso Cellos colabora con varios centros de perros abandonados, casas de acogida, mejor dicho.

—Vaya...

Asiente un par de veces a la vez que miro las fotografías que hay frente a mí.

—Haces una gran labor.

—Gracias —sonríe avergonzada.

—Me encantará poder ayudar en todo lo que sea necesario.

—Estaremos encantados de que formes parte de nuestro equipo.

No aparto la mirada, hay mucha gente, incluso Unicef. Se ayudan entre ellos para poder salvar a todas esas personas que necesitan ser oídas, que alguien les preste atención y les facilite esos recursos que ellos no alcanzan a conseguir.

—Me encantaría poder ir —murmuro pasando los dedos por encima de una de las imágenes.

—Cuando podamos volver, te llevaremos con nosotros.

—Sería genial.

Asiente orgullosa y pasa a la siguiente página, en la que aparece un gráfico de barras.

—Aquí puedes ver las donaciones y los proyectos a los que han sido destinados —me explica—. Además, podrás ver quién ha llevado a cabo cada uno de ellos.

Leo lo que estaba señalando y veo como la gran mayoría de ellas han estado dirigidas por un tal D. Barrimore, acompañado por Cristin.

—Habrá que seguir haciéndolo así siempre.

—Perfecto.

—Las listas de invitados, como habrás visto, están llenas de gente de mucho poder adquisitivo, personajes ilustres y algunos famosos de la alta sociedad estadounidenses. No solo vienen de San Francisco, sino de todo el país.

—Ajá.

—Te pasaré la lista a tu *email* para que puedas tenerla digitalizada.

—Bien —comento—. ¿Encontraste la ficha de José?

—No, he tenido que volver a redactarla.

—¿Y?

Hace una mueca, alza el dedo índice y sale del despacho sin decir nada más. Escucho cómo la impresora empieza a funcionar y, minutos después, aparece con la ficha de ese tal José. Antes de sentarse me la tiende para que pueda ojearla, pero tan solo hay cuatro datos, ni rastro de una fotografía ni nada con la que identificar al hombre que me envió el collar.

—¿No hay fotos?

Niega con la cabeza y hace una mueca.

—¿Ni una? —pregunto sorprendida.

—No, ni una.

Vaya... Me muero de ganas de saber quién es, a qué se dedica, ver su cara, quiero saberlo todo.

Al llegar a casa dejo las cosas sobre la mesa del salón, enciendo el ordenador y la luz de la barra. Son las ocho, y me muero de hambre, me he entretenido demasiado al salir del despacho. Al final no he conseguido averiguar nada sobre ese tal José, ni siquiera he encontrado un perfil en ninguna red social ni en ninguna plataforma con perfiles profesionales. Nada.

Respondo a los mensajes de May, apenas he podido hablar con ella en todo el día.

—¿Cómo ha ido el primer día?

—Bastante bien. Si yo te contara...

—Ya estás tardando.

—Conecta Skype.

Abro el programa y me pongo los auriculares. Mientras May enciende su ordenador y demás, aprovecho para buscar algo que me lleve hasta José, no sé por qué, pero esto se ha vuelto algo personal. Hasta que no sepa quién es, no pararé.

—¡Hola! —exclama May en la ventanita emergente que aparece en una esquina de la pantalla.

Le doy al botón de llamada, a la cual responde en nada, es rápida, hay veces que al segundo ya ha respondido.

—Entonces... ¿Qué ha pasado? —Se sube las gafas protectoras.

Le cuento todo lo ocurrido esta mañana desde que llegué a la empresa hasta que he podido entrar en casa hace apenas unos minutos. A cada cosa que le explico pone una cara distinta, sobre todo con el tema Robert y el de José.

—Qué morbo —dice a la vez que muerde un bolígrafo.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—¿Es que no lo ves? Hay un admirador secreto que te manda botellas de vino, un jefe que te adora y quiere... —Hace un círculo con la mano derecha e introduce el dedo índice de la izquierda en él, a la vez que alza una ceja—. Y ahora hay un galán que te manda un collar con un pedrusco y que es más misterioso que el misterio más oculto.

—Bueno... ¿Y qué?

—¿Y qué?

—May, de verdad, cielo... Necesitas que te echen un buen polvo.

—Tal vez —se ríe.

Río con ella, en realidad tiene razón, es demasiado curioso. Pero no estoy para hombres. Suerte que no le he dicho nada de Samuel, si no ya habría perdido la cabeza o se habría venido corriendo a San Francisco para conocerle.

—¿Y cómo va el ego de Alysha? ¿Tiene su propio despacho?

—Casi... No sé cómo caben los dos en uno solo, deberían de estar ahogándose.

—Yo tampoco lo entiendo.

—¿Cómo son los compañeros?

—Tengo a una chica maravillosa conmigo llamada Cristin, parece inocente y dulce como para pertenecer al equipo de Alysha.

—¿Y eso?

Durante unos segundos permanezco callada, pensando en esa chiquilla. No es muy mayor, en realidad no creo que tenga más de veinticinco años.

—Es muy buena, no tiene la maldad de Alysha ni la arpía de su secretaria, por llamarla de alguna manera.

Hablamos durante casi una hora, nos gusta estar cotilleando y enterándonos de todo lo que pasa tanto en su ciudad como en la mía. Nos mantenemos bien informadas a pesar de la distancia que nos separa.

Tras colgar con May toca cenar, entre una cosa y otra me he liado hablando y se me ha olvidado ir a por algo para picar mientras charlábamos. No tengo ganas de cocinar, por lo que me preparo una ensalada y un bistec, no hay nada más rápido.

—¡Vecina! —escucho.

Me asomo ligeramente por la ventana y me encuentro a Samuel con un par de bolsas de plástico y una de papel. Alza una de sus manos y me saluda, no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Hola —le saludo.

—¿Cómo estás? —pregunta acercándose a la ventana para no parecer dos verduleros españoles.

—Bien, algo hambrienta —río.

—Vaya... Entonces dejo que cenes.

—Bueno, no estaría mal —contesto—. Si quieres pasar después de la cena... O tal vez podríamos vernos mañana por la tarde y tomar café.

—O ambas.

—Sí, o ambas —murmuro algo atontada.

—Nos vemos en un rato —sonríe.

Asiento como una tonta hasta que veo como se adentra en su casa. Este hombre es muy encantador como para ignorarlo.

Ceno o, prácticamente, engullo la comida que he preparado. Quiero poder recoger un poco y cambiarme de ropa. No puedo ir con estas pintas e intentar ser yo. Me paso una mano por el pelo, y vaya pelo... Al terminar la cena, guardo los platos en el lavavajillas para ocultar las pruebas de mi repentino desorden. Me doy una ducha rápida, me visto con unas mallas negras, una camiseta blanca y un kimono de flores granates que me encanta. Desde que lo vi que me enamoré a primera vista, como si fuese la única prenda que fuera a necesitar en toda mi vida. Al bajar al salón para recolocar mis cosas de trabajo, escucho como la puerta de Samuel se cierra de golpe, haciendo que de un bote. No me queda tiempo, por lo que cuelgo el bolso en la silla del ordenador y encima la americana.

Llama al timbre y, al abrirle, me encuentro con esa sonrisa arrebatadora con la que me topé el día en el que le conocí. Parece diferente, se ha arreglado la barba, la lleva algo más corta y perfilada, lo que le hace parecer más joven. Sus ojos miel también sonrían, cosa que me cautiva.

—Buenas noches —le saludo.

—Buenas noches, Victoria.

Su grave voz embriaga mis sentidos como si de un buen vino se tratara. Siento cómo mis ojos hacen chiribitas y algo en mí baila.

—Adelante.

No sé qué tiene este hombre. Llámalo buena energía o x, pero me alegro al verle. Me hago a un lado para que pueda pasar, le miro de arriba abajo, no debería estar permitido tener un vecino como este estando soltera. Hace que me replantee todo aquello de: nada de hombres, suficiente tuve con Larry. Es un busto perfecto para pintar, en él o en un cuadro.

—He traído unos dulces —alza la mano en la que lleva una pequeña caja.

—Oh, no era necesario.

Se pasa una mano por la barba y mientras cierro la puerta, él se quita la chaqueta dejando a la vista un jersey fino de color gris perla que se ciñe a sus brazos y su torso.

—¿Café? —pregunto.

Un ligero nerviosismo recorre mi interior, haciendo que un cosquilleo tome mi estómago. Veo como Samuel hace una mueca.

—¿Descafeinado?

—Por favor —sonríe de nuevo.

A través del microondas miro su reflejo, cómo se apoya en la encimera y no deja de observarme. Todo mi ser se enciende bajo sus ojos, aunque intento no parecer nerviosa, carraspeo y coloco la capsula.

—Y, ¿cómo estás? —pregunto—. He visto que has estado fuera.

—Sí, estuve unos días en París.

—Vaya, debe de ser muy bonito.

—Sí, la verdad es que sí —murmura—. Aunque ir solo a un lugar tan hermoso debería ser delito —admite.

No deja de mirarme, por lo que cada vez me hace estar más inquieta.

—Sí, debe serlo.

Samuel se acerca a mí y se apoya a mi lado a la vez que le doy al botón para que el café salga.

—Victoria —dice en voz baja, seductor.

Se pega a mi espalda y coloca sus manos en mi cintura, por lo que mi corazón se acelera como si fuera un motor revolucionándose.

—¿Sí? —Me giro hacia él.

—Hay algo que quiero hacer.

Parpadeo varias veces, confusa. Se pega más a mí, posa una de sus manos en mi

brazo a la vez que va subiendo por este, hasta que llega a mi rostro. Con el dedo pulgar va haciendo pequeños círculos, con una dulzura extraña. ¿Qué demonios quiere hacer? Si ni siquiera nos conocemos...

—Yo...

Sin pensarlo ni un solo minuto, ni dejar que diga nada más, me besa.

No aparto la mirada de la suya, me siento confusa, no sé qué es lo que debería hacer ni decir. Ni qué es lo que está bien o lo que está mal. ¿Qué es lo que realmente quiero? Mi boca se abre, intentando coger una bocanada de aire con la que poder respirar bien.

—Lo siento —dice en voz baja—. Yo... No debería haberlo hecho sin tu permiso.

—No... No deberías —consigo decir.

Baja la mirada, algo entristecido. Cojo aire una vez más, madre mía... ¿Para qué dice nada May? Si no hubiera hablado sobre amoríos no habría pasado nada, estoy segura de que es gafe.

—Bueno, no lo siento, me moría de ganas de hacerlo —acaba admitiendo.

—Pero... Samuel...

—¿Qué, Victoria? —pregunta—. Tengo a una mujer terriblemente hermosa, inteligente, alegre y divertida que vive a golpe de puerta. ¿Cómo se supone que debo resistirme a eso?

Ahora es él quien parece confuso. ¿Qué tiene este hombre que lo hace tan irresistiblemente atractivo? Le doy al botón del café para que vaya cayendo en la taza. Posa una de sus manos en mi cintura con delicadeza, mientras sus ojos están fijos en los míos. Se me eriza el vello y no puedo evitar desviar la mirada de él. Me da un abrazo ligero, como si entre sus brazos sostuviera una rosa y no quisiera lastimarla. Cuando la cafetera deja de echar todo el café, deja ir un leve pitido por lo que me deshago de él para poder sacarla. La dejo a su espalda, cojo el azúcar moreno y le paso una cuchara.

—Lo siento —hace una mueca.

—No, no lo haces, pero no pasa nada —intento quitarle un poco de hierro al asunto.

¿Qué no ha pasado nada? Un fuego interno se ha prendido en mí haciendo que tenga ganas de tirarme sobre él como una gata en celo. Cojo aire a la vez que saco un cartón de leche de la nevera, intentando que el fresco calme este calor que me corroe por dentro como un incendio descontrolado.

—¿Leche? —pregunto al darme la vuelta cuando veo que me observa.

—Por favor.

—¿Caliente?

Asiente seductor dos veces y, en realidad, no acabo de estar segura de sí lo dice por la leche o por mí, porque vamos...

—Vale... Tú dirás cuanta.

Cuando terminamos de preparar los cafés, cogemos las pastas y nos sentamos tranquilamente a hablar, o al menos yo intento estar tranquila, todo lo que mi cabeza

y mi cuerpo revolucionados me permiten.

—¿Cómo te han ido estos días? —pregunto intentando no parecer alterada—. No te he visto mucho por aquí.

—Bueno, podría haber sido peor así que... —Le da un sorbo al café provocando que parte de la espuma le manche el labio superior. Me relamo, quien fuera esa espumilla... Tan bien posicionada, sin preocupaciones ni ataduras—. No pude decirte nada, pero fue algo rápido y a lo que no pude negarme.

—Supongo, no pasa nada —sonríó—. Paris debe de ser aún más bonito en la realidad que en las fotos.

—Sí... La verdad es que sí, es hermoso —admite—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Bien, hoy he tenido un día de locos, pero bueno...

Suspiro, hago una mueca y procedo a hacerle un breve resumen de todo lo ocurrido durante el día de hoy. Mi primer día ha sido un poco... Desastroso, por llamarlo de alguna manera.

—Vaya... —murmura.

No despego mis ojos de su boca, esos labios carnosos y seductores me ruegan que los bese. Una idea demasiado clara no deja de rondar mi mente a cada minuto que pasa, a cada segundo, volviéndose más poderosa, y parece que no soy a la única. Lo noto nervioso, no está atento a lo que le digo, aunque ninguno de los dos estamos mucho por la labor.

—Y... Cuéntame —añade—, ¿qué planes tienes para mañana?

—Tengo que pasar la mañana en la oficina, y luego por la tarde espero no perder mucho el tiempo por el centro y venirme a casa rápido... ¿Y tú?

—Prácticamente lo mismo —le da un sorbo al café y me mira—. Y luego por la noche cenamos, ¿no?

—Claro.

Durante unos minutos un sepulcral silencio se acomoda entre nosotros, la tensión sexual se apodera del ambiente. Me termino el café y en el mismo vaso me echo dos cubitos de hielo y un poco de *whiskey*.

—Necesitaba una copa —mustio tras cerrar mi botellero en forma de bola del mundo—. ¿Quieres tomar algo más?

—Lo mismo que tú, por favor.

Cuando voy a por un vaso para él, le escucho levantarse y mi sexo arde en deseos por primera vez en meses. Algo en este hombre hace que me encienda. Mi corazón se desboca al sentirle cerca, me vuelve loca interiormente. Carraspeo nerviosa, hasta que sus manos se posan en mis hombros y empiezan a masajearme con delicadeza. Aparta mi pelo con cuidado y sigue con lo que hacía. Mi cuerpo pide que se deshaga de la tela que nos separa y que sea mi piel lo que acaricie en vez de hacerlo solo con mis hombros. Suspiro ida, ensimismada en los pensamientos que se agolpan en mi mente provocando que toda yo desee desnudarle aquí mismo. Le doy un sorbo a mi bebida, que, a pesar de estar fría, no acaba con este sofocón que llevo encima.

No recuerdo ni siquiera los meses que llevo en sequía, tal vez haya superado el año, cosa que no me extrañaría. He estado cerca de otros hombres, pero ninguno ha provocado nada en mí, hacía mucho que nadie me miraba como lo hace Samuel, con ese deseo, esa pasión y lo peor de todo; es esa maldita sensualidad que derrocha por cada uno de sus poros sin ni siquiera tener que esforzarse en ello. El calor que había tomado mi sexo ahora sube por mi vientre y acaba por posarse en mis mejillas. Una de sus manos baja por mi brazo derecho hasta que coge la mía, y termina por quitarme el vaso del cual bebía. Me doy la vuelta para mirarle. Bebe despacio por el mismo borde por el que había hecho yo, dando un solo trago y, al final, se relame gustoso. Parece querer más, al igual que yo. Me tiende el vaso, y aprovecho para provocarle. Cojo su muñeca acercando la mano que lo sujeta a mi boca. Dejo que un pequeño cubito de hielo se deslice por mi lengua hasta que lo atrapo con los dientes.

Sonrío, aún con la vista fija en sus ojos. Me pongo de puntillas, ya que es algo más alto que yo. Le beso con ansia, sintiendo cómo el calor de su lengua va disipando el frío que había en la mía y acabo por pasarle el cubito. Ahora es él quien sonrío, muerde el hielo y termina el poco *whiskey* que quedaba en el vaso. Niega con la cabeza a la vez que me vuelvo a sentar en el sofá y él me sigue.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto cuándo se deja caer.

Se acerca un poco más a mí, me pone una mano en la nuca y me besa con una fiereza abrumadora que por un momento me hace creer que mi ropa interior ha decidido salir corriendo, para no ver lo que va a ocurrir. Me dejo besar y mimar, aunque mi cuerpo me pida mucho más que unos simples besos, algo que ahora mismo me niego a darle. Sus labios carnosos y cuidados atrapan los míos retándolos a que sean estos quienes ataquen. Sonrío contra su boca, cada vez me gusta más.

—Por aquí —dice en voz baja, casi en un susurro, el cual es muy *sexy* para ser real.

Su voz es grave, incluso a veces parece rasgada y ronca. Este hombre ha sido creado para ser deseado, para soñar con él noche tras noche y que no quieras despertar jamás. Me muerde el labio inferior, provocando que deje ir un sensual gemido que causa que el pequeño bulto que había en su pantalón empiece a crecer. Madre mía, esto está yéndose de madre... Vuelve a besarme, esta vez con más calma, con una sensualidad y dulzura que aún me calientan en exceso. Mi corazón se desboca, mi sexo se humedece sin control y mi cabeza me grita que me deje de tonterías y que haga lo que me dé la gana sin pensar en las consecuencias.

—Joder... —gruño entre dientes.

Me siento frustrada y no debería ser así, pero tampoco quiero parecerle una chica fácil que a la mínima que te acercas se abre de piernas como unas puertas automáticas de un hotel. Aún me sujeta por la cintura con fuerza, hasta que pongo mis manos sobre la suyas.

—¿Qué te ocurre?

Carraspeo, me paso una mano por el pelo y cojo aire, intentando no gritarle lo

muchísimo que me pone y la rabia que me da que así sea.

—Bueno —contesto desviando la mirada—, no sé si es el momento de que pase esto —le explico señalándonos.

Me escucha paciente, lo único que me pide es que le mire a los ojos mientras sigo hablando.

—No soy tan fácil —murmuro—. Pero tú...

—¿Yo? —pregunta—. ¿Soy fácil? —Añade serio.

Rompo a reír a la vez que niego con la cabeza. Él se limita a sonreír y a darme un beso en la mejilla.

—No me pareces fácil —contesta cordial—. Tendrás que decirme qué pasa conmigo.

—Ya te lo diré.

Tras eso me pongo de pie, intentando parecer algo más segura de lo que realmente estoy y recojo la cocina. Este hombre me hace desvariar como una loca, pero debo mantenerme firme.

—Nos vemos mañana, vecina.

—Sí —contesto avergonzada.

—¿Te paso a buscar a las ocho?

—Sí, claro —sonríe.

—Buenas noches, Samuel.

—Buenas noches, Victoria.

El despertador no deja de sonar, irrumpiendo en esta nube de calor, desenfreno y sensualidad en la que estaba inmersa entre las sábanas de mi gran cama. Mi cuerpo brilla a causa del sudor, no puedo dejar de pensar en cómo Samuel se movía encima de mi cuerpo, piel con piel, como su agitada respiración provocaba el descontrol de la mía. Madre... Vaya calores tengo... Y pensar que tan solo era un sueño, no quiero ni imaginarme lo que ese hombre puede hacer en la realidad. Necesito darme una ducha exprés o acabaré tirándome encima del guardia de seguridad imaginando que es Samuel. Suspiro echa un lio. Voy al baño directamente, me lavo la cara y me miro al espejo.

—¿Qué quieres? —me pregunto.

No aparto la vista de la Victoria del espejo, esperando a que responda, a ser yo misma quien tenga claro lo que quiero que ocurra con Samuel.

—Quiero hacerle de todo —contesto bajando la mirada.

Acto seguido recuerdo a Larry con su arrogancia, con esa parsimonia que terminó por agotarme, pero también recuerdo cómo acabó con mis ganas de seguir, con la felicidad que tantos años me había acompañado... Fue tan sencillo como escribir una simple nota, la cual provocó tanto odio y repulsión en mí, que ya no quise saber nada más de los hombres. Hasta que apareció Samuel. Hacía demasiado que nadie causaba sensaciones como las que él crea cada vez que está cerca, lo que en cierto modo me hace estar nerviosa como si no fuera más que una adolescente esperando a dar su primer beso.

—Vaya cara tienes —me dice Cristin al llegar.

La muchacha ríe al verme, cosa que no acaba de agradarme, pero bueno... Parece que hay quien se levanta con buen pie sin tener necesidad de acabar con nadie.

—Gracias, tú también estas preciosa.

Sin añadir más, me meto en el despacho, hoy no quiero saber nada de nadie, solo quiero que pasen las horas hasta que vuelva a estar en casa, hasta que se agoten los minutos de espera. Tengo ganas de saber que nos deparará la noche, tiene pinta de ser muy interesante.

—Buenos días —irrumpe mi escudero con un café.

Se acerca a mi mesa y, sin esperar a que le dé permiso para sentarse, me tiende el vaso y abre su agenda para recordarme que mañana por la mañana tendremos que reunirnos con Jason Williams y tenemos que acabar de organizarlo todo para que pueda presentarme bien.

—Aquí tienes. Tómatelo, te irá bien.

Le doy un sorbo agradeciéndole con la mirada el café mientras saco mi propia agenda para poder ir apuntando los puntos que debemos repasar durante el día.

—¿Me has conseguido la pizarra?

Asiente un par de veces, mira lo que tiene escrito en rosa y alza la vista.

—Llegará a las once, aproximadamente.

—Gracias.

—De acuerdo, Victoria, a las diez y media tendrás que ir a reunirte con Alysha, requiere de tu presencia para una videoconferencia junto al señor Stone.

—Perfecto.

Lo escribo en un pequeño *post-it* y sigo escuchando lo que me va diciendo. No deja de hablar todo el rato, lanza cientos de ideas que apenas me da tiempo a captar.

—A ver, a ver —le pido paciencia.

—¿Espero?

—Por favor.

Parpadeo varias veces, perpleja, intentando recordar todo lo que me ha dicho y que no he podido plasmar en el papel. Las repite, todas y cada una de ellas, no sé cómo es capaz de decirlo igual que antes, incluso usando las mismas palabras.

—¿Ahora sí?

—Sí.

O eso creo. No tengo ninguna gana de reunirme con Alysha dentro de poco, su ego me agota y me agobia, estar en el mismo sitio que ambos es lo peor del mundo, es incluso asfixiante.

—Bien, entonces a las diez y media con Alysha, a las once la tabla y el resto de la mañana la dedicaré a repasar la ficha de Williams para no meter la pata.

—De acuerdo, ya sabes que si necesitas mi ayuda solo tienes que llamarme y vengo en un microsegundo.

—Lo sé, lo sé. —Sonrío—. Muchas gracias por la ayuda.

—Ya sabes que solo hago mi trabajo.

Poco después, Alysha irrumpe en mi despacho a pesar de las advertencias de Cristin, a quien no parece hacer ni caso. Es como si no hubiera nadie, si le hablara a la pared le haría el mismo caso que ella. Pero no hay nada que hacer, aquí es la jefa, la directora de Cellos y, aunque realmente no tenga mucha cabeza, tiene el cuerpo perfecto para ser la imagen de la empresa. Eso es lo único que valora Robert y, a pesar de que me gustaría pensar que no es así, conmigo también habrá ocurrido algo similar.

—¿Qué quieres? ¿Es que no sabes llamar a la puerta? ¿O es que acaso eres sorda y no escuchas cuando mi secretaria te habla?

—Me da igual quien haya, si quiero entrar, entro —responde firme.

¿Es que no nos puede dar una pequeña tregua ni de buena mañana? Porque madre mía... Seguro que se despierta con esa mala leche, por sus venas tiene que correr veneno en vez de sangre. No me extrañaría que ni las bacterias quisieran entrar en ese cuerpo, acabarían muriendo ellas antes de que Alysha enfermara.

—¿Te lo repito? —pregunto con inquina.

—No, no es necesario —hace una mueca—. Supongo que tu ayudantucha ya te habrá puesto al día de la información que debes saber para poder ocupar el cargo en el que estás, y que dentro de una hora tendrás que estar en mi despacho —dice haciendo hincapié en el mi—. Robert quiere reunirnos a ambas.

—¿Y por qué no coge un avión?

—Eso me pregunto yo.

Por primera vez en toda nuestra vida, Alysha y yo coincidimos en algo, cosa que me extraña y al mismo tiempo me sorprende. El fin del mundo acaba de empezar, y no creo que haya marcha atrás.

—Entonces, ¿te ha quedado claro?

—Sí —afirmo—. ¿Algo más?

—No.

—Pues... —digo moviendo las manos al más puro estilo Jack Sparrow, pidiéndole que se marche.

—No puedes mandar sobre mí, Victoria —asegura, pero tras decir eso, acaba marchándose como le había dicho.

Respiro tranquila, el aire se llena de mala energía cuando está cerca. Miro la hora, los minutos apenas pasan, y eso me pone nerviosa, mucho. Quiero que llegue ya la hora de salir, que Samuel venga a recogerme a casa... Necesito despejarme de estas malas vibraciones que tengo en la empresa.

—¿Cristin? —digo al levantar el teléfono.

—¿Sí, Victoria?

—Ven, por favor.

—Ahora mismo.

Sin esperar ni un solo segundo, la buena de Cristin aparece, otros estarían el día renegando, por suerte ella es demasiado eficiente y simpática como para ser como los demás.

—¿Tú sabes de qué trata la reunión?

—Creo que el señor Stone solo quiere repasar algunas cuentas y los puntos a tratar en la reunión con el señor Williams.

—De acuerdo, pero... ¿Por qué no me llama directamente a mí?

—Alysha siempre tiene que estar presente en todas y cada una de las reuniones.

—Entiendo...

—¿Necesitas algo más?

—Sí, ¿de dónde sacas ese delicioso café?

—En la quinta planta hay un espacio para trabajadores donde tenemos una cafetera —explica—. ¿Nadie te lo había dicho?

Niego con la cabeza, es la primera noticia que tengo de algo así.

—En realidad, nunca antes había trabajado en las instalaciones de Cellos, yo me encargaba de los anfiteatros y lugares en los que nuestra música iba a estar.

—Vaya... Bueno, si quieres luego podemos bajar y te enseño un poquito cómo

va.

—Por favor.

No tenía ni idea de que teníamos una planta para nosotros solos, debería de habérmelo enseñado todo Alysha, pero como no... Ni siquiera ha sido capaz de informarme de algo así.

—Eso está hecho.

—Podemos ir tras la reunión si te va bien, ¿vale?

Robert no tarda en reunirnos en el despacho de Alysha mediante un mensaje de texto, supongo que después de lo último que me dijo no tiene muchas ganas de hablar conmigo a pesar de que me mandara un bonito ramo de rosas.

—Buenos días, mis chicas —sonríe.

Intento disimular la mueca de asco que no puedo evitar esbozar cuando escucho cómo nos llama. Es un hombre agradable, pero cuando se pone en modo baboso no puedo con él y, al parecer, Alysha se lo permite todo, ya que no ha sido capaz de decirle nada. Es el jefe, él manda.

—Buenos días, Robert —le saludamos al unísono.

—¿Cómo estáis?

—Muy bien —contesto mirando de reojo a Alysha, quien no deja de tocarse el pelo como si fuera una colegiala.

—Como sabrás, Victoria —empieza—, Williams es uno de los grandes inversores de Cellos, por lo que quiero que lo trates como si fuera yo, con esa simpatía y esa belleza que te caracteriza.

¿Belleza? Lo único que quiere es que me pavonee delante de ese hombre como si no fuese más que un trozo de carne. Por desgracia, Robert siempre ha sido así, incluso cuando tan solo nos veíamos en ocasiones puntuales cuando trabajaba en los teatros de Boston como representante de Cellos. Suspiro intentando no enfadarme y seguir con la reunión con total normalidad.

Tras una laaaaaaarga espera, la cual se me ha hecho eterna y una completa tortura, es hora de salir. Me muero de ganas de llegar a casa, prepararme y poder disfrutar de nuevo de la compañía del hombre que ha hecho que mis antiguas afirmaciones caigan en un pozo profundo y oscuro.

Llego a casa deprisa y corriendo, para una vez que tengo que ir rápido y parece que todo se ralentiza poniéndose en mi contra y no llegue a tiempo. Dejo las cosas sobre la mesa del salón y el móvil suena, pero no pienso hacerle caso. No tengo tiempo para hacerlo, ni ganas. Recojo la cama, el salón y mi pequeño despacho dentro de este mismo, a la vez que me sujeto el pelo con una goma, haciéndome un moño. Barro, quito el polvo (esperando que el que me echen esta noche sea aún mejor), friego y me subo a la habitación para poder ducharme, pero entonces recuerdo que ni siquiera había hecho la cama esta mañana antes de irme al trabajo. Hago una bola con las sábanas y las echo para lavar. Tengo más cosas pendientes de las que pensaba, y ya son las seis pasadas. Al final me dará algo intentando estar perfecta para cuando llegue Samuel. Entre saltos, giros y volteretas termino de hacer la cama y arreglar la ropa.

Es hora de ducharse, depilarse y descansar, aunque sea un par de minutillos. Esta noche espero no dormir nada. Siento como mi sexo arde en deseo de que llegue Samuel y le preste un poco de atención. Hace mucho que nadie le hace una buena visita. Me sonrojo y, aunque hace unos días no quería saber nada de hombres, ahora he decidido hacer lo que quiera. Solo me importa sentir. Si está bien o está mal, ya no me reconcomerá nada en absoluto.

Meto toda la ropa en el cesto para lavar, me deshago del moño y dejo que el relax se haga con el control de mi cuerpo.

Una hora después, salgo de mi nube de vapor y me envuelvo en una toalla tan suave como el algodón. Me asomo a la ventana, sujetándome la tela para que no se me vea nada desde fuera. Las luces de la casa de Samuel siguen apagadas, no ha dado señales de vida en todo el día, supongo que debe haber estado ocupado durante toda la mañana y aún no ha llegado a su casa.

Seco mi pelo con cuidado y, cuando está lo suficientemente bien, hago unas pequeñas ondas con la plancha. Me maquillo ligeramente y, por último, pongo un carmín rojo intenso con acabado mate en mis labios. Estoy deseando que llegue el momento, me siento incluso ansiosa. Salgo al vestidor y miro los pocos vestidos que tengo, todos son preciosos, por lo menos para mí. Elijo uno rojo, del mismo tono que el labial, ajustado y elegante, puede que sea demasiado, pero es perfecto para la ocasión. Lo acompaño con unos taconazos de Carolina Herrera negros que se sujetan al tobillo con un tacón de aguja tan fino que hay veces que parece que se van a romper. Los dejo junto a la cama, igual que el vestido, y me siento en ella. Mi móvil suena y bajo corriendo intentando no caerme por las escaleras. Rebusco en el bolso, a ver si lo encuentro, pero cuando doy con él ya ha dejado de sonar. Era May.

—¡Victory! —exclama al otro lado del teléfono segundos después de escuchar el

primer «pi».

—¿Cómo estás, María?

—Oh, María dice... Ni mi madre me llama así, nadie lo hace.

—Bueno, yo no soy como el resto —sonríe, como si me pudiera ver.

—Cierto —contesta—. ¿Cómo ha ido tu segundo día?

—Pues prácticamente como el primero, o puede que peor. Robert está cada vez más baboso y aumenta a medida que Alysha le sigue el royo.

—Normal, pero es que a ella es lo que le funciona.

—Supongo —murmuro—. ¿A ti cómo te va?

Escucho como May deja ir un suspiro al otro lado, lo que me preocupa un poco en cierto modo.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—No es nada —se apresura a decir.

—Anda que no —le contradigo—. No pareces muy animada.

María deja ir una carcajada acompañada de una melodiosa risa que me provoca una amplia sonrisa.

—Venga, cuéntamelo —le pido.

—No es nada, de verdad.

Cuando May está así hay varias opciones: o lleva mucho sin comer, o que está cansada, o que ha conocido a un hombre que le tiene pensando en él todas las horas del día.

—Has conocido a alguien —afirmo casi segura de lo que digo.

Permanece en silencio a sabiendas de que estoy en lo cierto cuando le digo con tanta firmeza lo que pienso. Sé que es verdad.

—¿María? —pregunto un par de minutos después al ver que no contesta.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué?

—Bueno...

—Tengo razón, ¿no?

—Puede ser... —contesta avergonzada.

Voy a por un vaso de agua, al final resultará que soy medio bruja, o que la conozco demasiado bien.

—Cuéntamelo —le pido o, mejor dicho, le ordeno.

—Se llama Drew —murmura—. Es maravilloso, dulce, agradable, culto...

—Vaya... Me alegro muchísimo.

Sonríe por mi amiga y por su felicidad, que en parte acaba siendo la mía.

—Y...

—¿Y?

—¿Lo has catado?

—¡Victoria! —exclama.

—¿Entonces?

Se queda callada otra vez, resopla y poco después chasquea la lengua.

—No, no lo he catado.

—Vaya... Oh... ¿Y para cuándo cae?

—No lo sé, Vic.

—¡Mantenme informada! Quiero saberlo todo sobre ese Drew.

—Ya te diré.

El hecho de que ella me haya contado que ha conocido a un hombre y que yo no haya dicho lo de Samuel, hace que algunos remordimientos se apoderen de mi conciencia y me griten que le explique lo ocurrido.

—Yo... —empiezo a decir.

—¿Tú qué? ¿Has conocido a alguien y no me has dicho nada?

—No...

—¿No? ¡Qué fuerte! —Se hace la ofendida.

—Tú tampoco pensabas decirme nada —le rebato.

—¿Cómo se llama? —pregunta ignorándome.

—Samuel.

—¿Samuel? ¿Sam? ¿Sammy?

—Samuel, solo Samuel.

—Me gusta ese nombre.

—Vaya, me alegro.

Pongo los ojos en blanco, esta mujer no tiene remedio. Miro el reloj y me doy cuenta de que ya son las ocho menos cuarto. ¡Voy tarde!

—Bueno, te dejo.

—¿Por qué?

Dejo el móvil sobre la mesa y pongo el altavoz para sujetarme la toalla.

—¡Has quedado con él! —exclama—, ¡seguro!

—Sí, hemos quedado.

—Y... ¿Tú le has hincado el diente, morena?

—No —murmuro—, todavía.

—Así me gusta.

—Bueno, ya hablaremos.

—¡Sí! ¡Y que le den por culo a Larry!

Me río y tras despedirme, cuelgo.

Ya son las ocho y cuarto. Ni rastro de Samuel, lo que comienza a molestarme. ¿Qué hace que no está ya aquí? Dejo ir un gruñido a la vez que le escribo un mensaje a May para que calme mis ánimos.

—Llega tarde —añado una carita triste.

—No te preocupes, estará al llegar.

Mi nerviosismo va aumentando, ¿y si me ha dejado plantada? Aprieto la mandíbula enfadada, pero tengo que calmarme, tan solo llega quince minutos tarde, a lo mejor ha ido a comprar algo y le ha pillado un atasco. Envío un mensaje a mi fiel

escudero, Cristin, quiero saber si ha podido averiguar algo más sobre ese tal José que ha despertado toda mi curiosidad.

Media hora más tarde decido rendirme y perder las pocas esperanzas que me quedaban. Pido algo de *Phad Thai* a un restaurante tailandés, para que lo traigan a casa y me deshago de todo el armamento de seducción. Es hora de estar cómoda, ponerse una buena peli y hacer una tanda de palomitas para después de la cena. Por qué sí, a mi cuando me decepcionan me da por comer. Mucho. Preparo un plato y una copa en la mesa pequeña frente al sofá y, cuando voy a sentarme a esperar, alguien toca el timbre. Al abrir me quedo pasmada.

Ahí está él, con esa radiante sonrisa burlona, vestido con un sencillo jersey de color perla y unos vaqueros negros rotos. Va acompañado de una buena botella de cava, una bolsa de comida de un restaurante italiano y una cajita de fresas a conjunto con un bote de nata.

Le miro de arriba abajo a la vez que veo cómo fija sus ojos en los míos, por lo que no puedo evitar sentir cómo una pequeña corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo y acaba muriendo en mi sexo creando estragos. Cruzo los brazos bajo mis pechos, realizándolos e intentando parecer algo molesta, ya que nada más verle se me ha ido el enfado a las nubes y me he olvidado de lo tarde que llega.

—¿Tú crees que estas son horas? —pregunto.

—¿No quieres cenar conmigo? —Se acerca a mí, dejando las cosas sobre el mueble de la entrada.

—Quería hacerlo hace una hora —consigo decir.

Me mira como un animal salvaje lo haría con su presa, dispuesto a cazarme.

—¿Y ahora? —susurra contra mi oído.

Mis piernas tiemblan y el corazón me da un vuelco. La sensualidad que emana de todo su cuerpo hace que mis hormonas se revolucionen y hagan una fiesta ellas solas, al igual que lo hace mi sexo, que se humedece esperando ansioso a que llegue. Ese susurro ha creado una revolución en mi interior. Desvío la mirada, pero hace que vuelva a mirarle guiando mi rostro acompañándolo con el dedo índice. ¿Qué si quiero cenar con él? ¡Lo que quiero es cenarle! Asiento como si estuviera embrujada por sus encantos, y realmente parece que lo esté.

—Dilo —me pide.

—Sí.

—¿Sí, qué? —pregunta.

Será puñetero...

—Quiero cenar contigo —me doy la vuelta, intentando huir de sus encantos—. Pero que sepas que estoy muy enfadada contigo.

—Te compensaré —murmura seductor contra mi oído.

Ese murmuro es tan sensual y parece tan seguro que se me antoja una promesa. Me echo a un lado para que pueda pasar, mientras él coge todo lo que ha traído. No puedo evitar mirarle, tenerle controlado. Parece un dios griego creado para tentarme y hacer que mi voluntad se doblegue ante él y su imponente cuerpo. Lo deja todo en perfecta armonía sobre la mesa, abre la botella de cava y sirve un poco en mi copa para después dármela.

—Para ti el primer sorbo —sonríe de medio lado.

—Gracias.

Bebo un poco y le doy la copa para que pueda probarlo él. Cuando voy a sacar otra, Samuel se acerca, niega con la cabeza y me la quita de las manos para volver a guardarla en el armario.

—Para cenar he traído *insalata di tortino al parmigiano* y unos *appardelle al*

pepe nero al pesto rosso —dice en un perfecto italiano que me cautiva.

Podría decirme cualquier cosa en ese idioma, cualquier cosa... Caería rendida a sus pies de forma inmediata, como si quiere recitarme la carta entera de La Tagliatella. Le hace parecer aún más *sexy* que cuando no lo habla. Suspiro, no me he enterado de casi nada de lo que ha dicho, aunque tampoco lo habría hecho si hubiese estado escuchándole. No puedo dejar de mirar esos carnosos labios que no hacen más que pedirme que los bese.

—¿Cenamos?

—Claro.

Asiente un par de veces y se hace a un lado para que sea yo quien pase delante. Al sentarme veo como no se ha movido ni un ápice y no ha dejado de observarme hasta que se ha dado cuenta de que mis ojos se han encontrado con los suyos. Se relame gatuno y, poco después, se deja caer a mi lado.

Sobre el sofá hay una pequeña tableta de chocolate negro casi puro, tan afrodisíaco como delicioso, que acompañado de las fresas y de la nata harán del postre un momento único. Miro la cena que tiene una pinta estupenda, adoro el parmesano y la pasta, aunque nunca antes había visto un pesto rojo, como el que se supone que lleva. Es curioso, supongo que debe estar hecho a base de tomate. No dejo de pensar en lo que vendrá después, tengo demasiadas ganas de pasar a ese postre que tiene preparado. Me encantan las fresas, y mucho más la nata. Me relamo al imaginar dónde puede acabar la mayor parte del contenido del bote.

—Y... —murmuro—. ¿Se puede saber por qué me has dejado tirada?

Desvía la mirada hacia otro lado, intentando despistarme, o eso es lo que creo que hace, pero entonces vuelve a contemplarme y se prepara para explicarme lo ocurrido. No puedo dejar de observarle, cada uno de sus gestos es distinto al anterior, es tan terriblemente seductor que ni siquiera él mismo sabe de lo que es capaz. Estoy segura.

—He tenido mucho lío en el trabajo y, cuando he querido volver a casa ya era tarde, por lo que he ido a buscar algo con lo que compensarte, pero no del todo —termina acercando su boca a mi oreja—, del resto me encargo yo —susurra.

Cierro los ojos, sintiendo cómo un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Se me seca la boca solo de pensar en cómo podrían moverse sus manos recorriendo todo mi cuerpo, sus labios venerando mi piel y su sexo preparado para complacer al mío. Me relamo, mientras él no pierde ese gesto de vista.

—¿He acertado con la comida? —pregunta con voz ronca.

Tan solo puedo asentir y sonreír como una auténtica boba.

—Totalmente —consigo decir.

—Aunque si por mi fuera pasábamos directamente al postre —ronronea.

Le miro con los ojos entrecerrados, intentando parecer provocativa, y a sabiendas de que caerá en mis redes en menos de un segundo.

—¿Y por qué no? —pregunto alzando una ceja.

—Se enfriará la cena.

—¿Tú crees que ahora mismo a alguno de los dos nos importa mucho la cena?

Durante unos segundos permanece en silencio. Carraspea y, tras alzar una ceja, niega con la cabeza, sabe tan bien como yo lo que está a punto de ocurrir. Me acerco algo más, poso una mano en su nuca y con delicadeza le beso.

—Confirmado, no te importa nada de nada la comida.

Sonríe de medio lado tras acabar de hablar, y no puedo evitar hacer lo mismo.

—Eso se puede recalentar luego.

—Cierto.

Me siento encima de él a horcajadas y sonrío. Su gesto cambia, se torna feroz, salvaje y sensual, muy sensual. Sus ojos observan mi boca, sin perderse ni un solo gesto, preparados para lanzar un aviso con el que empiece el ataque. Me muerdo el labio inferior, a la vez que siento cómo él sitúa sus manos en mi cintura, recolocándose para que no me escape, para que pueda sentir cómo su sexo clama al mío que le preste atención, y me cuenta cuánto tiempo lleva deseando tenerme.

Sin pensarlo ni un solo minuto cuela sus manos bajo la tela de mi camiseta, subiéndola poco a poco, pero ahora mismo solo quiero dejar la delicadeza a un lado y hacer de este encuentro un tórrido recuerdo. Le sujeto por la nuca, siendo yo la leona que ataque primero y cace a la gacela. Nunca antes había sentido este deseo por nadie y, mucho menos siendo un completo desconocido, pero ahora mismo todo eso ya no me importa, solo quiero dejarme llevar. Beso sus mejillas y me deleito con su cuello, mordiéndolo y lamiéndolo a la vez que él va dejando ir algún que otro gemido provocado por el gusto. Me sujeta cada vez con más fuerza. Cuando sus ojos se encuentran con los míos puedo ver cómo estos brillan a causa del deseo y la pasión, esa que recorre nuestro interior como si no hubiera un mañana.

Termina por quitarme la camiseta, dejando al aire un sujetador algo... Normalito, por no decir poco adecuado y nada *sexy*, que acaba por hacerme reír sin que pueda evitarlo. Se suponía que no iba a venir... ¿Quién me iba a decir a mí que esta noche iba a tener juerga después de toda la espera? Resoplo, y veo como es él quien ahora se ríe al no saber ni siquiera que es lo que pasa por mi cabeza. Con un par de ágiles movimientos se deshace de él, dejando al aire mis pequeños pechos. Los acaricia con delicadeza, intentando no hacerme daño, no como muchos hacen; parece que estén amasando la masa de una *pizza*. Se acerca a ellos y lame sensualmente uno de mis pezones, haciendo que se yergan inmediatamente para darle la bienvenida. Ahora soy yo quien cuela una de las manos bajo la tela de su jersey, acaricio su bajo vientre y voy subiéndolo lentamente para poder quitárselo, pero niega con la cabeza.

—Aquí igualdad de condiciones, guapito.

Vuelve a negármelo, aparta mis manos de donde se encontraban, coloca uno de sus dedos bajo mi barbilla y me acerca a él hasta que su boca roza mi oreja. Puedo oír como su respiración se ha vuelto algo más agitada de lo que estaba, pero me temo que no es eso lo que quiere que escuche.

—Voy a compensarte, Victoria.

Lamo sus labios a la vez que él no deja de masajear mis muslos acariciándolos y sobándolos, queriendo más, pidiéndomelo sin abrir la boca, tan solo se limita a los gestos y mimos. Cuela una de sus manos en la cinturilla de mis pantalones y empieza a bajarlos con esa mirada salvaje que ha tomado el control de los dulces ojos miel que antes me miraban. Ronronea contra mi oído a la vez que posa una de sus manos sobre mi sexo sin apartar las braguitas. Esto es una tortura, me muero de ganas de tenerle dentro, y cada vez me pone más nerviosa. Acaricia mi pequeño rincón por encima de la tela, haciendo que mis ganas aumenten considerablemente.

Muevo las caderas rozándome contra su abultado miembro, pidiéndole que se deje de tonterías y me dé lo que realmente quiero. Dejo ir un suspiro al ver cómo me dice que no mediante un susurro. Gruño como un perro enfadado, no me va a hacer caso y eso hace que una extraña sensación se haga conmigo y le mire desafiante. Alzo una ceja, esperando que acepte este reto.

—¿No vas a darme lo que quiero?

—No, pequeña.

Me coge por la cintura con fuerza, se pone de pie y me tumba en el sofá, sin que ofrezca resistencia. Baja mis pantalones y los deja tirados en el suelo, igual que hace con mi ropa interior. Suerte que mis braguitas eran algo más bonitas que el sujetador, que si no... Me habría muerto de vergüenza. Besa el interior de mis muslos, acaricia mis piernas con mimo y, de nuevo, coloca su mano sobre mi sexo ardiente haciendo que de este emane aún más calor.

—Cierra los ojos, que vas a volar.

Una oleada de gusto se hace conmigo, deseando que vaya a más y acabe volviéndose un tsunami de los grandes, de esos que te atropellan y aún quedan olas residuales que no dejan de arrollarte. Después de algunos minutos de mimos dulces y delicados, hace que abra más las piernas, quedando completamente expuesta ante él y sus antojos. Se relame como lo haría un gato, y me observa aún entre mis piernas. Pasea sus dedos entre mis pliegues, pero sin provocarme ningún placer, solo ansia. Tantísima que no puedo evitar moverme, indicándole que quiero que lo haga como me merezco.

—Tranquila —ronronea.

¡Uy, qué nerviosa me está poniendo! Niego con la cabeza a la vez que me muerdo el labio, intentando controlar la fiera que me grita que le siente en el sofá y que me sitúe sobre él hasta que me llene. Pero entonces, antes de que pueda darme cuenta, separa mis pliegues y me lame de arriba abajo creando círculos, haciendo que cientos de estrellas brillen a mi alrededor alertándome de que un gran placer está a punto de aterrizar en mí. Un profundo gemido se escapa de mi interior, haciendo que Samuel

sonría. No deja de torturarme provocando escalofríos, cosquilleos y gemidos indomables que solo hacen que el frenético ritmo de su lengua se vuelva aún más rápido.

—Joder... —murmuro.

Adentra uno de sus dedos, acompañado de esos lametones que hacen que pierda la cabeza. Madre mía... Jamás nadie había sido capaz de llevarme al nivel que está consiguiendo Samuel, puedo ver las estrellas, casi rozarlas con la punta de mis dedos y esto no ha hecho nada más que empezar. Pongo una de mis manos sobre su cabeza, perdida en el placer que me deshace por dentro. Ese tsunami que antes aclamaba y deseaba que llegara ahora se acerca a pasos agigantados.

—¡Detente! —le grito.

Y eso hace, como si hubiera quedado congelado no se mueve ni un ápice. Se separa de mí y, poco después, sonrío orgulloso. Le aparto, me recuesto sobre el sofá e intento ponerme de pie. Las piernas me tiemblan aunque no lo suficiente como para hacer que cambie de opinión. Me arrodillo frente a él, me deshago del cinturón y, poco después, bajo la cremallera de sus pantalones dejando a la vista unos abultados calzoncillos granate que me sacan una sonrisa. Me gusta el color, es uno de mis favoritos. Alzo la vista, no deja de mirarme, el deseo y la tensión sexual se puede palpar en el ambiente, está tan presente que se podría cortar con un cuchillo. Paso la lengua por mis labios, con una de mis manos sobre su sexo. Puedo notar cómo se mueve a causa de mi leve movimiento, cosa que me motiva aún más. No quiero ni pensar en cómo debe ser tenerle dentro.

Siento cómo mis mejillas se sonrojan, todo mi cuerpo está tan ansioso como mi mente por saber qué es lo que se sentirá. Parece una fiera tan salvaje como indomable. No pierde detalle de cada uno de los movimientos que hago. Decidida como nunca, le bajo los pantalones hasta los tobillos y hago lo mismo con los calzoncillos, dejando a la vista una erección grande y prominente. Joder... Si es que esto no puede ser...

Me la llevo a la boca sin pensarlo ni un solo segundo más, puedo escuchar cómo varios gemidos se escapan de su garganta y, cuando alzo la vista, me lo encuentro con la cabeza echada hacia atrás, perdido en el placer que le doy. Acaricio su miembro a la vez que no dejo de lamerlo, el bello se le eriza por lo que también sonrío, le está gustando. Pone una mano sobre mi hombro, para que le preste algo de atención. Cuando le miro, me hace un gesto con la cabeza, un leve movimiento que me pide que me levante. Asiento dos veces, me pongo de pie y, sin esperar a que diga nada, me siento sobre él a horcajadas, sintiendo cómo, poco a poco, va entrando en mí.

—Me moría de ganas —susurra.

Deja ir un profundo gemido que inunda el salón y que provoca que mi sexo se contraiga. Hace que me mueva de arriba abajo sin parar, a un ritmo casi enfermizo que incita a mi pequeño botón para no dejar de frotarse creando pequeñas descargas de placer que hacen que ese tsunami que se había calmado vuelva a moverse en el

horizonte.

—Necesito... —murmura, pero entonces empiezo a besarle.

Le hago callar, no quiero que hable ahora, a no ser que se para dar una buena idea. Y creo que es eso lo que quiere hacer, porque me aparta levemente hasta quedar a escasos centímetros.

—Vamos arriba —me pide.

—Claro.

Cuando voy a salir de él para subir al dormitorio, me sujeta con fuerza para que no lo haga. Se pone de pie, aún cogiéndome, se deshace de sus zapatos y de la ropa que le había empezado a quitar, y se encamina hacia las escaleras, cosa que me deja algo desconcertada. ¡Qué fuerza tiene este hombre! Me sube como si pesara lo mismo que una pluma y, nada más llegar a los pies de la cama, me deja sobre esta con mucha delicadeza, tanta que me asombra.

No puedo dejar de mirarle, es tan *sexy*, tan imponente, sensual y varonil que no puedo evitarlo. Voy moviéndome hacia las almohadas, mientras él se apoya en la cama como si fuera un león a punto de atacar. Sonrío, me encanta. Viene hacia mí para cazarme, aunque realmente me dejaría hacer casi cualquier cosa. Sus músculos ahora parecen aún más grandes de lo que realmente son, por lo que tiene aspecto más rudo y fuerte. Me muerdo el labio inferior sin poder evitarlo, es demasiado atractivo como para no sentir incluso impotencia al ver como su belleza griega lo eclipsa todo.

—Ven aquí —le ordeno.

Alza una ceja como diciendo: «¿Me estás diciendo tú a mí lo que debo o no hacer?». Por lo que me limito a asentir y a hacerle un gesto con el dedo índice para decirle lo mismo que le acabo de ordenar.

—Vamos —le guiño un ojo.

Le reto con la mirada, y él como si fuera un niño pequeño acepta inmediatamente, no puede dejar que un desafío como este se le esfume entre las manos como si nunca hubiera estado aquí.

Me dejo caer sobre la cama, quedando completamente estirada sobre las sábanas, esperando a que llegue mi bestia. Apoya sus manos a ambos lados de mi cabeza y me besa con una fiereza impresionante. De una sola estocada entra, haciendo que deje ir un profundo gemido y que apenas pueda coger ni siquiera aire. Jadeo al notar como no deja de bombear ferozmente y acaba mordiéndome el labio. Este hombre va a acabar conmigo, mañana no voy a poder ni levantarme de la cama, aunque no estaría nada mal, sobre todo si es él quien me acompaña durante todo el día. Su duro miembro me llena por completo, llegando a sobrepasarme, haciendo que con cada estocada un escalofrío me recorra de pies a cabeza erizando todo mi vello y haciendo que mi corazón se acelere como nunca antes lo había hecho.

Abro la boca intentando coger grandes bocanadas de aire con el que poder llenar mis pulmones. Pero me interrumpe cuando empieza a besarme, como si le fuera la vida en ello, abrumándome incluso. No sé qué demonios hace conmigo, pero Samuel

ha conseguido que me olvide de todo, incluso de Larry y el odio que empecé a tener a todo aquel que tuviera algo colgado entre las piernas.

—Estas empezando a encantarme —me susurra al oído.

Sus continuos movimientos no cesan, cada vez se vuelven más contundentes, son armónicos, prácticamente perfectos... Muerdo su cuello, escuchando cómo su respiración y sus gemidos se vuelven más guturales. La frase que acaba de susurrar contra mi oído no deja de retumbar en mi cabeza y, por alguna extraña razón, hace que una sonrisa boba se dibuje en mi boca. Suspiro al notar cómo Samuel sale de mí y desciende entre mis piernas, arrastrándose por la cama. Es tan sumamente bueno con la lengua que no sé qué es lo que me gusta más, si que esté dentro de mí besándome, o entre mis piernas mostrándole un poco de cariño a mi abandonado sexo.

—Deliciosa —murmura alzando la mirada y fijándola en la mía.

Sus ojos parecen haberse oscurecido, no queda ni rastro de la dulzura con la que me miraba antes, tan solo puedo ver el animal que ha dejado que tome su interior hace un rato. Puedo ver como se relame y vuelve a lo que estaba haciendo. Mis piernas se tensan, alertándole de que esa oleada que tanto deseo que llegue no deja de acercarse, y lo hace a pasos agigantados.

—Dios... —gruño.

No deja de lamerme haciendo círculos, mordisqueándolo, dándole pequeños golpecitos con la punta de su lengua... Va a conseguir que acabe perdiendo la cabeza entre tanto placer y gusto. Me fijo en su espalda, tan fuerte como su pecho, parece haber sido esculpida en mármol para que la admiren. Tiene una cicatriz, algo rojiza, en forma de cruz en la parte baja de esta, lo que llama mi atención y me saca del estado de embriaguez en el que me había metido.

—Sa...

Antes de que pueda seguir hablando, ese tsunami arrollador aparece. Llegando antes de tiempo, y no puedo hacer nada para frenarlo. Solo quiero dejarme llevar y que me arrastre consigo hasta donde quiera.

—Samuel... Samuel —le ruego—. Me voy... —susurro sin apenas fuerzas.

Me sujeta con fuerza por la cintura, uniéndose a mí, lamiéndome con más ímpetu. Hasta que me deshago entre gemidos y quejidos, perdida en esta nube de deseo y perdición a la que me ha subido este hombre, un completo desconocido que ha sido capaz de llevarme a los cielos mil veces mejor que el inútil de Larry. Y sí, ahora sí me he acordado de él, y de toda su maldita lista.

Un día más el despertador vuelve a sonar, hora de levantarse. Miro hacia el lado contrario de la cama y él no está. No hay ni rastro de Samuel, cosa que me extraña. ¿Dónde se habrá metido?

Nada más bajar al salón me encuentro con una pequeña nota escrita tras el tique del *parking* en el que, supongo, aparcó anoche cuando fue a por la cena. Lo cojo y me siento en el sofá, el cual no puede estar más desordenado, todo está por el suelo.

Espero que disfrutaras de la velada casi tanto como la disfruté yo. Me habría gustado quedarme para darte los buenos días, pero me ha sido imposible.

Te llamaré pronto.

Ya claro... Te llamaré pronto dice el muy mentiroso... Jamás pensé que Samuel fuese a ser un hombre así, y si alguien me lo hubiera dicho no me lo hubiera creído. ¿Quién se cree que es? O, mejor dicho, ¿quién se cree que soy yo para dejarme así tirada después del polvazo que echamos anoche? Porque sí, fue un polvazo de los buenos a pesar de que la gentileza de Samuel fue incluso extraña, lo que en cierto modo me confunde. Nunca había conocido a un hombre que antepusiera el placer de su pareja, o en este caso, vecina, al suyo propio. Tal vez sí que me llame, quién sabe... Puede que se haya quedado con ganas de más y quiera repetir, o terminar, mejor dicho.

El móvil vibra y me encuentro con un mensaje de May, no puede esperar a que me duche y llegue tranquilamente al trabajo, sino que necesita saber qué es lo que ocurrió anoche después del supuesto plantón que me dio Samuel, ya que no contesté a ninguno de sus mensajes tras la llegada de él. En realidad, ni siquiera tuve opción de mirar el teléfono, aunque tampoco hubiera estado mucho por la labor.

—¿Hola? —Me escribe.

—Buenos días, May —contesto rápidamente—. Ahora no puedo hablar casi, pero te hago un resumen: llegó tarde, con cena... Pero el postre fue aún mejor.

Bloqueo el teléfono y recojo ligeramente el salón para no sentir que soy un completo desastre y una marrana por tenerlo todo tirado. Enciendo la cafetera y me preparo un café a la vez que meto todos los platos en el lavavajillas y voy quitándome la camiseta que ahora uso de pijama. Mi estómago gruñe, tengo un hambre de perros... ¡Madre mía! Y ahora que lo recuerdo, ¿qué pasó con la comida que encargué? Tal vez ni siquiera llegara.

Me meto en la ducha rápidamente, necesito un agua y vestirme con cualquier cosa antes de bajar a tomarme mi café. Tengo que salir corriendo en menos de lo que canta un gallo o no llegaré a tiempo para tenerlo todo perfecto para a reunión de hoy. El teléfono vuelve a sonar, por lo que le hago un poco de caso cuando ya estoy envuelta

en mi albornoz, mientras me seco.

—¡Serás perra! —Pone acompañado de un emoticono de un cachorro.

—Buenos días a ti también —le guiño un ojo—. Sé que solo habla la envidia, no te preocupes, no te lo tendré en cuenta.

Abro el correo, y me encuentro con un importante mensaje de Cristin, o eso parece ya que el asunto tiene pinta de alarmante. Clico encima, esperando poder leer que es lo que ha ocurrido durante mi tarde de desconexión y mi noche de desenfreno.

Buenos días Victoria, te escribo para avisarte de que me he quedado sin teléfono. También decirte que la reunión que teníamos programada para esta mañana quedará aplazada dos horas a petición del cliente. Por lo que tendremos algo más de tiempo para que puedas revisarte bien toda la información que te di.

Nos vemos en la oficina.

Un abrazo.

Releo le mensaje que me ha enviado Cristin y suspiro. He tenido suerte, mi pobre cabeza tendrá unas horas más de descanso. No quiero ni pensar cómo será tener al huracán de mi escudero revoloteando a mi alrededor como si fuera una mosca cojonera, pobrecilla, hay veces que le pone demasiado ahínco a lo que hace.

Buenos días Cristin.

Mensaje recibido. Te aviso de que llegaré algo más tarde hoy, me ha surgido un leve imprevisto y me demoraré media hora. No te preocupes por la información, me la traje a casa y le echaré un vistazo mientras me tomo el café.

Nos vemos en un rato.

Un abrazo.

¡Libertad! Hermosa libertad, aunque sea media hora, pero por lo menos ya no tengo que ir corriendo de un lado a otro solo porque tengo que llegar a tiempo para hablar con ese ricachón que solo piensa que el mundo tiene un precio.

Al salir de casa me doy cuenta de que el coche de Samuel está aún aparcado en la puerta, lo que no me da muy buena espina. ¿Por qué demonios se marchó así si realmente lo que iba a hacer es irse a su casa? Suspiro. Bueno, ya tendré tiempo de preguntarle, espero que me llame pronto, si no seré yo quien llame a su puerta. No dejaré que un hombre tan culto, guapo, sensible y sexy como él, se aleje de mi radar, y mucho menos de mi cama.

Una de las ventanas tiene las persianas subidas, igual que la cortina. Puedo verle al otro lado, pero cuando se percató de que le estoy mirando, rápidamente las baja,

como si quisiera esconderse de algo. Tal vez no sea un buen momento para hablar con él, debe de estar resolviendo algo del trabajo, si no, no lo entiendo.

Cristin aparece en la puerta del ascensor en cuanto llego. Suspiro, qué pocas ganas tengo de trabajar, pero es lo que toca.

—Buenos días, Victoria —sonríe de oreja a oreja.

Hago un ligero gesto con la cabeza, pero sin pronunciar ni una sola palabra. Espero que a Alysha no le dé por hacerme una visita, o no sé si podré contener esta mezcla que llevo dentro y, que puede, acabe convirtiéndose en una bomba con un detonador que la activará cuando menos nos lo esperemos.

—Mejor voy a ir a por un café, o estoy segura de que eres capaz de pegarme un mordisco.

Sonríe para mis adentros a la vez que asiento y hago una mueca con la boca. Siento cómo mi cuerpo se mueve por la oficina sin que tenga que decirle nada. Me siento algo cansada, espero que ese café y el que me he tomado esta mañana hagan efecto o acabaré tirada por el suelo intentando sobrevivir al cansancio.

El teléfono suena, por lo que corro a atender a la llamada. Miro el número pero no aparece nada, no tengo ni idea de quién puede ser la persona que haya al otro lado, por lo que lo cojo sin pensarlo dos veces.

—Buenos días, subdirectora de Cellos San Francisco.

—Buenos días, señorita Martínez —escucho una varonil voz que hace que todo mi vello se erice.

—¿Puedo saber con quién hablo?

Durante unos segundos el hombre que me hablaba permanece en silencio, puedo escuchar su respiración, lo que me pone algo nerviosa, pero no digo nada. Permanezco a la espera hasta que vuelvo a escucharle.

—El señor Stone me habló de la nueva subdirectora y he querido llamarle para poder conversar con usted —me explica—, personalmente.

Mi respiración se entrecorta, hay algo en él que hace que no sepa ni siquiera cómo reaccionar ni que decir. El corazón se me acelera, ¿quién es?

—Me alegra haber captado un poco de su interés, señor...

Cada vez me pongo más nerviosa, no sé por qué este hombre empieza a provocarme una taquicardia con solo esa poderosa y seductora voz, pero no me gusta. ¡No me gusta ni un pelo!

—Algo me dice que no está muy segura de seguir hablando conmigo, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Ajá —murmura.

Intento escuchar algo, algo que delate dónde se encuentra, o que hay a su alrededor, una simple pista. Pero no hay nada.

—¿Va a decirme su nombre, señor?

—Señor Benavente, si no le importa.

—De acuerdo, señor Benavente.

Alguien golpea mi puerta levemente, por lo que me apresuro a tapar el micrófono del teléfono para hacerle pasar. Seguramente sea Cristin con ese café que necesito como el aire que respiro.

—Señor Benavente, me agradecería poder seguir hablando con usted, pero si tan solo era esto lo que precisaba, le rogaría que me llamara en otro momento.

—Me alegra haber podido saber cómo es la voz la nueva directora de Cellos.

—Subdirectora, señor Benavente.

—Algún día directora, estoy seguro, Señorita Martínez.

—Le agradezco la confianza —sonrío a la vez que siento como mis mejillas se sonrojan—. Espero poder conocerle pronto en cualquiera de nuestras galas, si le apetece asistir.

Vuelve a callar, hasta que poco después me contesta:

—Sería un placer.

—Lo mismo digo —vuelvo a sonreír como una tonta.

—Gracias por su cordialidad, señorita Martínez.

—Victoria, por favor.

—Victoria —repite.

Y, sin decir nada más, ni una sola palabra, cuelga. Dejándome con una nube de emociones tan distintas y confusas que incluso llegan a aturdir.

—¿Quién era? —pregunta Cristin, quien aún está en mi despacho.

—El señor Benavente.

—¿Quién?

—Benavente me ha dicho que se llama.

La muchacha alza una ceja a la vez que una mueca se dibuja en su rostro. Parece confusa.

—No me suena de nada.

—Revisa los archivos, por favor.

¿Quién demonios es Benavente?

—¡Quiero saber quién es ese Benavente! —exclamo cuando Cristin entra en mi despacho dos segundos después de haber desaparecido—. Quiero saberlo todo, pero sobre todo el hecho de cómo demonios ha conseguido mi número de teléfono.

Me están entrando todos los males, no sé ni siquiera quién es ese hombre y eso me pone de los nervios, podría hacer cualquier cosa. Tal vez esté siendo un poco paranoica, pero no puedo evitarlo.

—No estoy encontrando nada.

—No puede ser, Cristin, alguna cosa debes de tener.

Saco toda la pila de historiales, resúmenes, fotografías y todos los *dossiers* que me ha proporcionado ella misma. ¿Dónde está? Tiene que salir por alguna parte... No puede ser que haya desaparecido. Abro el primero de mis cajones y ahí está, una pequeña caja, la portadora del collar que desde hace un par de días cuelga en mi cuello. Recuerdo esa tarjetita, la letra manuscrita, una firma... Saco la pequeña tarjeta: la firma de José. La miro con detenimiento, dos hombres que ni siquiera sé quiénes son y que ellos parecen saberlo todo sobre mí. Resigo la firma escrita con una perfecta pluma.

—Aquí no hay nada —dice poniendo una mano sobre la enorme montaña que hay ahora mismo en mi mesa.

—Ya puedes ir averiguando quién es ese tal Benavente.

Hace una mueca, asiente un par de veces y sale de mi despacho sin decir nada más. Es hora de buscar quién es ese hombre, y se de alguien que puede saberlo. Saco el teléfono del bolso, desbloqueo y marco el teléfono de Robert.

—Buenos días, princesa —me saluda alegremente.

Cierro los ojos con fuerza, intentando tener paciencia, porque la voy a necesitar y bastante.

—Buenos días, Rob.

—¿Cómo te va la mañana?

Tras las varias interrupciones con las que Robert me corta, acabo de explicarle lo que ha ocurrido: la llamada de Benavente y el dichoso collar. Teclea algo en su ordenador, supongo que buscando información sobre el hombre.

—Victoria, no te preocupes —dice riendo—, Benavente es un buen socio, es alguien importante.

—Pero... ¿Por qué demonios no sale en ninguna parte?

No dice nada. Permanece callado, lo que hace que mis nervios sean cada vez más evidentes.

—Cristin no encuentra nada sobre él en ninguna de sus fichas —le explico—. No hay nada y, cuando digo nada, es nada.

Escucho cómo teclea algo en su ordenador de nuevo, ¿por qué puñetas no me contesta? ¿Es que se ha quedado mudo, o tal vez se le han acabado las baboserías que decirme? Puede que sean ambas, no me extrañaría.

—¿Robert?

—Sí, Victoria, no te preocupes, como ya te he dicho, es un buen accionista de Cellos, pero digamos que es un poco... —por fin me contesta—, especial. No suele gustarle aparecer en público, por lo que tampoco hay mucha información sobre él a no ser que la haya proporcionado yo.

—Pues quiero saberlo todo sobre este hombre —refunfuño.

—Pequeña, no puedo proporcionarte información sobre él.

—¿Cómo que no? —gruño—. Soy la subdirectora de Cellos en San Francisco, debería tener información sobre todo el mundo.

—Estás allí porque yo mismo te coloqué —murmura—. No lo olvides.

—Y tanto que no lo olvido, yo no tendría que estar aquí, ni debería encargarme de algo que no es lo mío —le contesto molesta—. Pero ya que me toca ocupar este puesto, lo haré bien —prosigo—, y sin información no puedo trabajar.

—Tú ocúpate de lo tuyo.

Dejo ir un gruñido, este hombre hay veces que es un desagradecido y un arrogante, no puede ser que me trate así. Estoy segura de que lo hace por no seguirle el juego, por no ser una Alysha y lamerle el culo, que es lo que a él le gusta.

—Ya está todo dicho.

—No te enfades, nena —me pide—. Que no puedo ver lo *sexy* que te pones cuando frunces esos morritos.

Dejo ir una carcajada sarcástica, ¿de verdad ha dicho eso? Últimamente no sé qué me pasa con él, pero se me están hinchando las narices de tanto baboseo y de que sea tan sumamente cariñoso. Tal vez solo quiera ser agradable conmigo después de todo lo ocurrido con Larry, pero la verdad es que no ayuda nada, cada vez me da más rabia e incluso asco que me hable así como si fuera un viejo verde.

—Ya hablaremos —contesto sin más.

—Victoria...

—Ya está —contesto tajante, no quiero hablar más con él.

Al colgar le doy al botón que llama directamente al pequeño despacho de Cristin y cuelgo rápidamente, haciéndole saber que tiene que venir a verme. Mientras me hace caso, rebusco entre los expedientes, debe haber algo, una simple foto, un párrafo en el que haya su nombre escrito. Minutos después aparece mi escudero tras la puerta, con la vista gacha.

—No te preocupes, Cristin —le pido.

—No he hecho bien mi trabajo, Victoria.

—Claro que sí, es más, Robert me ha comentado que tan solo él tiene la información necesaria de Benavente.

—¿Cómo puede ser que nadie salvo él tenga dicha información? ¿Ni siquiera

Alysha la tiene?

Durante unos segundos permanezco en silencio, pensando en lo que ha dicho Cristin. No puede ser que nadie sepa nada de Benavente, esa urraca debe de tener algo de información, no me creo que ni siquiera a ella le hayan dado algún dato. Si Cristin tiene razón, haré lo que haga falta por averiguar quién es.

—Tal vez hayas dado en el calvo —me paso una mano por la nuca—. Espera aquí.

Salgo del despacho dando pasos largos y decididos, es mejor ir como lo hace Alysha, con esa seguridad y arrogancia que pareciendo una mosquita muerta que no puede hacer nada por llevarle la contraria. Giro levemente el rostro al pasar por la arpa *junior*, y le niego con la cabeza, diciéndole que no hace falta ni siquiera que me acompañe a la puerta. Nada más abrir, me encuentro con Alysha y su mala leche, pero en estos momentos me da tan igual lo me diga que ni siquiera la dejo hablar.

—Buenos días, necesito la información de uno de los accionistas para poder hacer la lista de la próxima gala el día veintidós.

—¿De quién? —pregunta de mala gana.

—Bueno, en realidad es de una lista algo larga, si quieres te la dicto —digo arrugando una hoja de papel que llevaba entre las manos, improvisando—. Me falta Williams, Jones, Benavente y Rosetto.

—¿Y por qué no lo tiene ya tu ayudante?

—Resulta que falta información, supongo que el que ocupaba anteriormente mi puesto se lo llevó, lo extravió o cualquier otra cosa —ignoro el comentario hacia Cristin.

—No puede haberse llevado nada, está prohibido —me explica—. Hablaré con Robert.

—No hace falta, seguro que ni siquiera pidió esa información —me apresuro a decir.

—Bueno, ahora te lo envió en un *email*, y si no mandaré a Hellas a que te lo imprima.

Por primera vez en la vida, Alysha está poniendo de su parte, supongo que le debe haber dado un aire al salir a la calle esta mañana, si no, no me lo explico. Espero que no hable con Robert antes de enviarme la información o acabaré metiéndome en un lío, pero no me importa.

—Gracias.

Sin decir nada más salgo del despacho y, cuando estoy yendo al mío, veo como un cartero deja un enorme ramo de rosas sobre la mesa de Cristin. Hago una mueca y me apresuro a llegar a donde se encuentra.

—Vaya, que flores tan bonitas, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí —sonríe—. Son para ti.

—¿Qué?

—Sí, acaban de llegar.

La muchacha mira al hombre que las ha traído y le devuelve el papelito de la entrega firmado. Me tiende el ramo, entro en mi despacho y, al colocarlo en el jarrón junto a las que me regaló Robert, rebusco una pequeña nota en la que haya un remitente. Hay un sobrecito pequeño pero suficiente como para que quepa algo. Al abrirlo una pequeña nota doblada sale.

Confío en que disfrutes de la hermosura de estas rosas rojas.

Miro la firma, sobre esta hay un nombre: Benavente. Aprieto la mandíbula, a cada minuto que pasa este hombre me crea más curiosidad, ansia e incluso llega a provocarme un ligero enfado que cada vez va a más. No sé quién es, pero parece que no deje de reírse de mí, y eso no me gusta ni un pelo.

—¿De quién son? —pregunta Cristin.

—¿No te lo ha dicho el hombre?

—No, ha dicho que no tenían remitente —murmura—. Pero por la cara que has puesto, supongo que debe haber algo escrito en ese papelito que sostienes entre los dedos.

Cojo aire y suspiro. Hago una mueca con la boca y, antes de que pueda decirle nada, mi ordenador emite un leve pitido que me avisa de la entrada de un nuevo correo a mi bandeja de llegada.

—Alysha —digo en voz baja.

—¿Son de Alysha?

—No, mujer, es un correo suyo —río.

—¿Entonces?

Cojo aire una vez más y le tiendo la pequeña tarjetilla que iba dentro del sobre. La lee con detenimiento y mira la firma.

—Benavente —susurra.

—Sí.

—Pero...

Parece dubitativa, lo que hace que en mí se cree una pequeña chispa de curiosidad por saber qué es lo que ronda su mente que la hace estar con esa cara de boba.

—¿Qué?

—¿Te has fijado en la firma?

Niego con la cabeza, la verdad es que no lo he hecho. Abre el cajón en el que aún guardo la cajita en la que venía el collar y saca la tarjeta.

—Mira.

Coloca las tarjetas juntas y entonces me doy cuenta de a qué se refiere.

Le doy un sorbo al café, ya ha pasado la hora de la comida y sigo sin poder dejar de darle vueltas una y otra vez a qué demonios quiere Benavente. Suspiro, no sé ni siquiera que hacer. Suerte que tengo a Cristin para ayudarme con todo eso a lo que ni siquiera puedo llegar. El móvil suena, lo miro de reojo hasta que veo cómo la pantalla se ilumina, un mensaje emergente de Samuel, por lo que lo desbloqueo.

—*Anhelo tus labios.*

Siento un cosquilleo nacer en la parte baja de mi estómago, y va descendiendo hasta mi sexo. Me muerdo el labio inferior, yo también echo de menos sus besos, sentir su piel con la mía y ver como mima cada parte de mí. Sonrío como una boba, la verdad es que Samuel hace que esté segura de mí misma y que no dude de nada, y eso me gusta mucho. Releo el mensaje, realmente no estoy muy segura de qué debería contestarle, pero me arriesgo escribiendo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—*No los anheles más, ven esta tarde a por ellos.*

Sonrío al ver como no tarda en conectarse, ansioso por leer qué es lo que le he dicho en el mensaje. Me gusta que esté pendiente de mí, en cierto modo.

—*Lo haré.*

Todo mi vello se eriza como si fuera un puercoespín. No ha dicho nada, simplemente dos palabras y un punto, solo él lo ha conseguido, por el momento. Cierro los ojos, con imaginarme sus manos recorriendo todo mi cuerpo me pongo mala, quiero que llegue la hora en la que irrumpa en mi casa y con mirarme ya sepa que es lo que quiere, y más.

Antes de que pueda percatarme de ello, Cristin irrumpa en mi despacho con una mueca en la boca que no acaba de gustarme nada de nada. Se deja caer en una de las sillas que hay frente a mi escritorio y resopla.

—A ver... —murmuro.

Niega con la cabeza y vuelve a dejar ir un bufido.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —pregunto a la espera.

—Alysha —resume.

—¿Qué?

No entiendo muy bien a que se refiere. Espero que me lo cuente ya, porque hay veces que me pone nerviosa el hecho de que se quede callada sin explicarme qué es lo que pasa. ¿Es qué no es humana y no siente esa ansia y curiosidad que sentimos todos cuando alguien viene a contarnos algo? Supongo que no, porque si no, no lo entiendo.

—Bueno, venga, cuéntamelo —le pido, o más bien le ordeno.

—Lo primero es que tengo información sobre Benavente —me explica.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que te preocupa?

Hace una mueca de tristeza, al final parece que todo ha salido bien, no entiendo por qué pone esa cara. Debería estar contenta, por fin sabremos algo sobre ese misterioso hombre que no deja de mandarme cosas.

—Le ha dicho a Robert que alguien se llevó información.

—¿Cómo? —Creo que ahora mismo se me debe de haber desencajado la mandíbula.

Madre mía... La que he liado en un momento, si lo se me estoy calladita. Con lo bien que estaba yendo la mañana y ahora va y pasa esto. ¿Es que no puede haber «desgracias» cada mes o dos? ¡No! Vienen todas de golpe.

—Le ha echado un buen rapapolvo a Alysha, y no creo que tarde en venir a hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, por haber hecho que meta la pata —murmura.

—A ver... Si realmente no hay informes sobre Benavente tendré que saber por qué.

Al final las horas pasaron y no hubo ninguna regañina, Alysha prefirió quedarse callada en vez de venir a recriminarme el hecho de que ella no hubiera estado atenta a su trabajo. A pesar de que realmente tenía razón y fui yo quien le hizo equivocarse y enviar una información la cual pude copiar en un *pendrive* antes de que me la hicieran borrar del ordenador.

Ya son casi las siete y estoy completamente preparada para la llegada de Samuel. Esta vez me he puesto unas mallas y una camiseta bonita, nada del otro mundo, no creo que quiera ir a ningún lado. O eso espero. Poco después de hablar un rato con May, quien no deja de repetirme lo maravilloso y perfecto que es Drew, escucho cómo alguien llama al timbre. Ronroneo para mí misma y voy dando saltitos hasta la entrada para poder abrirle.

—Buenas tardes —sonríe al verme.

Antes de que pueda decirle nada me planta un buen beso en los labios, de esos que alegran el cuerpo y el alma. No puedo evitar fijarme en cómo va vestido, esta elegante, más de lo que esperaba que fuera para venir a mi casa. Lleva una camisa blanca con algunos detalles en azul marino, le queda como un guante, igual que unos pantalones que parecen vaqueros, ajustados y oscuros que visten. Le miro perpleja, no me lo esperaba, y de repente hace una mueca.

—¿Qué ocurre?

—No... No es nada...

Suspira, pero poco después sonrío.

—Es que he pensado que tal vez estaría bien que saliéramos a cenar algo.

Mierda, hay veces que no debería pensar tanto y arreglarme más, porque luego pasa lo que pasa y me encuentro con situaciones así. Carraspeo y desvío la mirada.

—Claro, si esperas un momento que me cambie —sonrío.

—Tranquila, no hay prisa —dice amablemente—. Bueno, un poco sí, a las ocho tenemos mesa reservada en Farallon.

—¿Dónde está?

—En Union Square.

Asiento un par de veces, la verdad es que no conozco Farallon, pero estoy segura que su comida será deliciosa. Después de haber visto los gustos que gasta Samuel, no creo que me desagrade nada de lo que allí pueda comer.

—Bajo en un minuto.

—Claro.

Subo corriendo las escaleras, maldiciendo en voz baja. Debería de haberme arreglado un poco más. Suspiro a la vez que miro qué demonios puedo ponerme para ir a un sitio que parece ser bastante sofisticado por las pintas que lleva Samuel. No dejo de maldecir una y otra vez hasta que caigo en la cuenta de qué es lo que puedo ponerme. Cojo una falda negra de tubo, es la más sencilla que tengo, y una camisa blanca con rayas azules de un tono algo más claro que los detalles de la camisa de él. Me recojo el pelo en un moño alto, me pongo algo de colorete, corrector, rímel y un potente labial rojo de esos que no puedes dejar de mirar cuando ves a alguien que lo lleva puesto. Lo acompaño todo con unas sandalias de color blanco de cuña y un collar de Tous que me regaló mi hermana cuando me fui de España. Antes de bajar recuerdo ponerme colonia y medio kilo de desodorante, porque sí... Soy una de esas personas que vive obsesionada con los olores, y con no oler a sudor.

Cuando acabo de bajar el último peldaño me encuentro a Samuel sentado en uno de los taburetes que hay alrededor de la barra. Está tan guapo con esa camisa... Mira el móvil y escribe algo, parece tan interesante... Bueno, en realidad lo es, sabe muchísimas cosas, y eso me gusta bastante.

—Ya es...

Antes de que pueda decir nada más, Samuel alza la mirada y fija esos ojos miel en los míos, haciendo que perciba esa lujuria y deseo que hay entre los dos.

—Estás preciosa.

Pues si con esto ya le parece que estoy preciosa... Solo me he puesto un par de cosas y listo. He tenido suerte de que no me he tenido que calentar mucho la cabeza para conseguir algo decente con lo que poder salir a cenar.

—Gracias —digo colocándome un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Nos vamos?

—Sí.

—La verdad es que no has tardado tanto como esperaba.

Dejo ir una carcajada, a pesar de que las mujeres tenemos fama de ser unas tardonas a la hora de arreglarnos, sé de más de uno que tarda incluso el doble que yo, por lo que no puedo evitar reír. Debo admitir que soy bastante rápida cuando quiero.

No tardamos mucho en llegar, lo que me agrada, pensé que estaría más lejos. Aún no acabo de controlar las zonas de San Francisco, por lo que no calculo bien los tiempos. Al entrar en el Farallon me quedo pasmada. En la parte izquierda hay una larga y luminosa barra en la que la gente está tomándose algunos cócteles. En el lado contrario hay unas hermosas escaleras de madera de roble, parecida a las antiguas escaleras de caracol, que te llevan a la parte superior del restaurante. Está ambientado con varios detalles marítimos y de animales marinos. Las lámparas parecen medusas, incluso cuelgan telas que simulan sus tentáculos, pero no solo eso, hay otras de techo que son más pequeñas y parecen estar hechas con pulpos. Es un restaurante precioso, me tiene maravillada, casi tanto como Samuel.

—¿Te gusta?

—Me encanta, es precioso —digo ensimismada.

No puedo dejar de mirar todo lo que me rodea, además huele para morir. La comida debe de estar deliciosa, por lo que he visto en la barra y lo que va saliendo de cocina... Todo tiene una pinta estupenda.

—Buenas noches y bienvenidos al Fallaron.

—Buenas noches —decimos los dos al unísono.

—¿Tienen reserva?

—Sí —contesta con una sonrisa Samuel.

—¿A nombre de quién, señor?

—Samuel Richards.

—De acuerdo, señor Richards.

La mujer baja la vista hacia el libro de reservas, pasa una hoja, pasa otra y, al final, hace una mueca. Suspira, parece que hay algo que no va bien. Entonces, resigue con el dedo algo que pone en la libreta y nos encuentra.

—Una reserva para dos, ¿no?

—Sí.

—Perfecto —sonríe—. Aún no está preparada su mesa, ha llegado antes de lo que le esperábamos, por lo que les invito a que tomen algo en la barra.

—Muchísimas gracias.

—A ustedes.

Samuel me toma de la mano y me conduce hacia uno de los asientos que hay en la barra para que podamos tomar algo mientras esperamos a que tengan preparada nuestra mesa.

Ni siquiera he querido tomar postre, mi postre es él. Después de haber disfrutado de una maravillosa noche en el Fallaron, cenando un marisco que estaba delicioso, acompañado de una ensalada y de un cava perfecto para la combinación. Samuel no me ha quitado el ojo de encima, parece que realmente le gusta, cosa que me agrada sobremanera. Es un hombre especial, no creo que sea como los demás, y eso me gusta.

—¿Has cenado bien?

—Sí, perfectamente —sonríó.

Hago una pausa en el mismo instante en el que él suelta una mano del volante para coger una de las mías y cobijarla.

—Estaba todo delicioso.

—Me alegra saber que te ha gustado.

—Habrá que repetir.

—Sí, la verdad es que sí... —Sonríe—. Una cena exquisita con una compañía aún mejor.

Siento como mis mejillas se sonrojan, es un galán como Dios manda. Aunque espero que se porte un poco peor cuando lleguemos a casa y no me deje con estas ganas que no paran de arder en mi interior. No sé si ha sido por las ostras, porque este hombre me pone en exceso, o porque mis ojos han visto que hay algo en los suyos y que precisamente no es una amistad infantil e inocente.

—Lo mismo digo... —murmuro—. Ha sido una cena muy agradable.

¿Muy agradable? Debería haber dicho algo más, el pobre no ha podido evitar hacer un leve gesto de disgusto.

—¿Qué es lo que más te ha gustado de la cena? —le pregunto.

—Tú.

—Pero... —murmuro—. A mí no me has cenado.

—Todavía.

Oh, god... Mi cuerpo se revoluciona más si cabe. Un fuego interno me hace arder por dentro y por fuera, me muero de ganas de que me cene, y de cenarle yo a él. Un buen postre para una noche estupenda. Me muerdo el labio superior, ansiosa por morderle a él, por escucharle mientras no deja de moverse en mi interior como si mi placer fuese incluso más importante que el suyo. Miro la hora, las calles, quiero llegar ya. ¡YA! Debería existir algo con lo que poder llegar con mayor rapidez en situaciones como esta, no puede ser que tardemos tanto.

—Me ha alegrado mucho recibir tu respuesta esta tarde —sonríe.

—Gracias a ti por escribirme.

Parecemos tontos, lo sé, pero mejor eso que no seguir hablando de si voy a ser su

postre y demás. Soy capaz de hacerle parar en cualquier sitio para atacarle como si no hubiera un mañana.

—Te dije que lo haría.

—Eso es verdad.

—Y... ¿Cómo te ha ido hoy en el trabajo?

Vaya... Se interesa por mi trabajo. En muy pocas situaciones Larry se interesó por lo que había estado haciendo. A él solo le importaba que al llegar a casa estuviera todo preparado para cenar, e irse con algunos amigos a su noche de póker, sobre todo los viernes.

—Ha sido un poco caótico —murmuro.

—Vaya, ¿y eso?

—Digamos que tengo algo así como un admirador secreto.

Samuel ríe, niega con la cabeza y poco después me mira. Al ver que yo no me río, hace un gesto extrañado por mi comentario.

—¿En serio?

—Sí, totalmente —suspiro—. Bueno, es un socio de la empresa, no sé nada de él, pero en ciertas ocasiones ha sido muy detallista conmigo.

—Bueno, es normal, Victoria, siendo nueva en la empresa... Querrá tener un detalle contigo para hacerte sentir bien e integrada.

—Ya... Puede ser que tengas razón y que tan solo sea eso.

—Claro que sí, nena.

Poco después llegamos al *parking* de su casa. Cuando detiene el coche y para el motor nos quedamos en silencio mirando al frente. Coge una de mis manos y la acaricia con mimo, hasta que carraspea.

—Será mejor que salgamos, ¿no?

—Sí... —contesto en voz baja—, mejor.

Quiero salir corriendo a mi casa, tumbarlo en la cama y hacerle de todo menos meterle miedo. Este hombre cada vez me parece más irresistible que cuando lo vi por primera vez, con esa barbita, esos ojos de gato y esa boca hecha para el deseo. Al bajar del coche me dirijo hacia la acera, miro de reojo y veo como me sigue, por lo que no puedo evitar sonreír como una tonta.

Saco las llaves de casa y cuando voy a abrir la puerta noto como Samuel coloca una de sus manos en mi cintura, me sujeta con fuerza hasta que me da la vuelta y empieza a besarme como si no pudiera dejar de hacerlo. Su perfume me embriaga, igual que lo hacen sus besos, los cuales crean estragos en mi interior, hiriendo la poca firmeza que queda en mí. Derribando esos muros que había colocado y con los que pensaba hacerme la dura y la digna. Pero con este hombre es imposible conseguirlo. Me desarma con una sola mirada. Dejo ir las llaves, ya ni siquiera sé ni que hacen mis manos, las cuales van por libre y se enredan en su pelo, acercándolo más a mí, haciendo que su cuerpo se pegue al mío.

Una de sus manos se aleja de mi cintura, abre la puerta girando dos veces la llave

y acaba haciendo que me adentre en la oscuridad de mi salón. No deja de besarme ni un solo segundo, parece ansioso, incluso rabioso. Lo que no sé por qué, pero hace que me ponga aún más de lo habitual. Cuando se gira para cerrar la puerta, me deja ir, así que aprovecho para dejar el bolso tirado y ser yo quien le ataque a él sin que pueda esperarlo.

Me pongo de puntillas para poder besar y mordisquear su cuello. Cojo una de sus manos y le guio por el interior de la estancia hasta que llegamos al sofá, le doy un ligero empujón y queda sentado sobre este. Sonrío maliciosa, me arrodillo frente a él viendo cómo se relame igual que un gato. Empiezo a desabrochar su camisa poco a poco, botón a botón, haciendo que su ansia vaya siendo aún mayor y, a la misma vez, acaricio su duro miembro en repetidas ocasiones. Puedo ver en sus ojos como la lujuria crece en él, igual que nace en mí, pidiéndome que aligere y no me entretenga tanto en ser mala, pero la verdad es que tengo ganas de portarme un poco peor.

—No sabes las ganas que tengo de ti, Victoria.

Escuchar mi nombre con esa rasgada voz que tiene hace que todo en mí se revolucione, si es que no puedo evitar ser débil ante él, todo su cuerpo hace que el mío se vuelva loco y se descontrole.

—Lo mismo digo.

Veo como se muerde el labio inferior, sonrío y, cuando menos se lo espera, me deshago del primer botón de sus vaqueros. Bajo la cremallera aún mirándole a los ojos y levanto un ceja. Samuel niega con la cabeza en repetidas ocasiones hasta que acaba dejando ir una sonora carcajada, de esas que alegran el alma.

—Nena, no quiero esperar más... Si sigues así...

—¿Si sigo así, qué?

—Te cogeré y te follaré en todas y cada una de las estancias de la casa.

Trago saliva, eso ha sonado demasiado bien como para no quererlo.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto.

Vuelve a reír, esta vez algo más. Vuelve a negar con la cabeza, hasta que bajo sus pantalones a la vez que lo hago con sus calzoncillos. Una hermosa y gran erección se yergue frente a mí, tan perfecta como impresionante. Ahora soy yo quien se muerde el labio inferior. Acaricio su miembro en toda su longitud, repitiendo el proceso en varias ocasiones.

—No seas mala.

—Voy a ser lo peor que hayas visto —sonrío.

Él hace lo mismo, sonrío de medio lado. Pone sus manos en mis hombros, las baja por mis brazos y me pone de pie para deshacerse de mi bonita falda de tubo. Pero la cosa no se queda ahí, sin que pueda hacer nada por impedirlo, coge los bajos de mi camisa y la abre rompiendo prácticamente todos los botones.

—Ahora tendré que comprarme una nueva...

—Si quieres te compro ocho —dice perdido.

Por suerte hice una buena elección de ropa interior, la cual le deja pasmado. Un

sujetador negro de encaje con efecto corsé que no llega al ombligo, y un tanga negro, también de encaje con un pequeño lacito en la parte delantera de este. Sonrío. Sí, parece que le ha gustado.

Sin esperar ni un minuto se quita la camisa y los pantalones, arrasando con los zapatos y los calzoncillos. Está completamente desnudo, por lo que no puedo evitar quedarme perpleja al verle en todo su esplendor. Es tan hermoso y perfecto que me parece raro que haya estado soltero, y que haya caído en mis redes con tanta facilidad. Pero bueno, ahora mismo no me importa nada de eso.

—Ven aquí, nena.

Me toma por la cintura de nuevo y hace que me apoye en el reposabrazos del sofá, por suerte es lo suficientemente ancho y cómodo como para no hacerme daño. Se arrodilla frente a mí, como hace segundos estaba yo con él. Separa mis piernas con cuidado y las besa por el interior, haciendo que mi ansia aumente en exceso y quiera hacer demasiadas cosas en muy poco tiempo. Me quita el tanga, dejándolo tirado en el sofá, cuela uno de sus dedos entre mis pliegues e inmediatamente empieza a lamerme, provocando cientos de gemidos que se agolpan en mi boca sin que pueda hacer nada por detenerlos. Madre mía... ¡Este hombre es demasiado! Adentra un dedo en mí sin dejar de jugar con mi pequeño botón, el cual no puede estar más hinchado y sensible. No sé cómo puede ser tan bueno, pero ya siento cómo algo va naciendo en mí, cosa que en cierto modo no me gusta, quiero poder disfrutar de él como nunca he hecho.

—No sigas por ahí, Samuel... —le ruego.

Pero no me hace ni caso a lo que le he pedido, sigue lamiéndome, haciendo que mi humedad aumente cada vez más. Una de sus manos me sujeta por el muslo para que no pueda apartarme. La oleada de placer empieza a llegar, se acerca a pasos agigantados haciendo que mis piernas se tensen. Intento separarle, pero no quiere, hasta que le sujeto por el pelo de la coronilla y le hago mirarme. Le digo que no con la cabeza, a lo que él responde simplemente relamiéndose y sonriendo de medio lado.

Espero que hayas podido dormir bien, princesa. Parece que hace años que te conozco, siglos incluso, y cada vez me siento más seguro contigo. Gracias por llegar a San Francisco, por aparecer así en mi triste vida.

S.

Después de aquella noche vinieron algunas más, incluso mejores, pero entonces todo se torció. Samuel empezó a estar esquivo sin contarme que era lo que le estaba ocurriendo, cosa que cada vez me molestaba más. Hasta el día de hoy, no pienso dejar que siga ocultándome lo que le ocurre, y mucho menos sufriendo por algún motivo él solo, si es que existe algo que le tenga preocupado.

Sábado por la mañana, anoche tuvimos una maravillosa cena junto con algunos de los amigos de Samuel, la verdad es que son todos muy simpáticos y tienen unos gustos exquisitos que hacen que a medida que paso tiempo con ellos, los míos se sofistican un poco más que antes. Me envuelvo en un fino kimono de colores pastel y detalles en negro, me recojo el pelo en un moño mal hecho, cojo el teléfono y me dispongo a bajar al salón. Supongo que él debe estar por aquí, no creo que se haya ido sin decirme nada. Asomo la cabeza y me lo encuentro apoyado en la barra, leyendo algo en su móvil y con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

Voy acercándome a donde se encuentra, hasta que rodea mi cintura con uno de sus brazos para pegarme a él y besarme en la frente.

—No es nada.

Hago una mueca, sé muy bien que hay algo que le trae de cabeza, pero parece que ahora mismo no tiene ganas de decirme de qué se trata, y eso cada vez me molesta más. De esta noche no pasa.

—Buenos días, pequeña —intenta sonreír.

—Buenos días...

—¿Cómo has dormido?

—Bastante bien, gracias... ¿Y tú?

—Bien, aunque me desperté pronto y no pude volver a dormir.

Rodeo la isleta, saco un par de tazas y enciendo la cafetera. Parece no haber desayunado nada. Le miro y veo como aún relee lo que hay en la pantalla del teléfono.

—¿Café?

—Por favor.

—Ya sabes que no tienes que esperarme... Es como si estuvieras en tu casa.

Asiente un par de veces, pero no parece muy seguro de ello. Empieza a cabrearme el hecho de que esté tan ausente y ni siquiera tenga la confianza conmigo de contarme

qué demonios le está pasando. Bien que me hace lo que le da la gana en la cama, igual que yo lo hago con él, pero luego no es capaz de explicarme algo tan importante como lo que, supongo, le está ocurriendo.

—Lo sé, Victoria.

Suspiro, espero que la cosa cambie, o la haré cambiar yo, no voy a dejar que esto siga así.

—Aquí tienes —digo tendiéndole la taza de café.

Mientras cojo la mía y me la llevo a mi escritorio. Aún tengo cosas que acabar para la gala del mes que viene, y tengo que presentarlo todo para el próximo martes frente a la junta de accionistas, además de Robert, quien vendrá expresamente desde Boston para poder supervisar dicha reunión.

—¿Tienes mucho trabajo? —pregunta.

—Un poco, ¿por qué?

—Quería proponerte algo.

—Adelante pues.

Se apoya sobre el respaldo del sofá, aún con la taza de café entre las manos, y me mira fijamente. No aparto la vista de la suya, no parece la de siempre.

—He pensado en que tal vez podríamos ir al Golden Gate y a pasear por el Botanical.

—Es buena idea —sonrío, o por lo menos lo intento.

Tal vez sea bueno para poder hablar con él y saber un poquito más sobre qué le preocupa.

—¿Te parece bien?

—Me parece bien.

Le doy un largo sorbo al café, abro el correo electrónico y espero a que me lleguen los nuevos mensajes de Cristin, quien parece haber perdido los nervios durante la noche y me ha acribillado. Me paso una mano por la frente y suspiro al ver la cantidad de mensajes acumulados que tengo.

—Madre mía... —murmuro.

—¿Qué pasa?

—Trabajo.

Sin que tenga que decirle nada más, se levanta y se vuelve a sus cosas. Sabe que no me gusta que me molesten mientras tengo que trabajar, y ahora mismo parece que me vayan a salir correos hasta por las orejas.

Por suerte o por desgracia la mañana se pasa en un suspiro; rápido, vacío y lleno de cansancio. Lo único bueno es que he sido capaz de acabar de contestar todos los mensajes de mi escudero, además de repasar todo lo que tenía hecho y organizarme para mañana el trabajo que tengo que hacer.

—¿Me visto y nos vamos?

—Perfecto.

Se quita las gafas para estar trabajando desde el ordenador y me mira. Es tan

sensual que combinadas con la camisa que viste hacen que no pueda evitar imaginarle como si fuera un profesor *sexy*. Es demasiado para mí. No sé qué hace en mi casa y menos en mi cama.

—No tardo —aseguro.

Me pongo un vestido fino con algo de vuelo, unas sandalias planas con las que puedo caminar todo el día, me maquillo ligeramente para que la gente no se asuste al verme con estas ojeras que llevo últimamente, y ya estoy preparada para ir a cualquier lado.

—¿Vamos? —pregunto al bajar.

—¡Qué rápida!

—Ya sabes que sí —le guiño un ojo.

—En realidad es normal, estás preciosa con cualquier cosa, tiene que ser fácil para ti vestirme.

¡Mira que le gusta halagarme! No sé cómo no se cansa de ello, pero bueno... Como yo tampoco voy a cansarme de escuchar cómo me llama guapa, es prácticamente perfecto para mí, y para cualquiera.

El Golden Gate Park, como bien dice su nombre es un parque localizado entre Outer Richmond y Outer Sunset, cosa que lo hace estar prácticamente en pleno centro de San Francisco. Es perfecto para poder pasear, además de que tiene unos paisajes preciosos ambientados en china, ya que dentro de este está el Hagiwara tea garden. Hace mucho tiempo que pensé en venir, pero nunca encontraba el momento perfecto para hacerlo.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —pregunta Samuel al bajar del coche.

—Sí, la verdad es que sí.

Se pone las gafas de sol y me mira. Parece algo más animado, pero si tengo ocasión de preguntarle no voy a dudar en hacerlo. Le da la vuelta al coche y, cuando llega a donde me encuentro, toma una de mis manos y tira de ella para que nos adentremos en los caminos que recorren el parque.

Hay bastante gente para ser la hora que es, pasan ya las doce del mediodía, por suerte, Samuel se ha adaptado bien al hecho de que yo coma más tarde, aún no me he habituado a tener que estar a las doce comiendo y a las seis cenando. El horario a la española es aún mejor que el americano. No dejamos de pasear, me encanta hacerlo, la verdad, y mucho más si es por un sitio tan bonito y fantástico como este. Parece que de aquí vayan a salir hadas.

—Sam... —le digo en voz baja.

—Dime, pequeña.

—Sé que hay algo que no va bien, te preocupa algo y no sé qué es... —le explico—. Y el hecho de que lo lleves con tanto secretismo me molesta, y mucho, sobre todo cuando te pregunto y solo me dices que no pasa nada... ¿Qué te está pasando, Samuel?

Aprieta un poco mi mano, y me hace sentarme junto a él en uno de los bancos que

hay a ambos lados del paseo. Mira al cielo, se pasa una mano por la cara y deja ir un suspiro que parece vaciarle por dentro.

—Victoria...

—¿Qué pasa, Sammy?

—Es difícil decirte esto, sobre todo después de lo que te ha ido pasando durante toda la vida, no quiero que pienses que quiero engañarte, ni que hay algo que te oculto... Pero... —Hace una pausa desviando la mirada—. Es que es demasiado difícil...

Le cojo la mano y la aprieto, refugiándola en la mía, haciéndole ver que yo seré su hogar, cuidaré de él en todo lo que me deje.

—Me han echado de la agencia.

—¿Cómo? —pregunto confusa—. Pero... ¿por qué?

—Parece que ha quebrado. Estaba metida en una trama de blanqueo de capital y no sé qué más, es de lo único de lo que me he podido enterar.

—Madre mía...

Me paso una mano por la frente, sin saber muy bien que decirle. Cómo está el mundo, cada vez hay más gente que se aprovecha de la mala situación de los demás.

—Pero... —suspiro—. ¿Y ahora qué? Tendrán que pagarte una indemnización, o algo, ¿no?

Niega con la cabeza y, por la cara que pone el pobre, va a tener que irse con una mano delante y otra detrás.

—Bueno... Yo... Intentaré hablar con Robert, tal vez pueda encontrar algún puesto en Cellos para ti.

—No, Victoria. No hace falta, de verdad, demasiado estás haciendo.

—Quédate en mi casa, puedes venirte a vivir conmigo mientras encuentras algo, así no tendrás tantos gastos en la tuya.

—Eso me sería de gran ayuda, Vic.

Y desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra, como si se hubiera evaporado. Hace días que no sé nada de Samuel, ni siquiera sé qué ha sido de su vida. No le he vuelto a ver desde esa cena en casa, después de eso, ni una despedida en forma de nota, y una cama vacía en la que él ya no estaba.

Tras lo ocurrido con Benavente hace algo más de un mes, o mejor dicho con José, tocó volver a la realidad y dejar las aventuras detectivescas para Richard Castle y su adorada Kate Beckett. Una misma persona escondía dos, tan similares como distintas.

Me siento en la misma mesa de la cafetería en la que estuve el día en el que me reuní por primera vez con Alysha, cuando ni siquiera me dejaron subir a su despacho, ni a esperar porque todavía no era la hora que habíamos acordado para vernos o, mejor dicho, la que habían acordado.

Dejo el bolso en la silla de enfrente, no sin antes sacar mi tableta. Hay veces en las que pienso que no estoy en el lugar que me pertenece. En realidad, estoy segura de ello. Mi sitio son los teatros, los conciertos y nada más, no una oficina llena de libros, papeleo y malas vibraciones. Me pongo mis auriculares y empiezo a escribir, hay quien dice que la escritura calma a los peores demonios de una persona y, a pesar de que yo ya he aprendido a domarlos, hay veces en las que simplemente me gusta poner algo de música a piano y dejar que mis dedos se muevan sobre el teclado como si no hubiera un mañana. Una de las camareras me trae lo que he pedido, un delicioso *mocca* con un par de *cookies*, sé que no debería pero... el chocolate es capaz de dominar mi voluntad y hacer que lo pida.

—Aquí tiene.

—Muchas gracias —sonrío a la muchacha.

—De nada.

Tras devolverme la sonrisa, se marcha. Miro por la ventana, el parque está lleno de gente, más que normalmente, pero mis ojos solo pueden posarse en una persona. En alguien que me resulta tremendamente familiar. Ahí está el joven hombre de cabellos ondulados y oscuros que vi el primer día, cargado con su cámara de fotos y rodeado de personas que le miran curiosos. Parecen que nunca antes hayan visto a nadie haciendo fotografías, o tal vez es que simplemente lo miran a él. No puedo apartar la mirada del hombre, supongo que es lo que les ocurre a todos. Va vestido con unos vaqueros algo desgastados, con algunos rotos en varias zonas, y una camiseta básica blanca que le queda un poco ancha.

—¿Sabe quién es? —me pregunta una mujer.

—No, la verdad es que no.

—Nadie lo sabe, pero hace magníficas fotografías —dice tendiéndome una de un hermoso gorrión.

Cojo la fotografía y no puedo evitar quedarme maravillada ante la belleza que desprende el pequeño animalillo. Es en blanco y negro, lo que le hace aún más elegante y sofisticado. Cuando alzo la mirada, la mujer ya no está, ha dejado que me la quede.

El hombre habla con una chica, a la que también entrega una fotografía. Esta sonrío sin parar, agradecida por el pequeño regalo que le ha hecho. Cuando él se gira, por alguna extraña razón sus ojos acaban encontrándose con los míos, haciendo que un escalofrío me recorra entera. Le sonrío y enseño el retrato del gorrión que me ha dado la mujer de antes, a lo que me corresponde inmediatamente con una mueca de agradecimiento. Tras eso se mezcla entre la gente perdiéndose y sin que pueda saber nada más de él. Ha dejado una agradable sensación en mi interior que hace que mi corazón lata de alegría y mi cuerpo sienta una calidez extraña pero acogedora.

El móvil suena sacándome del ensimismamiento en el que estaba metida. Lo rebusco en el interior del bolsillo exterior del bolso y, al sacarlo, me encuentro con un mensaje de Samuel. Vaya... Parece que por fin, después de lo que a mí me ha parecido una eternidad, se ha dignado a escribirme. Lo dejo boca abajo y le doy un largo sorbo a mi café, ahora mismo no tengo ganas de saber nada de él, parece que todos los tíos son iguales. Se aprovechan de tu disposición y luego te dejan tirada como si no fueras más que un pañuelo lleno de mocos. Me como parte de una galleta, a ver si así se me pasan los efectos del pequeño ciclón que ha creado Samuel con un simple mensaje de WhatsApp. Lo abro cogiendo aire e intentando cargarme de paciencia para ver qué es lo que me dice.

—Victoria, sé que es tarde para escribirte, que hace algo más de dos semanas que no sabes nada de mí. Debería haberte escrito, haberte contado todo lo que estaba pasando, pero temí perderte. Me has estado ayudando desde que te conté lo que ocurría, pero ahora todo ha ido a peor. Mi... Mi madre ha sufrido un infarto. Apenas he podido pasar por casa, desde entonces estoy en Seattle, en la casa de mis padres, ayudándole con todo lo que puedo.

El corazón se me encoge, y una fuerte tristeza se hace conmigo. Lamento mucho lo que le ha ocurrido a su madre, pero no puedo evitar estar molesta. Podría haberme escrito, un simple mensaje ya me habría bastado. Pero no lo hizo, supongo que lo que pasó tampoco fue lo suficientemente importante para él como para escribirme tras marcharse así. Por un momento mis ojos se llenan de lágrimas, no por lo de Samuel, sino por el dolor y la tristeza que emanan de ese mensaje. No puedo seguir estando enfadada con él, podría haber escrito, pero no lo hizo, y todo el mundo tenemos nuestro qué. A todos nos pasan cosas, y hay veces en las que no estamos para nadie, tan solo para nosotros mismos.

—Esta tarde llego a San Francisco y me encantaría poder pasarme a buscarte y cenar tranquilamente contigo. Quiero contarte lo ocurrido, y que no sientas que te he dejado tirada. Sé lo que hizo Larry contigo, y yo no soy igual.

El simple hecho de mencionar así a Larry hace que me toque la fibra. Ese

gilipollas no pudo hacerlo peor... Si tuviera que tratar a los hombres igual que lo hizo él conmigo, ahora sería una rompecorazones sin remordimientos, capaz de convertirse en una viuda negra de matrimonios y parejas.

—Espero que aceptes, me encantaría volver a verte y disfrutar de tu compañía. Estaré esperando tu respuesta. Perdóname...

Y así, sin más, termina su mensaje. ¿Debería aceptar o dejarle tirado igual que ha hecho él conmigo? Releo lo que me ha escrito, y no puedo estar enfadada con él. Es cierto que me ha dado muchísima rabia que desapareciera sin más, y que ni siquiera haya sido capaz de escribirme antes, aunque yo tampoco lo he hecho con él... Suspiro, no sería justo dejarlo abandonado.

—Hombre... Después de tanto tiempo recibo un mensaje tuyo —escribo intentando parecer algo graciosa, aunque es difícil hacerlo mediante un texto—. Me alegra saber de ti, lo que no me gusta tanto es lo que le ha ocurrido a tu madre... ¿Cómo se encuentra? Espero que haya mejorado, y que eso sea el motivo de tu vuelta.

Le doy a enviar mientras sigo pensando cómo debería continuar el mensaje o, mejor dicho, los mensajes.

—En realidad no ha sido solo cosa tuya, yo tampoco te escribí, ni siquiera pensé en que había ocurrido algo así, sino que simplemente te habías cansado de mi compañía y preferías no volver a compartir nada conmigo.

Leo lo que estaba a punto de enviar, pero entonces me doy cuenta de que puede que haya sonado algo dura en ese mensaje, por lo que añado un pequeño emoticono con el que darle un poco de gracia y quitarle hierro al asunto.

—Te espero esta noche en mi casa a las siete, ¿te parece bien?

Al ver como Samuel está en línea, salgo de la aplicación y bloqueo el teléfono como si fuera una adolescente nerviosa que va a tener su primera cita.

—Lamento que hayas pensado eso, Victoria... Pero te juro que yo no soy así, no soy como esos hombres... Lo sabes. No quería que pensaras eso, ni siquiera dejarte tirada como lo hice... Pero no tenía la cabeza para nada más.

Suspiro, en realidad tiene razón, con lo ocurrido no debía estar para pensar en nada más que en su madre y su familia.

—Esta tarde te paso a buscar. Llegaré a casa sobre las cinco, si quieres pasarte... Estaré encantado.

—Perfecto.

Y, sin decir nada más, bloqueo el teléfono y sigo con lo mío. Miro el reloj, aún me queda media hora para entrar al trabajo, aunque antes me pasaré por la sala de empleados y me subiré otro café, tal vez le suba otro a Cristin, la pobre siempre se acuerda de mi cuando va.

Ahora que lo pienso, hace mucho que no sé nada de May, tal vez haya estado liada con el trabajo. Le escribo un simple mensaje al que contesta rápidamente con un súper ¡buenos días! Seguro que estará desayunando aún.

—¿Cómo te va la vida? —escribo—. Hace mucho que no se de ti... Estás más perdida que yo qué sé qué...

Lo ve al instante, y no tarda en empezar a escribir.

—La verdad es que bastante bien —escribe añadiendo un emoticono—. He estado... Ocupada.

—¿Ocupada? —le contesto—. ¡Tú lo que has estado es con el maromo!

Nada más leerlo se desconecta. Lo que en cierto modo me da rabia, ¿por qué no me contesta? Entonces, el móvil empieza a sonar, es ella quien me llama.

—Hombre... La desaparecida.

—Bueno... Ya sabes...

—¿Drew?

Se queda callada durante un momento, suspira y poco después contesta rotundamente con un sí.

—Es encantador.

—Me alegra mucho saberlo.

—Es un hombre esplendido, provocador, agradable...

Durante unos cuantos minutos me cuenta todo lo que ha estado haciendo durante los días en los que no hemos hablado. Los ha disfrutado con ese tal Drew, quien cada vez me parece más misterioso y atractivo, por lo que me dice María, aunque es todo suyo.

Horas después, ya totalmente preparada, maquillada y arreglada con el vestido más ajustado y provocativo de todas las tiendas en las que he entrado. Me miro en el espejo, y le faltan unos buenos tacones, de esos que te hacen parecer una jirafa de lo alta y esbelta que estás. Me pinto los morros bien rojos, de los que llaman mucho la atención. Recojo la habitación, al igual que lo hago con el baño y la parte baja de la casa, por si se nos ocurre venir a hacerle una visita a la cama. O tal vez a la ducha, o al sofá, o a la encimera... Cualquiera lado me sirve.

Miro el reloj a la vez que siento cómo un cosquilleo me recorre de pies a cabeza, vuelvo a notar ese nerviosismo que tuve la primera vez que quedamos y en la que llegó tarde. Espero que esta vez no se retrase, ya que sería una falta de respeto, aunque... La verdad es que no podría reprocharle nada, después de lo que me ha contado me sería imposible que me molestara con él. Suspiro, me tomo un vaso de agua y miro por la ventana, tengo ganas de verle entrar por mi puerta con esa sonrisa de medio lado.

Pero los minutos pasan, igual que lo hacen mis ganas por verle. Parece que ese momento no va a llegar. Me lo ha vuelto a hacer, me ha vuelto a dejar plantada como si fuera un árbol, sin ni siquiera avisar, sin escribirme un mísero mensaje por WhatsApp. No se ha dignado a hacerlo. Al fin y al cabo será que sí, todos los tíos son iguales, por una cosa u otra acaban mintiendo más que hablan.

Alguien llama al timbre de casa, por lo que de un salto me levanto del sofá creyendo que aún hay una pequeña esperanza, una llama pequeña, tan diminuta como

un grano de arroz que aún brilla. Me apresuro a abrir, y es entonces cuando me encuentro a un joven con una caja y un ramo. ¿Hola? ¿Quién demonios me envía nada ahora? Empiezo a estar cansada de todos esos regalos. Atiendo al muchacho y, al cerrar la puerta, abro el cubo de la basura para dejar caer las flores dentro. Adiós. No quiero nada más. La caja la dejo en la mesa y, sin ni siquiera mirar lo que hay dentro, vuelvo a centrarme en la televisión, una vez más, abandonada como si fuera un despojo.

Lo que no sabría hasta semanas después es que esa caja guardaba una pequeña nota de perdón, acompañada de una botella con un: *Espero que podamos disfrutarla juntos.*

Las cosas van tan mal con Samuel que ni siquiera sé ni si debería llamarle. ¿Cómo puede haber desaparecido de esta manera? Estuvo escribiéndome, pidiéndome disculpas, pero no quise escucharle. Debería haberlo hecho, lo sé, pero no era momento para ello. Dos hombres en poco tiempo, dos que no han hecho más que dejarme tirada. Miro la basura y las pobres flores que aún sobresalen de esta.

Ojeo el teléfono y me encuentro con varios mensajes suyos, aún no se ha dado por vencido. Pero también veo uno de May.

—Esta tarde aterrizo en San Francisco a las seis, ¿me vienes a buscar?

Abro los ojos como platos, ¿cómo que viene a San Francisco? Además, ¿cómo no iba a ir a buscarla al aeropuerto? Le respondo de inmediato, ¡claro que voy a ir a buscarla! Además, necesito olvidarme un poco de todo; de José, de Samuel, de Robert... De todos. ¡Se pueden ir al carajo! Por suerte mañana no tengo que ir a trabajar, por lo que podré disfrutar del fin de semana y de mi amiga como Dios manda.

—No me irá nada mal un pequeño respiro.

—¿Por qué? —pregunta mi amiga.

—Luego te lo explico... Es un poco... —durante unos segundos permanezco sin escribir—. Es largo, por decirlo de alguna manera.

—¿Te has tirado ya a Samuel? ¿Por eso es largo?

Dejo ir una sonora carcajada. No sé cómo puede ser tan sinvergüenza. Supongo que eso que dicen de «todo lo malo se pega», acaba siendo verdad.

—Está relacionado con él, pero no es eso —me apresuro a escribir antes de que le dé un síncope o muera de nerviosismo—. Ya te contaré.

—¡Victoria! No puedes dejarme así.

—Claro que sí que puedo —le guiño un ojo—. Nos vemos luego.

Miro el móvil, una pequeña burbuja verde me avisa de que tengo nuevos mensajes suyos. Mi pequeño corazón se reblandece, no sé qué tiene este hombre que puede conmigo, bueno... En realidad lo que puede conmigo es el terrible sentimiento de culpa que estoy empezando a sentir por no hacerle ni caso al pobre.

—Victoria... Lo lamento tanto... Tantísimo, no pensé que el vuelo se fuese a retrasar, ni siquiera sé cuándo podré regresar a San Francisco. Creí que sería mejor ir en avión en vez de en coche y fui tonto... Un auténtico gilipollas —escribe.

Dejo ir un profundo suspiro. Joder... Si es que no debería ser así, pero no puedo hacer otra cosa. No me puedo fiarme de ningún hombre, después de lo ocurrido no pienso dejar que me lo vuelvan a hacer.

—Todos los vuelos se han cancelado a causa de factores atmosféricos, se cancelaron ayer por la noche. Fueron atrasando la hora de salida hasta que decidieron

que no podía salir ningún avión.

Miro por la ventana, no recuerdo que ayer hiciera mal día, ni siquiera lo hace hoy, es más, el sol brilla en lo alto del cielo y no hay nube que se atreva a interponerse en su camino. Además, en las noticias no dijeron nada sobre ninguna borrasca, lo que hace que todo me parezca extraño, aunque tal vez debería creerle. No creo que vaya a mentirme con algo así, y mucho menos después de haberme explicado lo que le ocurrió a su madre.

—Espero que las flores y el vino llegaran a tiempo...

Ahora sí que me quedo pasmada. ¿Lo que me llegó anoche era suyo? Corro hacia la cocina, saco las flores de la basura y las dejo sobre la encimera. Han tenido suerte de que no haya tirado nada más y de que anoche no tuviera ganas de cenar nada, porque si no... Habrían muerto en el intento de agradarle. Abro la caja de madera y una hermosa botella de vino, distinto a todo lo que había visto antes, reluce bajo las luces que hay sobre la isleta. Cada vez me siento peor, pobre hombre, tuvo el detalle de enviarme algo bonito con lo que compensar su falta y yo ni siquiera le presté atención.

—Sé que tal vez no merezca otra oportunidad, después de todo lo ocurrido dudo que quieras volver a verme.

Añade un emoticono con una carita demasiado triste como para pasar desapercibida, a la que le acompaña una que llora. Cierro los ojos con fuerza, creo que ya no me puedo sentir peor. Releo cada uno de sus mensajes, y no puedo evitarlo. Es imposible que no sienta pena por este hombre. Después del susto que se ha llevado con su madre, ahora le toca vivir un desplante y que lo ignoren como lo he estado haciendo yo desde esta mañana.

—Espero tu respuesta.

Tal vez debería dejar mi pequeño orgullo a un lado y acceder a darle una última oportunidad.

—¿Sabes? —Empiezo a responderle—. Es difícil confiar en una persona que te ha dejado colgada dos veces, a la que después de abrirle la puerta de tu casa te ha dejado tirada como una colilla, la anterior hasta llegaste a aparecer, pero esta no... ¿Qué será lo próximo? Lamento mucho lo que le pasó a tu madre, y lo del avión, pero sabiendo que lo estaban retrasando, lo mínimo que podrías haber hecho es llamarme para avisar de que tal vez ni siquiera llegarías.

Estoy molesta, claro que lo estoy, es así como me siento. Si no lo hiciera tal vez no tendría corazón o no me importaría nada Samuel, y por suerte o por desgracia no es así. Algo en él hace que crea en lo que me dice y lo que no. Me asusta que sea así, no quiero que vuelvan a hacerme daño.

—Ya cuando vuelvas, si eso nos vemos.

Lee los mensajes nada más enviarlos. Por lo que no tarda ni medio segundo en responder, parece desesperado, angustiado incluso.

—Por favor, Victoria... —escribe—. De verdad que lo lamento... Déjame

compensarte.

—Ya... Eso ya me lo dijiste la otra vez... Y mira cómo acabamos.

—Esta noche, dame otra oportunidad esta noche.

Niego con la cabeza, no se la voy a dar. De todas formas viene May, así que aunque quisiera no aceptaría.

—Lo siento, pero no —contesto—. Tengo planes, ya hablaremos cuando vuelvas.

Sin esperar a que me diga nada más, bloqueo el teléfono. Se acabó, no tengo ganas de seguir hablando con él, es más... Hasta que no vuelva no quiero escribirle. Este fin de semana es para mí, para desconectar de todo eso que hace que mi cabeza no descanse y para estar con mi amiga.

Unas horas más tarde ya estoy prácticamente preparada para ir a buscar a María al aeropuerto. Realmente no tengo ni idea en qué avión llega ni a qué terminal, por lo que tengo que salir con más tiempo de lo normal para que no me pille el toro y la pobre no esté esperando. Desde mi casa no hay más de media hora, pero todo el tiempo es poco cuando hay tanta cantidad de coches y de retenciones en todos lados, y más ahora que todo el mundo ha salido de su trabajo para volver al hogar dulce hogar.

No tardo mucho en llegar, pensé que habría más coches en la carretera y la verdad es que ha sido todo lo contrario. Veo que May se ha conectado hace nada al WhatsApp por lo que la llamo de inmediato, ya que tengo el coche aparcado delante de la puerta de la terminal uno desde donde salen cientos de viajeros.

—¿Dónde estás?

—En la terminal dos.

—¿Cómo?

—Sí, en la dos.

—Voy para allá.

Arranco el coche, tengo que irme prácticamente a la otra punta del aeropuerto ya que no es que esté muy bien comunicado. Recibo un mensaje el cual ignoro, y sigo mi camino hasta llegar a dicha terminal. Por suerte, nada más parar frente a la puerta veo cómo May sale con su maletilla de cabina y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hombre! Has llegado —exclama cuando bajo la ventanilla.

—La que has llegado eres tú.

—Uy que rancia...

—Entra anda.

Deja la maleta en la parte de atrás, y al sentarse empieza a besuquearme la cara, lo que me pone un poco nerviosa. Le doy un ligero empujoncillo que hace que se quede sentada mirando hacia adelante.

—A ver, cuéntame, ¿qué es lo que te pasa?

—Nada, simplemente necesito desconectar.

—No me creo ni media, chiquita.

Suspiro, se me debe notar que estoy un poco molesta y por eso no se cree lo que

le estoy diciendo.

—Vale, a ver... Lo primero de todo, ¿dónde quieres ir a cenar?

—¿Ya?

—No mujer, vamos a tomar algo y luego ya cenaremos.

—Cualquier cosa me va bien.

—Perfecto.

Voy en dirección a mi casa, aunque solo espero no encontrarnos con Samuel y mucho menos entrando en la suya. Es verdad que May no sabrá quién es, pero estoy segura de que intuirá que él es el causante de parte de mi remordimiento.

—Entonces... —murmura ella.

Alzo una ceja sin ni siquiera mirarla, tengo que estar con la vista fija al frente, no quiero que tengamos ningún accidente.

—¿Qué? —espeto.

—Cuéntame —me pide—. ¿Qué demonios te pasa?

—¿Que qué me pasa?

Asiente repetidas veces, a la vez que yo cojo aire.

—Pues hay un hombre que no deja de mandarme regalos, que no tengo ni idea de quién es, Samuel me dejó tirada la otra noche, y no es la primera vez que lo hace... Y ahora mismo no tengo ninguna gana de seguir con nada.

—Vaya... —dice en voz baja—. Y yo que pensaba que sería una tontería...

—Ya...

—Tranquila, ya verás, tú mándalos a tomar por culo y ya está.

Le miro con los ojos bien abiertos, por lo que ella se limita a reír como una loca hasta que me pone un dedo en la barbilla y me obliga a mirar hacia adelante.

—Pues eso debería hacer...

—Pero bueno, ahora olvídate de ellos, yo te entretengo —sonríe.

—Háblame de Drew, anda —le pido—. Sé que lo estás deseando.

—Es... Maravilloso.

Tras explicarme lo estupendo que es Drew, llegamos al Southern Pacific Brewing que está junto a Folsom Street. Ha llegado la hora de la desconexión.

Está bastante lleno, más de lo que esperaba, pero por suerte acaba de quedarse libre una mesa. Veo un grupo de chicos y chicas que no dejan de hablar, parecen ser los que ocupaban el sitio que ahora cogeremos nosotras. Antes de marcharse me doy cuenta de algo, uno de ellos me resulta tremendamente familiar. Ese jersey, esos hombros, ese cuerpo entero, sus manos y ese pelo. No le puedo ver la cara, pero todo en lo que consigo fijarme me recuerdan a él. ¿Qué hace Samuel aquí? Durante unos segundos permanezco mirándole, pero entonces, todos se van sin que tenga la oportunidad de verle la cara. Si no fuera porque me ha dicho que está con sus padres creería que es él.

—Parece que has visto a un fantasma.

—Algo así... —murmuro.

May tuerce el gesto y poco después empieza a reír.

—Espera un momento.

Me pongo de pie y salgo del bar para poder perseguir al grupo y saber si es Samuel el chico que he visto, pero cuando quiero darme cuenta ya no están. ¿Dónde se han metido? Hago una mueca.

—Joder... —mustio entre dientes.

Entro de nuevo en el Southern algo desanimada, quería saber si era realmente él o solo era mi cabeza, que hace que quiera verle a pesar de todo lo que ha hecho. Pero parece que hoy no va a ser el día en el que lo sepa. Se supone que debería estar aún con sus padres... Aquí hay algo que no me gusta.

—¿Qué te pasa, niña?

—Nada...

—Cuéntamelo —me ordena—. Y sí, es una orden de pies a cabeza.

—¿Has visto al chico de jersey y vaqueros que había junto a la barra?

Niega, por lo que chasqueo la lengua. ¿Y si solo me lo he imaginado yo y estoy perdiendo la cabeza entre una cosa y otra?

—Bueno, he visto un grupillo de chicos y chicas, ¿estaba ahí?

—Sí.

Durante unos segundos María pone cara de circunstancias, piensa y asiente enérgicamente.

—Sí, creo que sí —hace una mueca—. Me resultaban familiares.

—¿Sí? —pregunto incrédula.

—Sí... Serán cosas mías, supongo —ríe.

—Pues creo que entre ellos estaba Samuel... —digo en voz baja.

—¿¡Qué dices!?

Le digo que sí con la cabeza un par de veces, algo disgustada. Tal vez no fuera

él... No sé qué pensar, ahora mismo me siento muy confusa. Se suponía que iba a llegar por la noche, no ahora.

—Vaya capullo... —dice entre dientes—. ¿Entonces? ¿Qué ha pasado con él?

Le hago un amplio resumen de todo lo que ha pasado con Samuel, el hecho de que viniera a mi casa a vivir para ahorrarse gastos, lo de su madre, las veces que me dejó plantada... Pero no solo lo malo, sino también lo dulce y bueno que ha sido conmigo desde que nos conocimos.

—Qué fuerte me parece...

Desvío la mirada y, cuando voy a contestarle, uno de los camareros se acerca a la mesa para atendernos y tomar nota de lo que queremos pedir.

—Después de lo que has hecho por él... Y te lo paga así.

—Pues eso digo yo... Ha sido maravilloso al principio, pero ahora... No sé qué mierda le ha pasado en esa cabeza que tiene que ha sido como si se hubiera convertido en un crío. En un adolescente que solo quiere jugar.

—Es muy raro que se esté comportando así, Vic.

—Lo sé... —murmuro—. Tengo que hablar con él.

El móvil me suena. Un nudo nace en mi estómago, ¿será él? ¿Me habrá visto? Tal vez me haya visto saliendo del bar para perseguirles y por eso me escribe. Aunque solo faltaría eso... Después de lo que ha pasado, y que encima me escribiera para decirme que por qué le he seguido.

Desbloqueo el teléfono y me doy cuenta de que en realidad es un mensaje de José. Me extraña que sea él quien me escriba.

—Estimada Victoria, hace mucho que no se de ti, y me gustaría saber cómo va la búsqueda. Espero respuesta.

¿La búsqueda? ¿A caso le ha contado Robert que he estado investigando sobre él? Ahora mismo solo espero que la respuesta a mi pregunta sea un NO rotundo, me avergonzaría gravemente saber que le han dicho que he estado interesada en sus actividades fuera de la empresa. Quiero saber quién es y el hecho de que me lo oculten así solo hace que sienta más curiosidad.

—Lamento desesperarle señor... BENAVENTE, pero no sé de qué búsqueda está hablando. Espero que esté pasando un maravilloso viernes, y que su puente sea aún mejor. Un saludo.

Tema zanjado, o eso espero. Pero su mensaje no se hace esperar y llega segundos después de dejar el móvil sobre la mesa.

—Vaya... Qué enorme decepción, creí haber causado un mayor

entusiasmo en ti, Victoria, pero al parecer estaba equivocado. Esperaba haber provocado algo de curiosidad en tu interior.

¿Que qué? ¿Quién es este hombre y por qué quiere que me interese por él? No entiendo nada y de eso se da cuenta rápidamente May.

—¿Qué te pasa?

—¿Recuerdas a José?

Asiente dos veces y le da un trago a la cerveza que le ha traído el camarero.

—El accionista de Cellos.

—Ese mismo —confirmo—, está escribiéndome.

—¿Para qué?

—Resulta que Cristin y yo hemos intentado averiguar cosas sobre él, pero cada vez parece más difícil.

Le acabo de explicar lo que ha ido pasando y le enseño los mensajes que me ha estado mandando.

—Nena... —dice riendo y negando con la cabeza.

—¿Qué?

—Este hombre quiere llamar tu atención —responde tajante—. ¿Es que no te has dado cuenta?

Alzo los hombros, al principio solo parecía un juego de niños, ese hombre debe de aburrirse estando en su despacho. El dinero y el tiempo es lo que hacen, supongo que al anterior ya lo tenía fichado y al ver que había chica nueva en la oficina decidió que era momento de divertirse. De lo que estoy segura es de que jamás se imaginaría que esa chica nueva sería capaz de seguirle el rollo, y eso es lo que haré.

—Si quiere jugar, tendrá juego —murmuro.

—Así se habla.

Coge su jarra de cerveza, porque sí... Nos han puesto dos jarras dignas del vikingo más grande de todos los tiempos. ¡Quién tuviera un vikingo! Esos hombres tan rudos y salvajes... Mi propio vikingo.

—Bueno... Quién sabe, señor Benavente.

No le escribo nada más, quiero hacer que sea él quien se quede con ganas de saber de mí un poquito más. Y espero conseguirlo, si no me llevaré un chasco tremendo, entre uno y otro...

—Tú no te preocupes por lo de Samuel, ya volverá con el rabo entre las piernas.

—Bueno... Ese ya lo lleva —río.

Maldita May... Esa broma es típica de ella, por lo que no puede evitar romper a reír como una loca, casi tanto que acaba por tirar su cerveza. Por suerte llego a tiempo de quitársela para que no acabemos bañadas en cebada. El móvil vibra, nuevo

mensaje.

—Ardo en deseos de saber si realmente es así, señorita Martínez.

Sonríó maliciosa al notar su tono de broma, el juego no ha hecho más que empezar. María, que lee el mensaje, abre los ojos como platos.

—Uy, señorita Martínez, dice el señor Benavente que arde en deseos de saber si está usted interesada en él.

—Quién sabe, señorita Estévez.

Le guiño un ojo y nos reímos las dos a la vez. Necesitaba tener a mi amiga conmigo, sobre todo en estos momentos tan raros que estoy viviendo.

—Tendrá que descubrirlo usted mismo, Benavente.

Le contesto con rapidez. Pero entonces ya no recibo ni un solo mensaje más durante todo a la noche, cosa que en cierto modo me hace pensar que May no tenía razón con lo que decía.

—¿Hasta cuándo te quedarás? —le pregunto a María, mientras acabo de prepararle la cama en el sofá.

—Todo el tiempo que lo necesites.

—Gracias por apoyarme —digo abrazándome a ella.

Hay personas que limpian almas en sus abrazos, y María es una de ellas. Cuando subo a la habitación me deshago de toda la ropa salvo de la interior, me meto en la cama... Y ahí está su mensaje.

—Lo haré, Martínez.

Por suerte, después de todo siempre tengo a May a mi lado para cuidarme y apoyarme en aquello que necesito. Releo el último mensaje que me envió José la otra noche. Hay algo en él que hace que quiera saber más y más, no puedo quedarme con esta intriga. Al bajar al salón me encuentro a María medio tirada en el suelo, la pobre se mueve tanto que es imposible que no se caiga, lo que me extraña es que pueda seguir durmiendo tan plácidamente sin ni siquiera darse cuenta, además de que el sofá es muy grande, casi tanto como una cama de matrimonio. Le toco ligeramente el hombro para que se despierte y, poco después, lo hace con una cara de dormida que no puede con ella.

—¿Café?

—Por favor...

Acaba de desperezarse mientras levanto las persianas para que poco a poco vaya entrando la claridad del día. Son algo más de las nueve de la mañana, y ya estamos en pie, tendremos tiempo de disfrutar el fin de semana juntas en vez de pasarnos el día durmiendo.

—¿Tostadas?

—Tres.

Pongo cuatro rebanadas de pan en la tostadora y, mientras se prepara la cafetera, aprovecho para encender el Mac y acabar de consultar algunas cosillas.

—¿Ya vas a trabajar?

—No, solo tengo que mirar un par de cosas.

—Ya...

—Si quieres ducharte puedes hacerlo mientras yo acabo con esto.

—Desayuna conmigo primero, ¿no?

Se hace un moño más alto que la Estatua de la Libertad, dobla la manta con la que había estado tapada durante la noche, la deja hecha un montoncito sobre los cojines y me mira pidiéndome que le ayude a cerrar el sofá.

—Voy.

Por suerte no es muy pesado, pero sí que tiene su truco para poder abrirlo y cerrarlo. Así que necesita la ayuda de una experta. Anda que no habré dormido veces yo en este sofá cuando no tenía ganas de volver a la cama estando en Boston. Adoraba quedarme hasta las tantas viendo *Mentes Criminales* mientras iba adormilándome con el paso de los capítulos. Nada más cerrarlo veo cómo María va directa a la barra, se sienta y me mira esperando a que le sirva el desayuno.

—Tendrás morro...

—Soy la invitada.

—Una invitada morruda.

—Bueno... Pero al fin y al cabo una invitada —sonríe.

Saco un par de platos y le pongo sus tostadas, al igual que le tiendo la mantequilla, el pavo, la mermelada y todo lo que podría llegar a imaginar. Para mi saco un aguacate y lo mezclo con un poco de queso crema para que luego sea más fácil de untar en la tostada.

—¿Qué plan hay para hoy? —me pregunta May al sentarme a su lado.

—¿Qué tienes pensado? Si preguntas es porque ya sabes que quieres hacer.

—Ir de compras.

Sonríe maléfica, lo que ella quiere es arrasar en cada una de las tiendas en las que entre, estoy segura. Lo que no sé muy bien es cómo se va a llevar todo lo que compre en esa mini maleta que ha traído.

—Bueno, me parece bien.

Sonrío complaciendo los deseos de mi amiga, quien acabaría saliéndose con la suya si hubiera dicho que no, por lo que es más fácil aceptar y dejar que pase lo que tenga que pasar.

—Es más, tengo que comprarme un buen vestido para la gala de la semana que viene.

—Busquemos pues.

Tras desayunar, me pongo a rebuscar en mi correo, quiero revisar la lista de invitados, como que yo me llamo Victoria que José va a estar en ella, y si no lo está, ya haré yo que lo esté. Repaso cada uno de los nombres, está; Jones, Rosetto, Williams, nuestro querido Robert, incluso Cristin y compañía, pero no encuentro por ninguna parte el nombre de José. Hago una mueca, habrá que decirle que venga.

El móvil suena, lo que me extraña, hasta que veo que es de Benavente. Sonrío, por alguna razón me gusta que José me escriba, intentar saber quién es y qué es para Cellos hace que una especie de mezcla entre morbo y curiosidad se haga conmigo.

—Buenos días, Victoria, quería saber si ya habías caído en qué proceso de búsqueda era del que hablaba anoche.

No deja de intentar llamar mi atención, y la verdad es que la tiene por completo. Sabe tan bien como yo que me gustaría saber quién es, pero el hecho de no saberlo lo hace todo aún más misterioso.

—Buenos días, señor Benavente. Aún no sé a qué se refiere, tal vez deberíamos vernos, o tener una reunión en la que pudiera explicarme de que se trata.

Añadiría un emoticono con un guiño de un ojo, pero no sería profesional, aunque esto tampoco es que lo sea mucho. Tontear con uno de los mayores accionistas de

Cellos no creo que esté muy bien.

—Tal vez sí que debería explicarle personalmente de que se trata, ya que parece estar algo perdida en el tema. No me gustaría que la sancionaran por un error como este.

Jamás llegarían a sancionarme por algo así, y mucho menos si se trata de Robert. Él siempre ha estado ahí para protegernos, tanto a Alysha como a mí, en aquellos momentos en los que la hemos cagado, aunque tampoco es que hayan sido muchos, por lo menos por mi parte.

—Sería un placer, señor Benavente.

No contesta, durante unos minutos permanece en blanco, hasta que justo antes de que apague el ordenador llega un último mensaje a mi móvil.

—José, Victoria, mejor José, no me gusta eso de señor.

Este hombre tiene algo misterioso a su alrededor que hace que sienta cada vez más curiosidad sobre su persona.

Llegamos al centro de San Francisco, a la calle más comercial, y María el único gesto que hace es el de frotarse las manos. Va a arrasar con todo lo que pueda y más. Por suerte, yo llevo presupuesto limitado para comprarme un vestido y unos bonitos zapatos, aunque tal vez los acompañe con un bolso... Veremos que se cuece en estas tiendas.

—Tengo muchísimas ganas de comprar.

—¿Qué necesitas?

Veo el ansia en sus ojos, parece un depredador a punto de atacar, solo que en vez de una presa son cosas de ropa y complementos.

—Nada, en realidad, pero tengo ganas de comprarme algunas cosas.

—Siempre te pasa lo mismo, María.

—Lo sé, demasiado tiempo sin comprar hace que luego arrase, pero bueno. Esto es como el sexo, la abstinencia no es buena.

Niego con la cabeza, solo a ella se le ocurriría relacionar ambas cosas con total normalidad. Pero en realidad tiene razón con lo que ha dicho.

Al entrar en una de las tiendas deja ir un chillido agudo y duradero, de esos que se te graban en el alma y en la cabeza esperando que no vuelvan a repetirse.

—¡Mira, mira, mira!

Sale corriendo a la otra punta del establecimiento y coge un vestido algo corto, de color amarillo pastel con pedrería incrustada en los tirantes y con algo de vuelo que lo

hace parecer de princesa. Una princesa muy moderna, pero al fin y al cabo una princesa, y eso es lo que es María.

—¿Me disculpas un momento? —le digo a May.

—Claro, voy a probarme el vestido, tú a tu bola.

Saco el teléfono y salgo de la tienda, marco el teléfono de Samuel, espero un par de minutos hasta que da tono y al final acaba saltando el contestador, cosa que no me gusta. La otra noche le llamé y no fue capaz de devolverme la llamada.

—No sé a qué estás jugando, Samuel... De verdad, me duele lo que estás haciendo, porque no lo entiendo. Pero ya podrías cogerme el teléfono, aunque fuera para mandarme a la mierda. No creo que sea justo que me dejes así. No quiero hacerte daño, pero me parece que hay algo que no va bien en general, no solo contigo, así que espero que me contestes pronto, o vuelvas a tu casa para que podamos hablar.

Me parece horrible lo que está haciendo conmigo, encima que lo he tenido en mi casa, sin pedirle nada a cambio, me he dejado el dinero en su comida, en sus gastos y así me lo paga. Confié en él, y una vez más los hombres me han vuelto a salir rana, como Larry. No voy a volver a confiar en nadie así, no es justo que siempre acabe perdiendo yo. Ni siquiera es capaz de abrir el mensaje, porque sí, se ha conectado un segundo después de enviarlo, ha visto que le he escrito y ha pasado de mí como si no le hubiera llegado nada, cosa que me mosquea, y mucho. Pero bueno, hoy es el día de May y no porque me esté ignorando voy a arruinarle la felicidad a mi amiga.

—¿Todo bien? —pregunta May cuando entro de nuevo en la tienda.

—Sí, tú tranquila —hago una mueca—. ¿Al final te vas a coger el vestido?

—No, no me favorece.

Vaya, con la ilusión que le hacía a la pobre y al final no se va a llevar... Pero bueno, tan solo es un vestido.

—¡Siguiente tienda! —exclama.

Y así pasamos la mañana, de tienda en tienda, cargadas de bolsas, bueno eso May, no yo, que no encontré más que unos hermosos taconazos de Jimmy Choo plateados y brillantes que a pesar de haberme costado medio riñón, me han conseguido enamorar desde el escaparate. Y ya que compro... ¡Compro bien!

Los días han ido pasando, Samuel sigue desaparecido en combate y, por suerte, May sigue conmigo haciéndome compañía y ayudándome con todo lo de la casa, ya que con el jaleo que llevo de la gala que se celebrará este próximo sábado en el Orpheum Theatre, no he tenido tiempo de nada. Es tan sumamente hermoso que creo que me quedaré corta con el vestido, y eso que aún ni siquiera lo tengo.

Suspiro, necesito darme prisa, no solo porque si llegaré tarde al trabajo, sino porque aún no sé ni cómo voy a ir vestida y tengo que dejarlo zanjado entre hoy y mañana.

—No te preocupes tanto —dice María dándole un mordisco a una tostada.

—Anda calla...

—No me hables así o esta noche cuando vuelvas ni cenas ni tienes esto recogido.

Niego con la cabeza, esta muchacha no tiene remedio. Cojo el bolso, mi pequeño termo con café y una chaquetilla fina, por suerte el buen tiempo va llegando y poco a poco podemos ir dejando los abrigos gordos para dar paso a los vestidos, *shorts* y camisetas de tirantes que tanto adoro.

—Nos vemos luego, fea —le doy un beso en la mejilla.

—Sí —alarga la vocal—. No te preocupes por... Esto —señala su alrededor.

He tenido suerte de que ya haya aprendido a cerrar el sofá ella sola, y de que pueda arreglar lo que yo he dejado durante el desayuno. Miro el reloj antes de salir de casa, cojo las llaves del coche y salgo corriendo hacia este. ¡No voy a llegar!

Una vez en el despacho, me dejo caer en la silla y enciendo a toda prisa el ordenador, me he quedado sin batería en el móvil y se me ha olvidado traer el cargador, por lo que voy a pasar toda la mañana sin ni siquiera poder hablar con José, o May. Sobre todo con él, que tengo ganas de saber qué es lo que se trae entre manos. Rebusco en el bolso, intentando encontrar el USB en el que guardé la información que me había pasado Alysha y que tuve que borrar, pero no lo encuentro por ningún lado, tal vez lo sacara en casa y esté por allí. Tendré que buscarlo.

—Buenos días, Victoria —sonríe Cristin apareciendo detrás de la puerta.

—¿Cómo va la mañana?

—Bien, aunque el señor Rosetto me ha pedido hablar contigo sobre la gala del sábado.

—Vaya...

—¿Le digo que te llame en una hora?

—Por favor.

La muchacha asiente y, con la misma gracia que ha aparecido, desaparece. No sé muy bien sobre qué querrá hablar el señor Rosetto con relación a la gala, aunque si es bueno, no me importará dedicarle mi tiempo. Alzo el teléfono y hago llamar a Cristin,

debería haber aprovechado cuando ha estado aquí, pero como parece el correccaminos, no he podido interrumpirla para que respondiera a mi pregunta.

—¿Sí, Victoria?

—Pasa un momento, por favor.

Le hago sentarse en una de las sillas, saco el *dossier* con toda la información que tengo de *Como en casa*, la gala del sábado, y abro la página en la que están todos los asistentes junto a sus acompañantes, autorizados de prensa, empleados de seguridad y servicio... Todo está aquí.

—Me gustaría saber por qué el señor Benavente no tiene invitación a *Como en casa*.

—¿Cómo qué no?

—No sale en la lista.

Se la enseño y busco en el apartado de la «B», donde están todos aquellos con apellidos empezados por la letra.

—Debe de ser un error... Ahora mismo hablo con él, no te preocupes, Victoria.

—No hace falta, yo misma le invitaré a venir.

Es la oportunidad perfecta para volver a hablar con él sin que suene a una excusa poco «lógica». Veo cómo Cristin hace una mueca, a lo que yo respondo dándole un leve golpecito con la mano en el brazo, haciéndole ver que no se preocupe, que yo lo arreglo, aunque tampoco haya mucho que arreglar.

—Venga, ve a hablar con Rosetto, anda.

Mi fiel escudero asiente, y con una sonrisa sale del despacho. Me pongo mis inseparables gafas rojas para estar todo el día en el ordenador y me dispongo a escribirle un *email* al señor Benavente.

Victoria:

Estimado señor Benavente.

Me complace poder enviarle este email invitándole a asistir a la gala Como en casa que tendrá lugar el próximo sábado en el Orpheum Theatre y, que una vez más, será dirigido por Cellos. Como podrá ver, al final de este email le adjunto un pequeño dossier de información donde podrá encontrar a qué se dedicarán los fondos recaudados, la labor de Cellos con los refugiados.

De parte de todo el equipo de Cellos, y especialmente de una servidora, nos encantaría que pudiera asistir y honrarnos con su presencia.

Un saludo.

Lo releo antes de darle al botón de enviar, adjunto el PDF que antes mencionaba y, sin pensarlo dos veces, lo envío. Su respuesta no tarda en llegar, cosa que agradezco.

Sr. Benavente:

Estimada señorita Martínez.

Me habría gustado más recibir dicha información por correo, con un bonito dossier a mi despacho, pero como no creo que ya dé tiempo, le diré que consideraré su invitación.

Gracias.

Parece algo más seco de lo que suele ser normalmente, cosa que me extraña, o tal vez tan solo esté manteniendo las formas, suele ser más locuaz y animado.

Victoria:

Espero que acepte y pueda verle por fin en el Orpheum Theatre junto a todos los demás. Estaremos encantados de tenerle entre nosotros.

Escribo rápidamente lo que puedo, para que siga atento a lo que le voy diciendo y no deje el ordenador. Quiero un SÍ en toda regla, no un: consideraré su invitación.

Sr. Benavente:

Me habría gustado que su invitación fuera personal y única, señorita Martínez.

Hay algo en su texto, un retintín que me hace sentir un cosquilleo de pies a cabeza. Ese «personal» parece tener demasiada fuerza en la frase, por lo que hace que mis mejillas se enciendan.

Victoria:

Su invitación es personal... Muy personal, señor Benavente. Sería un placer poder contar con su compañía durante un evento de tal magnitud.

Le convenceré para que venga, quiero saber de una vez por todas de quién se trata, y no quedarme con el ansia de no saberlo.

Sr. Benavente:

Lo pensaré, Martínez.

Le contesto rápidamente.

Victoria:

No hay nada que pensar, señor Benavente, acepte.

Y su respuesta no tarda en llegar.

Sr. Benavente:

No sigas con lo de señor, Victoria.

Victoria:

¿Entonces cómo debo llamarle, señor Benavente?

Sr. Benavente:

Lo sabes muy bien, ya lo hiciste la otra noche.

Victoria:

Si le conociera personalmente tal vez podría hacerlo. Pero bueno, como veo que no va a dar su brazo a torcer, tendré que quedarme con las ganas...

Sr. Benavente:

¿Con las ganas?

Pregunta confuso, o eso parece.

Victoria:

De conocerle.

Sr. Benavente:

Envíeme su invitación por correo y aceptaré.

No me lo pienso ni dos segundos, preparo el texto adecuado y me marcho, tengo que hacerlo personalmente y dejarlo perfecto. Tiene que quedar radiante.

Al salir de la oficina de Correos, después de mandar el sobre con la invitación, me

topo con alguien.

—Oh, lo... Lo siento.

Cuando alzo la mirada me doy cuenta de que es él. El hombre que ha estado en el parque junto a la cafetería, el fotógrafo. No puedo desviar los ojos de él, de los suyos, tan oscuros como la noche y tan penetrantes como una espada. Tiene el cabello negro y revoltoso, ondulado como las olas del mar y salvaje, con una belleza y sencillez inimaginable y distinta a todo. Yo le conozco, pero él parece no hacerlo.

—Lo siento —murmura.

Sonríe deslumbrándome con esa perfecta dentadura. No puedo evitar mirarle de arriba abajo, va tan modesto como siempre, con unos vaqueros y una camiseta cualquiera, cámara en mano y preparado para retratar a todo aquello que se le cruce.

—Perdona... —dice mirándome directamente a los ojos—. ¿Podría hacerte una fotografía?

—¿A mí? —pregunto extrañada.

—Sí, por favor.

Mis mejillas se encienden, jamás me habían pedido que me dejara hacer una fotografía, y mucho menos un hombre al que ni siquiera sé quién es, pero es como si conociera desde hace tiempo.

—Mira hacia allí.

Hago lo que me pide, hasta que escucho el clic de la cámara. El chico sonríe, porque sí, a pesar de ser un hombre parece joven, tal vez algo mayor que yo, pero al fin y al cabo joven.

—Ya está —sonríe de nuevo—. Perfecta.

—¿Puedo verla?

—Claro.

Se acerca a mí y me deja ver cómo ha quedado la fotografía desde la pantalla de su cámara.

—Muchas gracias.

—A ti.

May ya se ha ido, y es que no queda nada para que llegue el día de la gala, es más... Tan solo dos días me separan de conocer a José y de ponerle cara a ese misterioso hombre que no ha hecho más que llevarme por el camino de la amargura. No he recibido ningún mensaje de José desde que le mandé su invitación como Dios manda, y es que realmente debería haber sido así desde el principio.

La semana se me está haciendo más larga de lo normal, estoy ansiosa por saber qué ocurrirá en la gala, cómo lo pasaremos y cómo será José. Aunque me espero un hombre de entre unos cincuenta y sesenta años, inteligente y al más puro estilo George Clooney. Tan atractivo como listo.

Vuelvo a llamar a Samuel, quien ni siquiera contestó a mi mensaje. Última oportunidad. Pero parece no apreciar todo lo que he hecho por él durante todo este tiempo ni que me haya estado preocupando por alguien a quién ni siquiera conozco. Supongo que a él tampoco le conocía lo suficiente como para meterlo en mi casa y para confiar en él como si realmente fuera algo mío. No lo coge, por lo que desisto en mi empeño por saber cómo se encuentra y cómo está su madre.

Mi móvil suena, esta vez es alguien quien me llama y parece una urgencia porque no dejan de hacerlo. Pone teléfono oculto, no me gusta cogerlo nunca cuando no se de quien se trata, para eso soy algo desconfiada.

—¿Sí? —pregunto al final, cuando veo que ya no van a colgar.

—Victoria —escucho como me dice Cristin al otro lado.

—¿Qué haces llamándome en número oculto? ¿Es que no sabes que no lo cojo si no es un número que conozco?

—Lo siento... No sabía que estaba en oculto.

Puedo notar en su voz que parece algo alterada, e incluso confusa.

—¿Qué te pasa?

—Ha llegado un paquete, un paquete enorme para ti.

—¿Qué dices?

—Sí, sí, ven ya.

—De acuerdo, salgo para allí en diez minutos —le digo rápidamente—. Firma tú la recogida del paquete.

—Vale, perfecto.

Sin decir nada más cuelgo y subo al dormitorio para vestirme. Unos pantalones de pinza, unos zapatos de cuña negros y una camisa blanca, es tan sencillo combinar con colores neutros que agradezco tener un armario lleno de básicos.

Antes de salir de casa me doy cuenta de que un hombre vestido con unos vaqueros y una camisa cualquiera, horrible, intenta entrar en la casa de Samuel, por lo que bajo corriendo las escaleras, intentando no caerme de morros y estamparme

contra el suelo. Abro la puerta de mi casa, cojo las llaves y cierro con cuidado de no hacer mucho ruido para no alertar al hombre al que estoy siguiendo. No sé cómo, pero consigue entrar en el interior de la vivienda, dejando la puerta entreabierta. Rodeo el porche de Samuel y me cuelo bajo la barandilla, como si fuera uno de los agentes de Mentas Criminales, aunque ni de lejos podría ser como ellos. Veo cómo sube a la planta superior de la casa, por lo que entro con sigilo para no hacer ningún ruido y, en ese momento, escucho cómo vuelve a bajar.

—Mierda —me digo a mi misma.

Me encierro en uno de los armarios que hay en la entrada e intento no hacer nada que pueda alertarle de que estoy aquí. Joder, joder, joder... No debería haber entrado, pero ahora ya no puedo hacer nada salvo esperar a que se marche y luego salir por alguna de las ventanas. Me tapo la boca para no emitir ningún sonido, mi corazón se acelera al escuchar cómo entra en la cocina y se sirve un vaso de agua. Mierda... Miro a través de las lamas que forman la puertecilla del armario y me doy cuenta del parecido que tiene este hombre con Samuel. Es prácticamente igual, salvo que no lleva barba, su cabello es más claro y sus ojos marrones oscuros.

De los nervios siento cómo mis piernas tiemblan e incluso me entran ganas de hacer pis, como cuando era pequeña y jugaba al escondite. Pero ahora no es momento de ponerse así. Tengo que salir de aquí cuanto antes. ¡Yo tendría que estar trabajando, y no allanando esta casa!

Escucho cómo el hombre se marcha, cerrando la puerta de la entrada con llave, por lo que efectivamente me tocará salir por la ventana. Pero no sin antes echar un vistazo a lo que hay por aquí. Ese hombre esconde algo, ya sea Samuel o quién demonios sea. Cuando han pasado algo más de cinco minutos salgo del armario. La claridad entra en él, dejándome ver algo de lo que antes no me había percatado, decenas de cajas y botellas de vino se amontonan en los estantes interiores del armario. Joder... Ha sido él. Cada una de las botellas que han llegado a mi casa, cada nota ha sido suya. Trago saliva, el muy desgraciado fingió no saber nada y me engatusó para que las bebiera. Niego con la cabeza, esto no puede ser real. Subo a la parte superior, a lo que supongo que es el dormitorio y allí me encuentro algo que no pensé ver jamás... Lo sabe todo sobre mí, sobre May, todo... Hay claves, direcciones, horarios, fotografías de mí, de Cristin, de Alysha, Robert... Incluso tiene muestras de pelo, ¡MI PELO! Creo que me está dando algo... Se ha estado disfrazando, engañándome durante todo este tiempo... Tiene pelucas, lentillas, barbas postizas... Me paso una mano por la cabeza, perdida.

—Madre mía... ¿Dónde me he metido? —murmuro—. Y lo peor de todo... ¿Quién es realmente Samuel?

No puedo dejar de pensar en todo lo ocurrido, aunque ahora mismo no estoy para distraerme así, pero me es imposible no recordar todas las cosas que tiene Samuel en su casa, cosas que dan miedo.

Salgo de la casa por una de las ventanas traseras. Cierro la puerta de la mía, pero

antes me aseguro de que esté todo bien cerrado, e incluso bajo alguna que otra persiana. Suspiro al meterme en el coche, es hora de irse.

Al llegar al despacho me encuentro con una enorme caja alargada encima del sofá que hay junto al escritorio. Cristin no ha sabido decirme que era, ya que va envuelto con un enorme lazo rojo. ¿Qué será? Me siento en el sofá y pongo la caja encima de mis piernas para poder abrirla mejor. Deshago el lazo y lo dejo a mi lado, quito con cuidado el papel blanco que lo envuelve, al hacerlo me encuentro con un delicado dibujo de la silueta de una mujer vistiendo un hermoso vestido. Abro la caja y lo que me encuentro es aún más bello que lo que había visto anteriormente.

—Madre mía... —murmuro embobada.

—¿Qué? —pregunta Cristin apareciendo tras el marco de la puerta.

Cuando ve el maravilloso vestido que sujeto entre mis manos se queda de piedra, como me he quedado yo hace unos segundos. Es lo más bonito que he visto jamás. Aunque aún no entiendo a qué viene este vestido.

—¿Quién lo manda?

—Voy a ver.

Saco el vestido de la caja, cuanto más lo miro más me enamora, tiene una delicada pedrería en tonos rojizos que adorna la malla transparente que recubre los brazos y parte del pecho. El resto está hecho de la tela más suave de todo el universo, tiene un escote en forma de corazón que se entrelaza con la pedrería, y queda todo ceñido al cuerpo, dejando que una pequeña rendija muestre parte de la pierna izquierda. Una diminuta tarjeta se cae de entre los pliegues del vestido, por lo que se lo tiendo a mi amiga para que lo sujete mientras yo leo.

Estimada Victoria, te hago entrega de este vestido para que disfrutes de él en Como en casa. Si no lo aceptas no iré a la gala de este sábado. Espero haber acertado con el color y la talla.

¡Este hombre es un chantajista! Pero bueno, en realidad me ha hecho un favor, ni siquiera tenía pensado que era lo que podía llevar a la fiesta y ahora ya lo tengo solucionado. Madre mía, es tan sumamente bonito. De la caja emana un olor especial, un perfume elegante y sofisticado que me descoloca, ¿será suyo?

—¿Entonces?

—Es de José.

—Es precioso...

—Sí, demasiado... Jamás pensé que vería un vestido tan maravilloso.

Es demasiado bonito como para no ser una obra de arte, tiene que haber costado una millonada, pero si no lo llevo, José no aparecerá por la gala, y eso sí que no, tampoco tengo que hacer nada del otro mundo.

—¿Te lo pondrás?

—Sí, tengo que hacerlo.

Poco después me llega un *email*, el cual ignoro durante unos minutos. Tengo que acabar de admirar el maravilloso vestido que me ha regalado este misterioso hombre que no hace más que sorprenderme. Bajo las capas de fino papel que envolvían el vestido me encuentro otra tarjeta: *Rouge, diseño exclusivo para Victoria Martínez*. En estos momentos mi mandíbula se desencaja como si fuera la de un dibujo animado. ¿Diseño exclusivo? Ahora sí que me he quedado atontada. Miro el móvil por fin, y veo que es él.

—Espero que te haya gustado el vestido, y que la talla sea la correcta. Me sabría fatal que no pudieras disfrutar de él tanto como lo hará el mundo al ver cómo una nueva estrella brilla en el firmamento.

¿Cómo ha sabido este hombre mi talla? ¿Cómo es capaz de saberlo todo? No lo entiendo, y eso me desconcierta.

—No deberías habérmelo mandado... Debe... Debe ser carísimo, siendo un diseño exclusivo... Muchas gracias, José, pero deja que lo pague... No puedo permitir tener algo así en mi armario.

Lo miro de reojo, y es que es demasiado para ser real, cualquiera desearía tenerlo en casa y poder lucirlo en una ocasión como la de este sábado.

—Por cierto, me gustaría saber cómo has sabido la talla y el color que quería llevar para la gala.

No tengo ni idea de cómo debe haberlo adivinado, tal vez ha sido suerte.

—Eso es un secreto, Martínez... Un buen mago nunca revela sus trucos.

Este hombre cada vez se vuelve más misterioso, supongo que querrá darle énfasis a lo ocurrido para que el sábado esté expectante esperando a conocerle en persona.

—¿Ahora eres mago? Hay magos que no tienen miedo a que les hagan la competencia y cuentan su secreto... ¿A caso tienes miedo?

Sonríó maliciosa, a ver que contesta a esto.

—Algún día te contaré mis trucos, Victoria. Algún día.

Y con este simple mensaje acaba esa pequeña conversación propiciada por un simple y bello vestido que ha sido capaz de enamorarnos a Cristin y a mí, con tan solo verlo dos segundos. Estoy deseando ponérmelo el sábado y deslumbrar a todo aquel que se acerque a mí, porque sí... deslumbraré, aunque solo sea por ir con un vestido tan especial como el que me acaba de regalar José.

No puedo dejar de darle vueltas a todo lo que ha ocurrido en el día de hoy. Jamás pensé que alguien como Samuel pudiera esconder algo así, ¿es que está loco? Puede que sea un psicópata y que nadie lo sepa. Es todo tan extraño que ya no sé ni que es lo que debería creer, es tan diferente a todo lo que había estado viendo hasta entonces... Parecía un tipo encantador, dulce, educado e inteligente, y realmente lo único que no pensé es que fuera un chalado que tendría gran parte de su casa dedicada a un mural lleno de fotografías de todo mi entorno, de la gente a la que más quiero e incluso de aquellos que ni siquiera me importan. A saber qué es lo que no he visto, no me lo quiero ni imaginar. Me envuelvo el pelo en una toalla y me dejo caer sobre la cama, estoy demasiado cansada como para seguir pensando. Tan solo quiero que llegue el día de la gala y saber algo más de José, aunque me preocupa lo que pueda estar tramando Samuel, o como quiera que se llame, porque ya dudo hasta de que su nombre sea real. Un nuevo mensaje llega a mi móvil, una pequeña y parpadeante luz cian me avisa de quién lo envía.

—*Me muero de ganas por verte con ese hermoso vestido* —escribe José.

Lo miro, ahí está colgado en una de las perchas más delicadas de todo mi armario, para que no deje ni una sola arruga ni marca. La verdad es que no puedo dejar de mirarlo, es tan bonito que no parece real. En menos de veinticuatro horas me han sorprendido, en el mal sentido de la palabra, y me han cautivado. Samuel ha tirado por tierra lo poco que había, tanto misterio ha hecho que me sea imposible no entrar en su casa y encontrarme con esa habitación.

—*Espero encontrarte allí* —le contesto.

Sonrío al releer el mensaje que me ha escrito antes. Cierro los ojos, me imagino a José como un hombre con clase, de cabellos oscuros y ojos claros, alto, de ancha espalda, pero no muy corpulento. No sé por qué, pero esa es la imagen que tengo de él, la poca que he podido descifrar a partir de su perfume. Aunque sé que es difícil saber algo mediante un olor.

—*Lo harás, Victoria.*

—*¿Seré capaz de reconocerte?* —pregunto.

—*Eso espero, si no este pequeño truco no habrá servido.*

—*¿No habrá servido? Hay algo que no entiendo respecto a ti.*

Espero durante varios minutos, parece que no va a contestar a lo que le he escrito, cosa que me frustra. Hay algo en él que me atrae, ese misterio que le envuelve hace que lo quiera saber todo. Pero no sé por qué, no creo que consiga saberlo, José lo tiene todo muy bien hilado como para dejar un detalle al aire. No quiere que sepamos cuál es el rostro del gran señor Benavente.

—¿El qué?

—¿Qué razón hay para que te muevas entre las sombras?

Suspiro, ¿contestará a mi mensaje? Tal vez le haya molestado, ya que vuelve a dejar pasar los minutos antes de responder. Cierro los ojos, vaya día de locos. Segundos después escucho como me llaman, es él.

—Victoria...

Escuchar mi nombre con esa voz tan sumamente varonil hace que todo mi vello se erice, que en mi estómago nazca una nube de nerviosismo y que sienta cosquilleos en las manos.

—Buenas noches, José.

Mi corazón se acelera tan solo con recordar cómo ha dicho mi nombre, repuntando cada una de sus letras, haciéndolas bailar al son que solo él desea.

—Hay veces en las que tu curiosidad es capaz de atormentarme, Victoria —murmura con su poderosa voz.

—¿Por qué? —pregunto confusa.

Oigo perfectamente su respiración, es como si estuviera a mi lado, sentado en la cama conmigo. Hay algo en él... Algo que me descoloca de pies a cabeza, lo peor de todo es que no sé por qué.

—Hay veces en las que no quieres saber nada del mundo, sobre todo de esta podrida y deshecha burbuja que no hace más que contaminarse cada vez más —contesta en voz baja, casi mediante un susurro—. Hasta que ves una pequeña luz que alumbra lo que antes era penumbra, y que con su grácil movimiento crea inspiración donde no había nada.

Cojo aire, escucharle hablar así me provoca un nerviosismo y una ternura que es imposible medir.

—¿Y qué tiene que ver eso con que no quieras aparecer?

—Porque nadie debe saber la diferencia entre Benavente y José.

—Pero...

Cierro los ojos, y por un momento recuerdo la pequeña tarjetilla que venía en el interior de la caja del colgante que me regaló. Esa elegante y sofisticada letra, una firma que parecía una obra de arte.

—¿Qué, Victoria? —pregunta.

—En cada uno de los regalos que he recibido has firmado como José... No como señor Benavente —murmuro.

Me encuentro confusa, e incluso abrumada.

—Pero al llamarme me hablaste como si fueras Benavente, ¿por qué? ¿Qué diferencia hay entre ambos?

Solo este hombre podría provocar un desorden como el que tengo en mi interior sin pronunciar ni una sola palabra.

—Para saber qué diferencia hay, tendrás que esperar, pequeño gorrión, quieres saber demasiado en poco tiempo.

—No puedes dejarme así, José.

—Sí puedo.

Escucho como deja ir una ligera risa que me embriaga como una buena copa de vino, José se está convirtiendo cada vez más en un imán que me atrae sin que pueda hacer nada al respecto y, a pesar de que me molesta que así sea, solo deseo saber sobre él y dejarme llevar.

—Deberías ir a dormir, Victoria, es tarde.

—No —me niego en retundo—. Quiero seguir hablando contigo.

Me siento como una cría suplicando quedarse un poquito más viendo la televisión con sus padres en una noche de verano.

Al final, conversamos durante horas, jamás me había pasado el tiempo tan rápido, ni me había reído como lo he hecho con él. Detrás de toda esa enigmática figura hay un hombre.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—Tal vez sea un poco brusca pero... Hay algo que quiero saber y que me reconcome por dentro.

—Adelante.

Trago saliva, ¿realmente voy a ser capaz de tener el morro suficiente como para preguntarle lo que me ronda? Si no se lo pregunto ahora puede que todo se vaya al traste y, si lo hago, quién sabe. La gala llegará en nada, pero no puedo esperar a preguntárselo en persona.

—¿De qué pequeña luz hablabas?

Mi cabeza no ha dejado de darle vueltas a lo que ha dicho, ¿habla de mí? ¿Por qué debería hacerlo? Si apenas nos conocemos. Puede que a él le ocurra lo mismo que a mí, mi corazón se acelera haciendo que mi nerviosismo crezca.

—Te lo diré, Victoria —promete.

—¿Entonces?

—Espera a la gala, por favor.

Después de un pequeño episodio de decepción, vino la noche, y el sueño se hizo conmigo.

El día ha vuelto a empezar, uno nuevo que superar, uno menos para que llegue el día en el que sepa qué es lo que José esconde y que no quiere compartir conmigo a no ser que sea durante el evento. Por suerte, hoy no voy con prisas, por lo que puedo

volver a sentarme en mi cafetería favorita, junto al parque.

—Un café y unas *cookies*, para la mesa de siempre —escucho cómo dice la chica morena que me atiende cada día.

—Gracias, Melissa.

Me siento, saco mi *Tablet*, pero poco después y como todas las veces que he estado aquí, mi vista se desvía hacia el parque. Un día más, no falla, ahí está. Es tan distinto a todo lo que he visto, tan guapo y a la vez discreto. Lleva el pelo revuelto, hoy viste una camiseta clara y unas bermudas que le sientan como un guante. Va acompañado de su inseparable cámara, fotografiando todo aquello que ve, hasta que soy yo quien se cruza en su mirada. No puedo apartar la vista de sus ojos, de esos pozos oscuros como la noche que me atrapan sin que pueda hacer nada al respecto. Con una sonrisa y un ligero movimiento de mano, me saluda, a lo que no puedo evitar responder con una sonrisa de boba. Es más atractivo de lo que me lo había parecido en un principio, a pesar que ya desde el primer día llamó mi atención.

Ojalá mi oficina se trasladara a esta cafetería, sería la mujer más feliz del mundo, todo el día rodeada de café y galletas, con unas vistas maravillosas y junto a gente que no va siempre con el ceño fruncido. Después de desayunar, me subo a mi puesto de trabajo, pero ni siquiera me da tiempo a llegar.

—Victoria, a mi despacho —dice Alysha—. ¡YA!

—Alysha, por Dios, ve a jorobar a otra.

—Te he dicho que a mi despacho, cuando digo ya, ¡ES YA! —exclama.

Ahora se va a enterar esta. No voy a dejar que me hable así nunca más, he estado comportándome como si nada hubiera ocurrido, pero ahora ya no me voy a aguantar más. Si quiere guerra, tendrá guerra. Voy hacia su despacho, dejo las cosas en una de las sillas y espero a que entre.

—Que sea la última vez que me hablas así.

—Te hablaré como yo quiera, que para eso soy tu superior.

—De eso nada, monada —espeto cabreada—. Será la última vez.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú? —Me mira desafiante.

Alzo una de mis cejas y la observo con cara de mala leche. No voy a dejar que me pise, esto se ha acabado.

—Sí, yo lo digo, o toda la compañía sabrá lo zorra que eres —gruño entre dientes—. ¿Te crees que no lo sé?

—¿Qué se supone que debes saber? —pregunta algo tensa.

Dejo ir una sonora carcajada, miro su mano, aún sigue llevando ese anillo que Robert le regaló en su último cumpleaños.

—Oh... ¿No se te ocurre nada?

Me paso la lengua por los labios, como si estuviera insinuándome. Igual que lo haría ella con Robert y compañía, estoy segura de que la gran mayoría de inversores quieren pasar por sus manos antes que por las mías tan solo por... El trato.

—Vaya... Parece que no se te pasa nada por esa cabecita calenturienta —espeto

—. ¿Sabes? Larry me dejó una lista, y en ella estaba tu nombre —me siento en el sofá, cruzando las piernas y mirándole con superioridad—. Una lista en la que aparecían todas las mujeres a las que se había follado.

Me río de ella en su cara, y me da igual lo que pueda decir. Él mismo me lo dijo, y la verdad es que no me extraña que así sea.

—Se te habrá olvidado lo que hiciste con él... ¡Qué lástima, tampoco era tan malo! —sigo riendo—. Lo que no me extrañaría es que hubieras hecho lo mismo con Robert y te lo hubieras tirado, rompiendo una familia como la suya tan solo por conseguir poder y dinero. Porque sí... Sé que ese anillo te lo regaló él, y cuánto cuesta.

Niega con la cabeza, las mejillas se le encienden y hace una mueca.

—¿Te has quedado sin palabras? ¿O es que te ha comido la lengua el gato? —pregunto con retintín—. Tal vez lo que te han comido ha sido otra cosa... Pero mejor que te estés calladita, así nadie sale perdiendo.

Y, sin decir nada más, salgo de su despacho más ancha que pancha. Es mejor que esto se quede así, o la cosa no acabará como le gustaría a ella. Cojo aire y el pecho se me llena de orgullo al haber hecho callar a esa urraca como se merecía.

Los nervios hacen que me corroa por dentro, apenas quedan dos horas para que llegue el momento y no puedo hacer más que beber agua y sentir que me deshago. José me prometió que vendría, cosa que incluso me hace más ilusión que el hecho de ver a todos esos ricachones que, aunque José también lo sea algo me hace pensar que él es distinto, pavoneándose por todo el teatro como si fuera suyo. Aún no he empezado siquiera a vestirme, y eso que debería haberlo hecho hace algo más de una hora, pero estos nervios provocan que apenas pueda pensar. Por suerte, tengo a Cristin por casa, quien ha venido a prepararse conmigo para después poder marcharnos juntas en el mismo coche.

—¿Cómo vas? —pregunta poniéndose un pendiente.

Alzo los hombros, ni siquiera sé cómo voy. Lo único que llevo puesto es la ropa interior y el maquillaje, el cual no es que sea muy elaborado; un ahumado negro con algo de brillo en los ojos, bien de rímel y unos labios sin mucha importancia con un lápiz rosa que apenas se percibe.

—¿Cuándo salimos?

—Pues...

Va hacia su bolso y saca el teléfono para poder saber qué hora es y cuánto nos queda para irnos. Hace una mueca y me mira.

—Pues deberíamos salir en cuarenta minutos como muy tarde, tenemos media hora hasta llegar, y entre que aparcamos y demás...

—Por el aparcamiento no te preocupes, Robert ha cogido una plaza de *parking* a todos los trabajadores de Cellos encargados de llevar a cabo el evento.

—Vaya, ¡qué generoso!

—Para algo bueno que puede hacer. Después de la de broncas que se lleva todo el mundo por algunas tonterías...

Cristin se ríe a sabiendas de que tengo razón. Hay veces que Robert se pone insoportablemente pesado.

—Me muero de ganas de llegar al Orpheum, es tan bonito que no quiero ni imaginar lo hermoso que debe estar decorado.

—La verdad es que tiene que estar precioso.

Asiente un par de veces, nunca he entrado al Orpheum pero, por lo que he estado viendo en fotografías, Cristin y yo hemos conseguido el lugar más bonito de todo San Francisco para que se haga esta gala y de esa manera, poder ayudar a toda la gente que ha huido de su país tan solo para sobrevivir.

—Y...

—¿Qué? —pregunto al ver la cara de mala que pone.

—¿Te pondrás el vestido de José?

—Claro —sonrío de medio lado desviando la mirada.

Me sería imposible no ponerme un vestido tan sumamente hermoso y mucho más siendo regalado por uno de los participantes.

—¿Tienes ganas de conocerle? —pregunta Cristin, de nuevo.

—Me muero por ponerle cara y saber quién es.

Nunca antes había sentido tanta curiosidad por nadie, y mucho menos por alguien con quien tengo tan poco que ver como con José, él un hombre de éxito, con dinero y una inteligencia y delicadeza esplendida, y yo tan solo una subdirectora que no está en el puesto que le toca. Suspiro, ¿qué pasará esta noche?

—¿Sabes que vamos a tener música en directo?

—¿Sí? —pregunto—. No tenía ni idea, ¿por qué nadie me lo ha dicho?

Aprieta los labios y alza los hombros.

—Ha sido el señor Stone quien se ha ocupado de ello. Me pidió que no dijera nada, que tú ya tenías suficiente trabajo, y que de eso podía ocuparse él sin ningún problema.

—Este hombre... —murmuro—. Hace lo que le da la gana y cuando le da la gana.

—Bueno, para eso es el jefe, ¿no?

—Ya, eso sí, pero debería habérmelo notificado.

Asiente, sabe que tengo razón, no puede ser que lleve algo así en secreto, sobre todo porque soy yo quien lo ha organizado todo con la ayuda de Cristin, Hellas e incluso Alysha. No creo que sea justo que se nos lo oculte. Bueno... A Cristin sí se le ha contado, por lo que me pregunto quién más lo sabrá.

—Voy a vestirme y nos vamos en un rato. ¿Vale?

—Perfecto.

—Pero antes, necesito tomarme una copa.

Saco un par de vasos, echo dos cubitos de hielo en cada uno, saco una botella y vierto un poco de ron. Necesito calmar estos ánimos o, mejor dicho, estos nervios que me recorren de pies a cabeza y van a acabar poniéndome mala. Le tiendo uno de los vasos a Cristin, quien me lo rechaza con un ligero movimiento de cabeza.

—¿De verdad vas a negármelo?

—Victoria, no creo que sea lo mejor.

—Anda, déjate de formalismos y de normas —insisto—, y tómatelo conmigo.

La muchacha coge aire, desvía la mirada hacia el vaso que tengo entre las manos y poco después lo toma.

—Así me gusta, buena chica.

—Por qué insistes que si no...

—Brinda conmigo, compañera —alzo el vaso—. Por nosotras y el buen trabajo que hemos hecho.

Le guiño un ojo, por lo que no puede evitar echarse a reír a la vez que levanta el vaso a la misma vez que yo. De un largo trago me termino lo que había y subo a

vestirme, es hora de ver cómo me queda.

—Tan solo algo más de una hora. Espero verte con ese precioso vestido que no hará más que realzar esa belleza natural que hay en ti.

Mis mejillas se encienden, este hombre no hace más que alagarme a cada mensaje que me manda y provocar que sienta cierta vergüenza a la hora de conocerle.

—No llegue tarde, José, estaré esperándole —le contesto en otro mensaje.

Un rato después, Cristin y yo ya estamos listas para salir de casa, pero no sin antes guardar unas bailarinas en el maletero del coche. No sé cuánto tiempo voy a aguantar con los taconazos que me he comprado, lo bueno es que quedan a la perfección con el vestido y me hacen parecer más estilizada.

Conduzco mi hermoso Kuga hasta el sitio del evento, el Orpheum Theatre, y allí me encuentro a un hombre en la entrada recogiendo los coches. Alzo las cejas, ¡vaya nivel! Con aparcacoches y todo.

—¿Preparada?

La muchacha asiente nerviosa, pero no sabe cómo voy yo por dentro. Intento aparentar una calma y una seguridad que no tengo, y parece ser que consigo proyectarla, aunque en realidad me esté muriendo de ansia y nerviosismo.

—Venga, vamos.

El hombre le abre la puerta primero a Cristin, rodea todo el coche y viene a abrirme la mía. No era algo que necesitara, pero ya que es su trabajo, dejaremos que lo haga sin entorpecerle. Ya hay prensa, gente haciendo fotografías y algunos invitados que van entrando en el Orpheum. Me siento como una auténtica celebrity, aunque no me gustaría tener que vivir así toda mi vida. Mi fiel escudero me espera antes de pisar la alfombra que nos llevará al interior del teatro.

Miro hacia todos lados, no dejan de saltar *flashes*, me siento terriblemente observada, pero también elegante y guapa. Cristin me coge de la mano y tira de mí hasta el interior del teatro donde nos encontramos a Robert, vestido con un esmoquin negro acompañado de una pajarita azul marino que le sienta de lujo.

—¡Victoria! Estás... —exclama mirándome de pies a cabeza—. Estás radiante.

Toma una de mis manos y me hace dar una vuelta sobre mí misma para poder mirarme mejor.

—Espectacular —sonríe.

—Hace mucho que no nos veíamos, Robert.

—Sí, la verdad es que sí —dice abrazándome.

—Ha quedado todo precioso.

—Como tú —me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco, este hombre no tiene remedio. Niego con la cabeza y miro a Cristin.

—No sé si conoces personalmente a Cristin —tomo a mi escudero del brazo—. Es mi ayudante.

—Encantada de conocerle, señor Stone. Es un auténtico placer.

—Lo mismo digo, chiquilla.

No dejan de llegar invitados, cientos de ellos llenan el gran salón que ha dedicado el Orpheum para el recibimiento de los magnates y colaboradores de Cellos, incluyendo a parte de sus trabajadores como Alysha y Hellas, quienes entran juntas. Mi querida superior va ataviada con un vestido negro con algunos detalles en blanco que la hace parecer aún más la urraca de lo que es.

—Las que faltaban... —murmuro.

—Robert, ¡querido! —grazna Alysha.

La noche está a punto de llegar a su final y no hay ni rastro de José, ni siquiera ha contestado a mis últimos mensajes preguntándole si realmente iba a aparecer en la fiesta, cosa que me ha cabreado, y mucho. Después de todo este tiempo esperando y me ha dejado tirada como una colilla. No sé qué tienen los hombres conmigo, pero todos acaban dejándome sola sin ni siquiera contestarme a los mensajes ni coger las llamadas. Y mira que es simple... Un correo diciendo: «no voy a ir, no me esperes». Lo que le pasa a ese hombre es que es un cobarde y no es capaz de venir a mostrar su rostro, ¿por qué si no querría mantenerse en el anonimato?

No entiendo nada, de verdad... Nada de nada, ¿por qué enviarme el vestido? ¿Por qué citarme aquí si luego no pensaba aparecer? Cierro las manos en puños y desbloqueo el teléfono, por lo que decido mandarle un mensaje.

—Jamás pensé que no asistirías... Pero no lo has hecho. Por alguna razón que no has querido compartir conmigo, has decidido que no era el momento para ello. Ilusa de mí...

Un joven con gafas de sol y gorra, con una pequeña acreditación colgando de su cuello se acerca a mí, y con la cámara preparada me pide hacerme una fotografía.

—Gracias —dice él.

Intento sacar mi mejor sonrisa, pero no estoy segura ni de que eso valga. Mientras me hace un par de fotografías me fijo en cómo va vestido, unos pantalones de pinza, una camisa blanca, unos tirantes negros y una pajarita roja con pedrería.

Hago una mueca cuando él me dice que ya hemos acabado y sigue su camino. Me giro para poder ver dónde se encuentra Cristin.

—Estás preciosa, Victoria —escucho como me dice alguien al oído.

Las manos empiezan a sudarme, mi corazón se acelera, es su voz... Estoy segura de ello, pero al girarme de golpe no encuentro a nadie pendiente de mí, todos se marchan, incluida yo. Es hora de olvidarse de José, de Samuel y de todo lo que ha ocurrido en San Francisco.

La gala pasó como cualquier otro fin de semana, solo que con más pena y decepción... Aún no he olvidado de lo que ocurrió con José, no pensé que fuese a dejarme plantada sin darme siquiera una explicación... Pero eso se ha acabado. Sujeto el USB en el que copié la información entre mis dedos, lo guardo en el bolsillo exterior del bolso y entro en la cafetería de siempre.

—Buenos días —me dice una de las camareras al entrar.

—Buenos días —sonrío.

—Ya vuelve a ser lunes, ¿eh?

—Por suerte o por desgracia, sí.

—¿Lo de siempre?

—Por favor —asiento.

Voy hacia mi mesa, por suerte está libre así que me siento y, como siempre, dedico mis primeros minutos mirando por la ventana. Me encanta observar a la gente que hay en el parque, incluso al muchacho de la fotografía, sé que hay pasión en él y eso me gusta.

Enciendo la *Tablet*, la cual dejo sobre la mesa, al igual que el pequeño USB con el conector perfecto para poder enchufarlo a esta. Por fin podré poner cara a ese hombre que ha estado llamando mi atención para nada. Los nervios hacen que me suden las manos, que mi corazón se acelere. Abro el archivo, pero da fallo... ¡Mierda!

—Perdona... —Escucho como dice alguien a mi espalda.

Giro levemente la cabeza y me encuentro con el fotógrafo.

—Te he visto y he querido aprovechar para entregarte la fotografía que te hice el otro día.

—Siéntate por favor —sonrío.

—Gracias.

Sus ojos negros no se apartan de los míos, sonrían, al igual que lo hace su boca. Poco después consigo que el programa se inicie, mientras el chico me extiende el sobre en el que lleva la fotografía. La saco del sobre y, cuando la veo, poco queda para que se me caiga de las manos.

Me quedo embobada mirándola, entonces le doy la vuelta.

Estuve allí... Solo que no supiste ver quién era realmente.

Leo la frase, está escrita con esa hermosa y elegante letra que vi en su primer regalo, en la tarjeta de aquel delicado colgante que aún adorna mi cuello. Vuelvo a voltearla, soy yo, en la gala, con ese hermoso vestido que él mismo me regaló. Mis

ojos se llenan de lágrimas, no de pena, ni de dolor, sino de confusión y de decepción. Cuando alzo la vista José ya no está, por lo que me pongo de pie y, como si me fuera la vida en ello, salgo corriendo.

—¡José! —grito al verle girar la esquina.

Por alguna razón mi corazón solo me pide que vaya tras él, que le alcance y no le deje escapar. José tiene algo que no tienen los demás, es como un poderoso imán que me atrae hasta el punto de confiar en lo que dice sin siquiera conocerle. Quiero saberlo todo de él, olvidando lo que ya he aprendido, quiero que sea José quien se abra a mí, no Benavente, no el nombre, sino la persona.

—Fuiste la más hermosa de las asistentes —susurra en mi oído—. No olvides nunca que hay veces en las que nada es lo que parece ser.

Varios meses después...

Hay veces en las que nada es lo que parece, como bien me dijo José hace unos meses. Todo ha cambiado tanto que ni siquiera sé por dónde empezar. En la vida te encuentras con cosas buenas, cosas malas y cosas únicas. Él resultó ser una de esas cosas únicas que jamás fallan.

Aún hay días en los que no me creo lo que me ha ocurrido. Miro nuestras manos entrelazadas, esos dedos que una vez se tocaron y que ya nunca más van a volverse a separar. Le doy un sorbo al té que reposa en mi taza, desde que le conocí he aprendido a apreciar otras cosas, los atardeceres a su lado, las cenas en casa, las tardes de paseo, pero también las noches de lujuria y pasión, una pasión que él genera a cada segundo que está a mi lado.

—Ahora vengo —dice poniéndose de pie y adentrándose en la casa.

El verano ha llegado, por lo que podemos disfrutar algo más de nuestro tiempo libre juntos y sin tener que ir al trabajo o tener que atender al teléfono cada dos por tres. José no tarda en volver, con el collar que me regaló entre los dedos, se me olvidó ponérmelo al salir de la ducha y parece que no quiere que me separe de él.

—Luce más en ti que sobre el lavabo del baño.

—Gracias.

Me besa en la mejilla y vuelve a sentarse a mi lado.

—He preparado algo para esta noche, no hagas ningún plan.

—¿No vas a decirme que es?

—No, claro que no —sonríe—. Es una sorpresa.

—Tú tan misterioso como siempre.

—Es lo que más te gusta de mí, morena —dice con ese acento inglés que solo él tiene mezclado con el español.

Porque sí, José es americano, pero aun teniendo padres españoles y sabiendo hablar perfectamente el idioma, tiene ese acento que tanta gracia nos hace a los españoles al escuchar cómo alguien que habla inglés e intenta imitar nuestros sonidos, o hablar nuestro idioma con total normalidad.

—Una de las que más me gustan —le beso.

—Sé que eso es lo que te conquistó de mí —me guiña un ojo.

Le doy un ligero golpe en el brazo a la vez que niego con la cabeza. Hago hueco en el balancín y le pido que se siente a mi lado y deje la silla. Lo hace inmediatamente, sin pensarlo dos veces. Paso mis piernas por encima de las suyas, a lo que simplemente me responde acariciándolas. Adoro la calma que ha traído a mi vida, no por lo que es, no por su dinero ni por lo que haya detrás, sino por ser ese

chico que vi un día en un parque y que se pasaba el día haciendo fotografías.

—Toma.

Saca un pequeño sobre y me lo entrega.

Una fotografía para Victoria, hay escrito en la parte delantera de este. Sonrío, sin entender muy bien por qué, hasta que saco esa fotografía que me hizo, la primera de todas. Pero no solo hay eso, sino que también hay una entrada. La releo y le miro.

—En dos meses viajaremos a Boston, han decidido exponer algunas de tus fotos.

—¿Mis fotos? —pregunto confusa.

—Sí, aquellas en las que sales tú —sonríe—. De ahí el nombre, una fotografía para Victoria.

Me siento sobre él a horcajadas y me abrazo con fuerza. Siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas, esto es felicidad y lo demás son tonterías.

—Gracias...

—Gracias a ti por ser lo que inspira mi vida, lo más bonito que me ha ocurrido jamás, Victoria.

—A usted por aparecer en la mía, señor Benavente —le guiño un ojo, intentando recomponerme de este momento de lagrimeo.

Niega con la cabeza, sabe que no tengo remedio, y si puedo seguir llevándole la contraria lo haré encantada.

—La verdad es que jamás pensé que esto fuese a acabar así —admite—. Sentía una terrible curiosidad por ti, te había visto todos los días en esa cafetería, sabía que eras tú... Hasta que no pude evitar acercarme, te pedí expresamente que fueras a mandar la invitación solo para poder volver a verte. —Me explica—. Robert me comentó que llegaría alguien nuevo, pero jamás pensé que fuese a querer saberlo todo sobre ti, y menos de este modo.

—Al principio me pareciste un gilipollas... —murmuro—. Adorable por el collar, pero me sentó mal que no te presentaras en la gala —me tapo la boca.

—¿Habría cambiado algo?

—No lo sé, jamás lo sabremos, pero no me hubiera perdonado olvidarme de ti tan rápido como para dejar todo ese misterio a un lado.

—¿Te hubieras enamorado de José el fotógrafo?

—Me enamoré de él, de quien es José por dentro —digo seria—, no del dinero que Benavente tenga en la cartera.

—Gracias por ser siempre tan franca.

—Solo soy lo que quiero que sean conmigo... Y aunque eso de enamoramiento suene precipitado, algo en mi interior me dice que así es, y que no voy a poder hacer nada por remediarlo.

Antes de que pueda volver a hablar, me besa con una dulzura que me desarma, con esa que enamoraría hasta el más malo de los villanos. Me muerdo el labio inferior y le respondo a ese maravilloso beso.

—Deja que cuide de ti, deja que mime cada parte de tu cuerpo... —me pide.

—Hazlo.

Posa sus manos a ambos lados de mi rostro y me besa de nuevo, apasionadamente. Encendiendo un fuego tan fuerte que podría ser capaz de provocar el incendio más despiadado jamás visto. Siento cómo las ganas de que me haga suya una vez más, me abrasan.

—José —susurro.

Fija sus ojos oscuros en los míos, sonrío y ladea la cabeza retándome. Algo que no esperaba era que fuese a ser tan sumamente seductor y pudiera tener una fuerza en mí, mayor de la que yo misma tengo.

—Vamos —me sujeta con fuerza y se pone de pie.

Sube a la parte de arriba del apartamento donde se encuentra un amplio dormitorio con un ventanal aún más grande que envuelve toda la estancia. Para el reproductor de música que nos acompañaba mientras estábamos en la terraza.

—Tengo ganas de ti, Victoria.

Me muerdo el labio, perdida en sus palabras y en esa mirada que tiene. No puedo evitar besarle con tanta ansia como la que me ha mostrado él. Rodeo su cuello con mis brazos, y un cosquilleo me recorre de pies a cabeza mientras me acaricia con mimo. Aún no entiendo cómo he podido encontrarme con alguien tan maravilloso como lo es mi José. Me deja sobre la cama deshecha, nuestras vacaciones se han vuelto un completo desorden ordenado que tan solo nosotros entendemos.

—Te quiero, Victoria.

—Quiéreme siempre.

Epílogo

Ya han pasado dos meses, el verano está en su pleno apogeo, ha llegado el momento de disfrutar de la exposición de José y, aunque vaya a morir de la vergüenza cuando todo el mundo me vea en cada una de las fotografías, es algo que debo hacer por él. Ahora me encuentro en el aeropuerto, José se ha empeñado en viajar a Boston un par de días antes, por lo que aprovecharé para ver a May y poder disfrutar con ella mientras él se ocupa de todos sus asuntos antes de ir a la exposición.

—¿Todo bien? —pregunta mi lobo de ojos oscuros.

—Todo perfecto —sonrío.

Al final hemos tenido suerte de que el vuelo no se retrasara más de lo que nos habían anunciado previamente, lo único malo ha sido no poder avisar a May de que no tendría que esperar tanto. Aunque algo me dice que se alegrará por ello.

—¿Puedes con eso? —pregunta José cuando cojo la maleta.

—Bueno...

—Yo te ayudo —sonríe.

Aún no puedo dejar de pensar en la suerte que tuve encontrando a un hombre tan bueno, dulce y atento como él. Cuando la deja en el suelo del avión, me toma por la cintura, acercándose a su cuerpo. Sus ojos se fijan en los míos y no puedo evitar ponerme de puntillas para besarle.

—Te quiero, pequeña —susurra—. Siempre serás la más hermosa del mundo.

—¿Aun vistiendo con chándal, llevando pelos de loca e ir sin maquillar?

—Aun así.

Me vuelve a besar y, por primera vez en mucho tiempo, puedo estar segura de que ahora soy FELIZ.

Dejo a José recogiendo algo de material que ha tenido que traer y que le han facturado en el apartado de la compañía, así avanzo para poder ver a May antes de tiempo y darle una sorpresa. Sobre todo, porque no sabe que viene José conmigo. Ahí sí que se va a llevar una sorpresa de las buenas. Ya puedo verla a través del cristal, ella no me ve, hay un hombre con ella... Un hombre que me resulta tremendamente familiar... ¿Qué hace aquí? ¿Qué demonios hace él en Boston con May?

—¡Oh, mira, es Victoria! —exclama May nada más verme—. ¡Sorpresa! —añade.

No me puedo creer lo que veo, la maleta se me escapa de entre las manos, resonando por toda la estancia.

Continuará...



R. CHERRY, nacida en una pequeña ciudad a veinte minutos de Barcelona llamada Cerdanyola del Vallès, es estudiante de preimpresión digital.

Los libros y la escritura llevan siendo su pasión desde que tenía once años, fue entonces cuando empezó todo.

Es escritora de varios relatos, sin mucha importancia, y redactora del blog *Una valkyria perdida en el Midgard*, dónde se pueden encontrar reseñas, crónicas, críticas, eventos y mucho más. Tras varios intentos de escribir una buena historia, llegó su hora con su primera novela llamada; *Mi Dulce Locura* (2015), la primera parte de la bilogía; *Mi locura* y después, le siguió *Mi eterna locura* (2016) dando conclusión a esta historia. La misma que se ha llevado el premio a la mejor portada en el evento Book's Ladder, gracias a los lectores que votaron por ella. Un libro lleno de amor, energía positiva, dulzura y muchos sentimientos más. Con ella espera llegar a alcanzar su mayor sueño: ser escritora. *Mo Víkingr* (2016), fue su siguiente historia donde la cultura nórdica y el romanticismo predominan. Sé lanzó con el sello digital de Lxl, Bookit, con la novela: *Una fotografía para Victoria*.